



EL SEÑOR
DEL OCASO

ROTZE
MARDINI
THRILLER ROMÁNTICO



EL SEÑOR
DEL
OCASO

ROTZE
MARDINI

THRILLER ROMÁNTICO

El señor del Ocaso

Primera edición, 2018

2018 ©Rotze Mardini

Diseño de portada y maquetación: China Yanly

Corrección: José Pimat

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Contacto de la autora:

Página web: [Rotze Mardini Books](#)

Twitter: @rotzemardini

Facebook: [Rotze Mardini Author](#)

Instagram: @rotzemardini

Email: contacto@rotzemardini.com

Suscríbete a mi lista de correos: [Rotze Mardini](#)

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora. Por lo que cualquier parecido con personas vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, marcas, hechos o situaciones son pura coincidencia.



*Y conoceréis la verdad.
Y la verdad os hará libres.
Juan 8:23*

*Para Yanley
Por una amistad incondicional.*

UN ÁNGEL CAÍDO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[Otros títulos del Autor.](#)

UN ÁNGEL CAÍDO

Nueva Esperanza, Cusco —Perú

Aquella fría mañana la gente despertó muy alterada con una noticia que enlutaba a los pobladores de Nueva Esperanza. Habían encontrado el cuerpo sin vida de una jovencita de tan solo quince años en medio del bosque. *¡Un ángel caído en Nueva Esperanza!* —vociferaba una mujer en la puerta de la pequeña capilla para que todos se enterasen del hecho. El pueblo estaba maldito y ya se estaban manifestando las primeras señales del apocalipsis.

El comisario Arturo Mújica se encontraba en el lugar del hallazgo junto a su equipo de trabajo y el forense para levantar un cadáver que mostraba claros signos de violencia. Uno de los técnicos se impresionó al reconocer a la chiquilla.

—Es María Restrepo, acaban de celebrar su cumpleaños —balbuceó el teniente Avilés sacudiendo la cabeza y horrorizado con aquella perturbadora visión.

La chica yacía sobre su espalda con las piernas rectas, brazos sobre el vientre y los dedos entrelazados entre sí, con un extraño detalle que llamó la atención de todos. Tenía flores rojas entre las manos, con la mirada llena de inocencia y los ojos abiertos suspendidos en el horizonte. Era evidente que estaban ante un homicidio calificado. Un breve silencio se apoderó de los presentes, que no salían de su asombro.

El médico se colocó los guantes de látex para proceder a los exámenes de rigor. Estaba conmocionado, ya que Nueva Esperanza era un poblado

relativamente tranquilo, no podía creer que se estaban enfrentando a una situación tan turbadora y casi suplicaba estar en una pesadilla. Fijó sus ojos en el cuerpo de aquella inocente criatura y se agachó para revisarla, mientras detallaba con la voz entrecortada los daños sufridos en el cuerpo.

—¿Qué opina, doctor? —quiso saber el comisario.

—Tendremos que esperar los exámenes correspondientes, pero mi primera impresión es que esta niña ha luchado por defenderse. Su asesino no tuvo compasión de ella, parece que murió asfixiada —el doctor hizo una pausa a observar los moretones que tenía en el cuello.

—Fíjese en los hematomas de todo el cuerpo —prosiguió el médico—; esta herida fue causada con un arma blanca. Las flores me aterran, no sé a qué nos estamos enfrentando, comisario.

—Le falta un mechón de cabello —añadió casi en un susurro.

Mújica observó con atención. Efectivamente, a esa chica le habían cortado un mechón, luego miró cada detalle y la mirada se posó en la herida que dibujaba una línea perfectamente trazada sobre su vientre que medía alrededor de tres centímetros. Mientras, los oficiales del orden tomaban las fotografías respectivas.

—Avilés, que busquen alguna pista, tenemos que encontrar algo que nos lleve al paradero de este asesino —ordenó el comisario.

—¡Enseguida! —respondió el subordinado.

—¿Alguna otra cosa más, doctor?

—No estoy muy seguro, pero creo que el asesino se ha tomado muchas molestias para no dejar pistas. No veo manchas de semen, pero como dije someteremos el cuerpo a las pruebas pertinentes.

—Bien, así sea —expresó Mújica apuntando los hechos en una libreta, mientras pensaba que una tormenta de grandes dimensiones se cernía sobre Nueva Esperanza.

Fundo El Ocaso, Nueva Esperanza.

¿Qué estaba pensando cuando creyó que ella era el amor de su vida? No supo bien la respuesta, pero siempre presintió que aquello no tendría un final feliz. Qué iluso fue al no escuchar a su intuición. *Esa traicionera regresaría algún día a su vida*, concluyó Yago Cavielli, dueño y señor del fundo *El Ocaso*, una próspera hacienda en medio de la Amazonía peruana. Era soltero y deseado por las mujeres de la región. Las malas lenguas decían que aquel hombre era inmaduro, mujeriego, pero nadie dudaba de sus habilidades en los negocios. Las mujeres desfilaban por su vida y todas terminaban como una más en su larga lista de aventuras de una noche.

Cavielli había sabido sacar adelante las tierras de su padre, que descansaba en paz en un nicho cerca de un riachuelo dentro de las extensas propiedades. Yago le atribuía su éxito al establecimiento turístico, el mayor sustento económico de esas tierras. El negocio maderero ya no rendía como antes; de hecho, desde hacía unos años las autoridades habían declarado la tala de árboles como un delito penado con prisión junto a una multa de una cantidad exorbitante de dinero; por todo eso, Yago Cavielli había cambiado de rubro, una decisión que trajo grandes cambios en la zona y sus habitantes —que eran el doble desde el día que tomó las riendas a pedido de la viuda de su padre—, Isabel Solís, a la que ahora recordaban como la legendaria doña Cavielli. Se había marchado de la finca hacía muchos años junto a su nuevo marido, dejando todas las responsabilidades a cargo del primogénito de su difunto marido.

Pero regresemos a Yago Cavielli, en aquel momento se encontraba copulando en medio del monte como un animal salvaje con Rosalinda Tejada, hija de Valentín, el encargado del corral del Ocaso. Trabajadora suya, Rosalinda se encargaba de manejar al personal de limpieza del albergue de turistas *Ocaso mío*.

Estaba enamorada irremediablemente de su patrón, pero Cavielli no tenía ojos para nadie, su corazón se había cerrado ante la menor posibilidad de que cualquier mujer amenazara entrar en él. Sus pensamientos eran para la única mujer que quizás nunca podría ser suya, pero consciente de que debía olvidarla a cualquier precio. Qué difícil era aparentar estar bien, qué amarga la desilusión... La peor parte era querer olvidarla sin poder lograrlo a pesar de poner toda la intención en ello: demasiados sentimientos encontrados.

Yago lamentaba el día que renunció a ella y la dejó partir de su vida. La recordaba vestida de un impoluto blanco, una belleza que quiso poseer y que terminó saliendo de la capilla del pueblo en los brazos de otro hombre, con la bendición del cura de Nueva Esperanza. Ella le hizo creer que era el único al que amaba, pero la realidad fue tan distinta... quiso reírse de pura impotencia por haber sido tan incauto.

Arremetió con fuerza una embestida al interior de su empleada. Ella gemía su nombre, pero Yago le tapó la boca, no deseaba escuchar esa voz que le disgustaba tanto. Imaginaba su nombre en boca de aquella otra mujer, a la que despreciaba y deseaba al mismo tiempo.

El hombre aumentó la cadencia de sus embestidas, necesitaba expulsar sus demonios, olvidarse del amargo trago de la desilusión, se tensó a punto de llegar al clímax, casi gimió aquel nombre maldito. Con mano hábil retiró su hombría y eyaculó en el vientre de la muchacha que al mismo tiempo gemía por el intenso orgasmo. Rosalinda retiró la mano que le impedía hablar y se embelesó con ese miembro que le humedecía sus entrañas con una simiente tibia que quiso saborear hasta la última gota.

—¿Por qué siempre me tapas la boca, Yago? —se quejó la muchacha con la voz entrecortada.

—Porque me disgusta tu voz y no quiero que nadie nos escuche, además ya te dije que para ti soy tu patrón, no te creas igual a mí solo porque me acuesto contigo.

Cavielli se alejó de ella, recomponiéndose, reacomodando su miembro dentro de la ropa interior, cerrando la bragueta de sus vaqueros entallados. La muchacha lo observó casi hipnotizada por ese porte y un cuerpo lleno de músculos. Su piel bronceada, esos ojos azules que aún la deslumbraban como el primer día que lo conoció, la voz tan varonil y esa cicatriz sobre el ojo izquierdo

que daba un toque de misterio a la mirada.

—Eres un idiota, esto no volverá a pasar de nuevo —resopló Rosalinda, que se puso de pie de inmediato y procedió a cubrir su desnudez.

—Entonces no me provoques, no respondo por mis actos y compórtate como una mujer que tiene dignidad. Además, te recuerdo que fuiste tú quien me buscó y no al revés —dictaminó con seriedad.

Rosalinda lo miró con ojos de revancha, Yago siempre se comportaba como un verdadero hijo de puta, pero a pesar de eso lo quería para ella, era suyo y aún albergaba la esperanza de que un día le rogaría por su amor. Lo miró por última vez y se alejó de su lado bastante contrariada.

Yago soltó un juramento por haber caído una vez más en la tentación, por seguir rememorando a su amor del pasado, por seguir refugiándose en el sexo para olvidar sus penas de amor. Rosalinda sabía cómo provocarlo; aun poniendo toda la fuerza de voluntad del mundo para no ceder, siempre caía en las redes de aquella morena. Sin embargo, había decidido que no habría una siguiente vez, por el bien de su empleada. La situación con ella empezaba a abrumarlo, se tomaba atribuciones que no le correspondían, no podía permitirlo, no era conveniente, con tantos tantos problemas con los que lidiar.

Cavielli se internó por una trocha, encendió un cigarrillo injuriando para sí porque desde hacía un tiempo tenía la intención de dejar el hábito. Sacudió la cabeza y se dispuso a caminar, mientras divagaba mentalmente. Un vacío interior comenzaba a afligirlo por las noches, lo que le provocaba horas de insomnio, por eso cada día se iba al pueblo a emborracharse y *echarse un polvo* con alguna mujer que estuviera dispuesta para él: el sexo de algún modo lo reconfortaba. O al menos eso quería creer. Aunque no quería admitirlo, aun sufría por la mujer, la traicionera, la perversa...pero estaba a muchos de kilómetros de distancia, no la veía desde hacía muchos años, aunque conservaba la esperanza de que un día regresaría. Entonces le rogaría que retornase a sus brazos. El hombre apartó aquellos pensamientos de su cabeza, tenía que olvidarla a cualquier precio, no valía ni un minuto de su tiempo.

Cuando llegó a su cabaña, situada cerca del albergue, se fijó en la hora. Pronto caería la noche y tenía una cita en el bar de Capulí. Entró en su hogar, se bañó y se cambió de ropa, no sin antes rociarse con su mejor perfume.

Yago se miró en el espejo y sus ojos brillaron por la noche que iba a pasar junto a las damas del bar y la dueña de ese centro nocturno, Capulí. Esa mujer lograba lo que ninguna, lo escuchaba en silencio, sabía decir lo que él quería escuchar y no solo eso, la consideraba una amiga a la que no deseaba perder nunca. El hombre abrochó sus vaqueros, se miró una vez más y salió apresurado en busca de su motocicleta...

Los Ángeles, California.

***H**old, hold on, hold onto me.
Because I'm a little unsteady. A
little unsteady.* Aquella melodía

resonaba en su habitación y le hacía recordar las rencillas con su hermano mayor por la vida que había elegido vivir. Una que él no aprobaba y quizás si sus padres vivieran, tampoco. Kaila Evans, exagente de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos, recogió su cabellera negra en una coleta, se miró al espejo y se horrorizó al comprobar sus profundas ojeras y su mejilla hinchada por el golpe que recibió por salvar a una inocente chica en plena noche.

—*¡Damn it!* —exclamó la mujer en su lengua materna.

La sacaron del programa por involucrarse sentimentalmente con uno de sus compañeros de misión: siempre se enamoraba del hombre equivocado. La había cagado y ella bien lo sabía: un error que le había costado perderlo todo. Un vacío se apoderó de su alma por ese desliz; no obstante, siguió adelante porque ante todo era una guerrera y no se dejaba vencer por nada. Su mejor amigo, el agente Jay Perry, le había aconsejado que se dedicara a las investigaciones privadas y así lo hizo los últimos años. Jay la ponía en contacto con gente y ella trabajaba en numerosos casos que resolvía sin problemas. ¡Qué bien se sentía cuando lograba resolver sus pesquisas! Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro reflejado en el espejo.

Los pensamientos de Kaila regresaron a la noche anterior. Había mantenido una pelea callejera con unos pandilleros que estaban molestando a una inocente transeúnte. Kai no pudo evitar entrometerse y defender a la víctima, algo que le había costado unos cuantos golpes. Ese era su puto problema, quería

salvarlos a todos, pero... ¿quién la salvaba a ella de su soledad, una soledad que la estaba matando lentamente por dentro?

Kai fue interrumpida por la insistente vibración de su teléfono móvil, bajó el volumen del equipo de sonido, miró la pantalla y contestó de inmediato.

—¡Perry!

—Hola, Kai, necesitamos hablar de negocios.

—Para eso soy buena.

—¿Estás en casa? —interrogó el agente.

—Sí.

—Voy para allá, estaré en diez minutos.

—Vale, te espero.

Kaila no tenía amigos ni vida social; de hecho, se consideraba a sí misma una ermitaña. Su hermano Dylan, un programador de sistemas que trabajaba en una de las más grandes compañías de internet del mundo, estaba felizmente casado y tenía dos niñas que adoraban a la tía Kai. Él le insistía que dejara su maldita profesión y se buscara una vida junto a un hombre para formar una familia como era debido. Kai siempre terminaba por mandarlo a la mierda. De solo imaginarse junto a un marido le daba náuseas. ¡Diablos!, ¿es que nadie entendía que se sentía viva cuando estaba en una misión, cuando tenía un arma en la mano, cuando espiaba o simplemente cuando se encerraba horas en su improvisado despacho tratando de atar cabos en sus numerosos casos? Sin embargo, por alguna razón, sentía que algo le faltaba y no sabía qué era eso que la fastidiaba tanto... El timbre la sacó de sus pensamientos, Kai abrió la puerta al ver que se trataba de su exjefe Perry.

—¿Qué hay? ¿Cuál es la urgencia? —dijo Evans al tiempo que saludaba al agente.

—Tengo una misión para ti.

—No me digas, espero que sea una de esas que me fascinan —expresó Kai invitando al agente a entrar.

—De hecho, es un caso especial y requiere que muevas tu bonito trasero mañana a primera hora, te montes en un avión rumbo a la Amazonía peruana, donde te espera una mujer muy respetable: me atrevería a decir que os llevaréis muy bien.

—¿A dónde dices?

—Te vas a Perú.

—No me jodas, Jay. ¿Qué tipo de misión es esa?

—El tipo de casos que persigues: un psicópata, un violador y muchas víctimas, casi todas chiquillas y vírgenes, todo esto en menos de cinco meses.

Kaila arqueó las cejas, resoplando para sí e invitó a su amigo a tomar

asiento. El agente le explicó los detalles del caso. Le entregó un informe que le había enviado la mismísima Isabel de Al Fayed, alias doña Cavielli; además, le detallaba los antecedentes del pasado de esa mujer y su creencia de que este asesino estaba ligado al caso de su difunto marido, Adrián Cavielli.

—Me estás mareando, Jay. ¿Quién es esta mujer, Isabel Al Fayed? —preguntó Kaila mientras ojeaba el informe que tenía entre manos.

—Isabel Al Fayed es la mujer que te está contratando. Es la viuda de Adrián Cavielli, mira, este es el caso de su marido —dijo Perry señalando uno de los expedientes—. Ya se resolvió este caso y se encontró a su asesino hace muchos años, pero la señora Al Fayed ha regresado a Perú y se encontró con este asunto escalofriante. Está convencida de que está ligado al caso de su difunto esposo.

—¿En qué basa sus suposiciones? —interrogó Kaila tratando de entender algo.

—Encontraron el amuleto del difunto cerca del cuerpo de una de las víctimas del psicópata.

—A ver, ¿cuánto tiempo hace que murió el tal señor Cavielli?

—Pues según el informe hace más de quince años. La señora Al Fayed ya rehízo su vida, está casada con un árabe; de hecho, radica aquí en Los Ángeles, pero hace poco la gente que se encarga de sus tierras la llamaron alarmados y la mujer regresó a Perú.

—El Ocaso —dijo Kai.

—Así es, de hecho es su marido el que me ha contactado, ayer estuve en su despacho y me entregó toda esta información, quiere a su mujer de regreso cuanto antes, pero ella no piensa moverse hasta no dejar encaminada las investigaciones del psicópata que está aterrorizando El Ocaso y alrededores.

—¿Y por qué ella desea involucrarse en este caso? No lo entiendo.

—No tengo ni idea, Kai, lo único que sé es que el marido de la señora la quiere de vuelta ya y por eso se ha puesto en contacto conmigo. Me limité a recomendarte, estoy seguro de que eres la persona adecuada para atar cabos. Además, hablas perfectamente español.

—Me imagino que esta señora quiere limpiar la imagen de su exmarido, pero también imagino que hay algo más que no nos está contando —aseguró Evans con un gesto de certeza en su hermoso rostro.

—Así es, vas entendiendo, Kai, pensé lo mismo.

—En serio, ¿crees que quiero tomar este caso?

—Lo tomarás cuando te diga que te caerá una buena tajada. Estás necesitando el dinero; además, estamos hablando de un caso del que estoy seguro quieres atrapar al malnacido, ¿o me equivoco?

—Al Ocaso —repitió Kai incrédula.

—Mañana —apuntó el agente arqueando una ceja.

—¿Mañana?

—Es una orden.

—Ya no eres mi jefe —aseguró la mujer con una media sonrisa.

—Sabes que deseas atrapar al psicópata, no lo niegues.

—Acepto.

—¡Esa es mi chica!

El agente Perry se quedó observando la mejilla hinchada de su amiga, algo que le hizo sacudir la cabeza de un lado a otro, aquella mujer jamás cambiaría, siempre queriendo salvar a todo el mundo y metiéndose en líos...

—¿Otra pelea, Kai?

—Mejor dime: ¿por qué Lexy no responde mis llamadas? —preguntó Kaila por su excompañera.

—Información clasificada.

—No me dirás que aún sigue en el caso Cassidy.

—Demasiadas preguntas, Evans, tienes pocas horas para prepararte para el viaje.

A Kaila Evans se le iluminaron los ojos, un nuevo caso y un psicópata del que no tenía duda alguna que atraparía con sus propias manos.

3

Nunca pensó que regresar a sus tierras fuera tan doloroso, las lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas y retrocedió en el tiempo para rememorar el día que partió de aquel lugar dejando un pasado que siempre la había llamado. Observó El Ocaso con mucha nostalgia. De aquellas épocas todo había cambiado, para bien, para mal, no supo con certeza la respuesta, pero ante sus ojos se extendían unas tierras que desconoció completamente, exceptuando su casa.

Aquel imponente edificio de dos plantas que mandó construir después de la muerte de su marido se mantenía tal como lo recordaba, suspiró evocando aquella época de su vida. Isabel Solís de Al Fayed se quedó petrificada mientras trataba de asimilar aquellos cambios. Sus días como doña Cavielli culminaron cuando decidió enterrar su pasado y empezar una nueva vida junto a su adorado Zaid Al Fayed, su actual marido, con el que tenía dos niños de diez y once años de edad respectivamente: el pequeño Zaid y su princesa Maia, sus dos grandes amores que en aquel momento se encontraban en Los Ángeles junto a su padre.

Isabel regresó al presente, recordando una carta de puño y letra de Yara, su fiel consejera en el pasado. Le había hecho llegar una misiva que la obligó a tomar una decisión, por eso se encontraba nuevamente en El Ocaso después de diez largos años, frente a la casa que en el pasado fue su hogar. Dedicó algunos pensamientos a su difunto marido y a tantos rostros que ahora estaban en el más allá, seguro que observando el regreso a sus tierras.

La mujer suspiró llevando aire a sus pulmones, las emociones eran demasiadas, su corazón palpitaba más que de costumbre, muchas imágenes desfilaban por su memoria, haciendo que sintiera un vértigo especial. Sacudió la

cabeza tratando de recomponerse hasta que sus ojos se posaron en una mujer que salió apresurada de la casa grande, vestida de blanco y con una larga trenza enroscada sobre su cabeza. Una gran emoción la estremeció, seguía siendo la misma y corrió a su encuentro; ambas mujeres se fundieron en un sincero abrazo, ante la atenta mirada de los empleados de esas tierras que desconocían a la recién llegada.

Juan José Portillo, de nacionalidad colombiana, mano derecha del patrón del Ocaso, a quien todos conocían como Juanjo, observaba aquella estremecedora escena. El hombre estaba seguro que había visto a esa mujer antes, trató de buscar aquel rostro en sus recuerdos, hasta que por fin la recordó. Al empleado se le dibujó un gesto de asombro, había regresado la mujer que ahora se había convertido en una leyenda entre los habitantes del fundo y de Nueva Esperanza. ¡Doña Cavielli estaba en El Ocaso! Juanjo supo que debía informárselo de inmediato a su patrón.

Juanjo partió por un sendero que lo llevaría directamente al albergue donde seguramente encontraría a Yago. En su marcha se topó con Rosalinda que caminaba con un gesto de molestia en su semblante, toda despeinada, con el vestido que se le pegaba a sus curvas, su semblante serio y sus mejillas encendidas.

Supuso que el señor Cavielli estaría cerca, sacudió la cabeza asumiendo que su patrón había tenido un encuentro apasionado con aquella muchacha. *Yago no cambiaría nunca*, pensaba el hombre con una sonrisa divertida.

—¿Rosita, has visto al patrón?

—Se ha largado al pueblo como hace media hora y mi nombre es Rosalinda, por si no lo recuerdas —aclaró la muchacha molesta.

—Siempre tan amargada, mujer. ¿Te pasa algo?

—¿A ti que te importa?

—No seas insolente, Rosalinda, se lo diré al patrón —amenazó Juanjo.

—Dile lo que te dé la gana —replicó finalizando la conversación y continuando con su marcha.

Esa hembra babea por el patrón, sentenció el colombiano, mientras Rosalinda giraba la cabeza y lo miraba desafiante. Juanjo reprimió las ganas de reírse, caminó hacia la recepción donde se encontró con Pilar, a la que preguntó por Yago: le informó que el señor Cavielli se había ido sin decirle palabra alguna y que aparentemente estaba de mal humor.

—¿Se habrá ido al pueblo?

—Seguro, ya lo conoces, debe estar de parranda, como siempre.

Juanjo tuvo la certeza de que Yago no regresaría aquella noche y en el peor de los casos retornaría de madrugada y ebrio. Frunció el entrecejo, su

patrón era todo un personaje: le gustaba la rumba, el sexo y el alcohol. Tendría que dejar todo eso de lado ahora que su madre política estaba en El Ocaso, el empleado divagó debatiéndose si debía ir al pueblo o esperarlo, pensó que lo correcto era ir en su busca, Yago tenía que saber de la llegada de doña Cavielli.

Así que se dirigió a su casa para cambiarse de ropa y tomar las llaves de la camioneta; luego de quince minutos salió del Ocaso por la nueva carretera que lo llevaría directamente al bar donde seguramente su patrón estaba en medio de una juerga con las flores de Capulí. Juanjo sonrió con picardía, si su madre política supiera las andanzas de Yago le daría un infarto. Eso hacía que tuviera que informarle cuanto antes.

Treinta minutos después llegó hasta la entrada del centro nocturno, se bajó del vehículo y se dispuso a ingresar al lugar más concurrido de Nueva Esperanza. Posó la mirada en el enorme cartel de neón con letras en un incandescente púrpura: Capulí. Un cartel que lo invitaba a ingresar al paraíso terrenal: eso mismo hizo con pasos firmes y una sonrisa en el rostro. Cuando ya se encontraba dentro del establecimiento, buscó a Yago y su mirada se encontró con un espectáculo de grandes dimensiones y no pudo evitar carcajearse. El señor del Ocaso estaba en el medio de la pista de baile y en aquel momento era el centro de todas las miradas.

Aquí habrá rumba pa' rato, se dijo, divertido. Yago bailaba con una botella de *whisky* en la mano derecha, en medio de Iris y Magnolia, trabajadoras del bar, mientras el señor Cavielli las tocaba a su regalado gusto. Se le notaba bastante achispado con una mirada llena de picardía. Las mujeres no se quedaban atrás, también acariciaban al hombre con lasciva lujuria. Cavielli estaba empilado con aquellas mujeres que sabían divertirlo y hacerle olvidar sus problemas.

—No me dirás que vienes a llevarte a mi amorcito.

La voz de la dueña del bar le sacó de sus pensamientos. Capulí era una mujer muy hermosa, con un cuerpo de unas curvas perfectas. Tendría la misma edad que su patrón, lo que más destacaba de esa belleza eran sus grandes ojos de color café. Nadie sabía su verdadero nombre, ni siquiera el mismísimo Yago, su gran amigo. Todos la conocían solo como *la madame de las flores*, Capulí.

—No quisiera, doña Capulí, pero tiene un asunto que resolver en El Ocaso.

—No seas aguafiestas, Juanjo, déjalo que se divierta un poco —ordenó la dueña del bar.

Pidió a uno de sus subordinados que sirvieran un vaso de aguardiente al empleado de su cliente favorito, que aceptó encantado y siguió observando a su patrón cada vez más exaltado. En un momento concreto vociferó que esa noche

el señor Cavielli invitaba una copa a todos los presentes, la gente se entusiasmó y aplaudieron el gesto del dueño del Ocaso...

4

Juanjo esperaba al patrón tomando a pequeños sorbos su aguardiente, no deseaba emborracharse y menos sabiendo que tenía que llevar a Yago al Ocaso. Él estaba encerrado con dos mujeres en las habitaciones del segundo piso, destinadas a los clientes que deseaban encuentros íntimos con las flores del bar.

—¿Qué le preocupa, Juanjo? —interrogó Capulí al observarlo inquieto y con un gesto preocupante.

—Mi patrón se está demorando mucho y es preciso que lo lleve de regreso.

—¿Cuál es la prisa, muchacho?

—Tiene una visitante y estoy seguro de que ella estará angustiada esperándolo.

—No me dirás que se trata de la traicionera —trató de adivinar la dueña del bar un tanto angustiada.

—No, esa no, Dios no lo permita, se trata de su madre política, doña Cavielli.

—Dios mío, tenemos que avisarle, por lo poco que sé de esa señora, a mi *vidita* le dará gusto saberlo y no nos perdonaría si no le decimos nada.

—Así es, señora, por favor, avísele, yo lo esperaré en la camioneta.

—Tranquilo, yo me encargo de Yago, nos encontramos afuera.

Capulí se dirigió al segundo piso moviendo sus redondeadas caderas, caminó entre los corredores de aquella construcción de material noble, se fue hasta el final del pasillo, donde se encontraba la mejor habitación, con Yago y

sus empleadas, Iris y Magnolia. Tocó la puerta y se abrió.

—¿Qué sucede, Capulí? —preguntó Iris cubriendo su desnudez con una bata de encaje.

—Se acabó la fiesta, niña, necesito hablar con Yago.

—Ojalá lo logres, se acaba de quedar dormido —aseguró la mujer abriendo la puerta para que Capulí viera al señor Cavielli desnudo sobre el camastro y en brazos del dios Morfeo. Magnolia estaba a su lado. *Ese hombre era la tentación personificada*, la dueña del bar sonrió dejando escapar un suspiro, *tanta belleza en un solo hombre...* Se acercó para intentar despertarlo y pidió a las chicas que fueran por café.

—Mi vida, siento tener que despertarte, pero afuera te espera Juanjo y debes regresar al Ocaso —expresó Capulí acariciando los suaves cabellos del hombre.

Sin embargo, Yago no reaccionaba. Iris y Magnolia estallaron en una risita cómplice.

—Chicas, apresúrense que mi *vidita* tiene que reaccionar.

Las muchachas afirmaron con su cabeza y se vistieron para cumplir las órdenes de su jefa, mientras Capulí intentaba inútilmente de despertarlo.

A los diez minutos el señor Cavielli abrió los ojos desconcertado al escuchar la voz insistente y encantadora de Capulí.

—¿Qué pasa, corazón? —balbuceó tratando de abrir los ojos, demasiado mareado y agotado.

—Mi *amor*, tienes una visitante en tus tierras y Juanjo te está esperando para llevarte de regreso.

—No quiero ver a nadie, déjame dormir, por favor, Capulí—se quejó Yago.

—¿Ni siquiera a tu madre política?

Yago abrió los ojos como si le hubieran tirado un baldazo de agua fría, *¿Isabel estaba en Nueva Esperanza?*

—¿Qué estás diciendo?

—Juanjo dice que esa señora ha regresado y que te está esperando en El Ocaso.

Yago se sentó casi de un salto, llevando las manos a sus sienes, que le estaban taladrando con un fuerte dolor de cabeza.

Capulí le dio un vaso de agua con un par de pastillas para la jaqueca.

—¿Estás segura? ¿Isabel está en El Ocaso?

—Segurísima, ahora tómate este café para que te sientas mejor, esa señora no puede verte así tan achispado, date una ducha rápida, las flores ya te dejaron toallas limpias.

—¿Alguna vez te dije que eres la mejor del mundo y que te adoro? —ronroneó Yago mirándola con una sonrisa adormilada.

—Sí, y me encanta escucharlo, ahora date prisa que tienes que estar presentable.

Él se acercó para estamparle un beso en la mejilla y se apresuró a beber el líquido, un bálsamo para despertarlo de su ensoñación. Capulí salió de la habitación para darle privacidad. El hombre se dirigió al baño para alistarse para su encuentro con Isabel, pero de pronto una preocupación se apoderó de su interior, *¿por qué había regresado sin avisarle, habría pasado algo en Los Ángeles?*

A los diez minutos salió de la habitación. Juanjo suspiró de alivio al verlo un poco mejor, aunque seguía ebrio.

—¿Es cierto que Isabel está en El Ocaso?

—Sí, Yago, llegó casi a las siete y está esperándote.

—¿Qué le dijiste?

—No hablé con ella para poder informarte de inmediato, pero no te encontré y vine al pueblo a buscarte.

—Diablos, no perdamos tiempo, vamos de regreso —ordenó el hombre buscando con la mirada la motocicleta.

—La moto está en la camioneta, es evidente que no puedes manejar en ese estado.

Yago aceptó que no estaba en condiciones de nada, partieron para El Ocaso. Cavielli divagaba mentalmente. Su preocupación fue en aumento, sintió mareos y se obligó a sentirse mejor, pero había bebido más de la cuenta... Juanjo le relató el encuentro entre Isabel y Yara. Yago se emocionó, estaba deseando verla, estrecharla entre sus brazos, la quería mucho, su admiración hacia ella se acrecentaba con los años.

Cuando llegaron a la hacienda, Juanjo lo llevó hasta la casa grande a insistencia de Yago, pero discutieron, el colombiano le sugirió que se esperara al día siguiente, ya era tarde y era muy probable que la señora Isabel estuviese dormida. El joven negó con la cabeza y se dirigió en busca de Isabel por la puerta principal, pero tropezó con algo duro a sus pies, cayendo de bruces en la escalinata de la entrada, Cavielli maldijo el traspie y de pronto una voz le estremeció el corazón.

—Yago, por Dios, ¿qué te ha pasado, muchacho? —quiso saber Isabel que aún seguía despierta y a la expectativa de la llegada de su hijo político.

—¡Doñita! —exclamó Juanjo al ver a la mismísima Isabel Cavielli.

—¿Juanjo? —preguntó la mujer asombrada de ver a un hombre y no al muchachito que ella conoció hace años en El Ocaso.

A Yago se le paralizó el corazón, Isabel había regresado a su vida y él estaba en el suelo, borracho; obligó a sus piernas a ponerse de pie, mientras Isabel iba a su encuentro: se fundieron en un abrazo sincero. Yago la apretó contra su pecho, encantado de tenerla de nuevo en su hogar de donde nunca debió partir.

—Isabel, has regresado —exclamó con la voz entrecortada.

—Sí, mi amor, aquí me tienes y por lo que veo muchas cosas han cambiado aquí —aseguró Isabel posando sus ojos en Yago.

Se soltó del abrazo y saludó a Juanjo, que también estaba muy emocionado de verla. Isabel se limpió las lágrimas. Yago se mantenía de pie apoyándose en el lindel de la puerta, ella lo miró con nostalgia. *Diablos, se parecía tanto a su padre*, sobre todo en ese momento. Así recordaba a Adrián, su difunto marido: con esa barba, ese porte, la piel dorada por el sol. Aunque Yago estaba ebrio, se acercó a él para acariciarle la mejilla.

—Has bebido demasiado —declaró mientras lo miraba con ternura de madre a hijo.

—Estoy bien, Isabel, y feliz de tenerte en tu casa —aseguró tomando esa mano que lo acariciaba y que se llevó a los labios para estamparle un beso.

—Tú y yo tenemos muchas cosas de qué hablar, pero ahora descansarás.

El joven negó con la cabeza y se excusó de mil maneras. Sin embargo, Isabel lo miró con un gesto de desaprobación; entre ella y Juanjo lo llevaron a la habitación de visitas que estaba al costado de la recámara principal y lo recostaron con dificultad. Cavielli insistía en estar bien, sin embargo su cuerpo lo traicionaba y se tambaleaba.

—Isabel, estoy bien, lo juro, mejor celebremos tu llegada.

—Nada de celebraciones, dormirás y mañana hablaremos.

—Lo que tú digas, reina —expresó Yago con una amplia sonrisa.

Isabel le quitó los zapatos. Yago sintió que todo le daba vueltas alrededor, lo último que vio fue esa sonrisa que tanto había añorado. Se quedó completamente dormido.

5

Yago abrió los ojos y se sintió agotado, con un dolor que le taladraba la cabeza. *Tenía que dejar de beber, de fumar e irse de parranda*, enfocó su mirada hacia el techo y trató de recordar cómo había llegado al Ocaso y a esa habitación de la casa grande. Frunció el ceño bastante confundido. Lo último que recordaba era que tuvo una orgía en la casa de citas, con Iris y Magnolia. *¡Qué nohecita!* Sonrió con picardía recordando a esas mujeres enredadas en su cuerpo y satisfaciendo sus necesidades. Entonces una enorme erección despertó bajo sus vaqueros...

Fijó su mirada en una maleta cerca del tocador y de pronto el recuerdo de Isabel, hizo que se le acelerase el corazón. El hombre se sentó de un salto, incrédulo ante ese recuerdo, pero aquella maleta... Caminó hasta el tocador todavía con cierta confusión en la cabeza, mientras trataba de recordar.

—Isabel regresó —susurró Yago con una amplia sonrisa.

Cavielli se quitó la camiseta y la tiró al suelo, se miró en el espejo, el torso desnudo dejaba a la vista el tatuaje cerca de su cadera. Estaba descalzo, con los vaqueros puestos. Trató de recordar cómo diablos había llegado a la habitación, indagó en sus recuerdos... *¡Mierda!, tengo que dejar el puto alcohol.* Se dirigió al baño, se terminó de desnudar, abrió el grifo y se colocó bajo la ducha. Se dejó envolver por el agua, mientras pensaba: *Isabel ha regresado, tengo que pensar en alguna excusa, me ha visto borracho, me han tenido que llevar hasta la cama.*

Sacudió la cabeza, ya se le ocurriría algo, no quería que ella se llevara una mala impresión de su persona, se masajeó la cabeza... ¿Isabel habría llegado sola o acompañada de Zaid y los niños? De cualquier manera ya estaba ansioso

por verla de nuevo. Quince minutos después salió de la habitación apresurado y vociferando el nombre de Isabel. Se sentía un poco mejor, aunque el dolor de cabeza seguía siendo fuerte. Al no obtener respuesta, supuso que estaría en la cocina junto a Yara y se dirigió allá.

Cuando llegó sus ojos se posaron en ella. Yago la miró sin poder creerlo, ahí estaba Isabel, el tiempo no había pasado por su rostro, seguía siendo la misma dama hermosa, con ese aire de mujer enigmática. Al señor del Ocaso se le paralizó el corazón al verla sonreír y acercarse a él para darle un abrazo que Yago recibió con el corazón acelerado. La apretó fuerte contra su pecho, como si se tratara de su propia madre. Cuando ambos se recompusieron, Isabel lo observó detenidamente como si lo estudiara, con lágrimas en los ojos, muy emocionada.

—Mírate, estás igualito a tu padre, tal como lo recuerdo —aseguró Isabel con aire melancólico.

Yago se enfadó ante esa afirmación, odiaba que lo comparasen con su padre, él ya estaba muerto y podía asegurar que no eran iguales bajo ningún concepto, se lo demostraría a todos, era mejor que su padre. Escondió su malestar y la abrazó nuevamente. *¡Diablos!*, qué bien se sentía de tenerla nuevamente en El Ocaso.

—Isabel.

—Mi vida, tenía tantas ganas de verte.

—No tienes idea cuánto estuve esperando este momento —afirmó tomando la mano de Isabel y estampando un beso que la hizo sonreír.

—Tú siempre tan caballero.

Isabel le pidió que se sentara. Ella misma le sirvió un café y algo de comida, él acepto encantado, mientras disfrutaba de su compañía. Le preguntó por Zaid y sus hijos e Isabel le comentó que su marido se había quedado en la mansión de Los Ángeles junto a los pequeños.

—De hecho, te aseguro que tenemos planes de venir de vacaciones, para que conozcas a mis dos tesoros —afirmó con una sonrisa.

—Y yo estaré complacido de recibirlos. ¿Hasta cuándo te quedarás? Y no me digas que solo un par de días, que no te lo perdonaría.

—Me quedaré una semana y espero no incomodarte.

—No digas eso, estoy demasiado feliz con tu presencia, me hiciste mucha falta —afirmó Yago aclarándose la voz.

—Siento mucho no haber venido en todos estos años.

—Diez años, Isabel, llegaste para el entierro de mi madre y después ya no regresaste.

Yago buscó en sus recuerdos, su madre había muerto al año de conocerla,

apenas tuvo tiempo de aprender a quererla. La vida siempre lo sorprendía de mil maneras, no quiso recordar el pasado y apartó todo aquello de su mente.

—Lo sé, mi amor, pero también prometiste viajar a Los Ángeles y hasta ahora te estamos esperando.

—Tengo mucho trabajo, pero tienes razón, prometo que iré a verlos.

—Eso espero.

Ambos se miraron con melancolía.

—¿Más café? —ofreció Isabel.

Yago aceptó encantado, mientras a Isabel se le dibujaba un gesto indescifrable en el rostro.

—¿A qué debo esta maravillosa sorpresa, Isabel? Me hubiera gustado recibirte a lo grande, como te mereces, y no que me vieras como anoche, lo siento mucho, me pasé de copas.

—Lo sé todo, Yago, vine porque me preocupo por ti —declaró Isabel tragando saliva.

A Yago se le desdibujó la sonrisa del rostro.

—No me lo puedo creer, ya te fueron con el chisme —dijo, casi convencido de qué se trataba aquella inesperada visita.

Yara seguramente le había contado el lío que tenía entre manos, buscó la mirada de la mujer para recriminarle su indiscreción, pero en ese momento no se encontraba en la cocina.

—Isabel, no es nada. Te juro que no pasa nada.

—¿No pensabas decírmelo? Supongo que no querías que me enterara de que perdiste el amuleto de tu padre —manifestó la mujer con un gesto de dolor.

—Diablos, no sabes cuánto lamento haberlo perdido, pero ya sabemos que el comisario lo tiene en sus manos y supongo que sabes el resto de la historia.

—Lo sé todo y no me gusta nada, mucho más cuando ese comisario se mete con mi familia ¿Cómo se atrevió a señalarte como sospechoso de esos horrendos crímenes? No puedo creer que te tuviera retenido, interrogándote durante horas.

Yago reflexionó para sí... efectivamente, todo eso había pasado hacía un mes. Ante los ojos del comisario era el principal sospechoso de los crímenes que estaban sucediendo en Nueva Esperanza, ya eran cinco las muchachitas encontradas en distintos puntos de la zona, lo más preocupante era que las víctimas no pasaban de los quince años. La gente del pueblo estaba aterrorizada, al igual que su gente en El Ocaso; no habían hallado ninguna pista que los llevara al paradero del psicópata, pero unas semanas atrás habían encontrado su amuleto cerca del cuerpo de la quinta víctima del asesino del cuchillo; lo

llamaban así los pobladores porque el malnacido, no satisfecho con violarlas, después las mataba a sangre fría y dibujaba líneas en los cuerpos con su afilada arma. Su vida se estaba convirtiendo en un infierno desde el hallazgo de su talismán en el lugar del crimen de Carla Quispe, la quinta víctima.

—No tienen pruebas en mi contra, lo del amuleto tiene que ser una coincidencia de mal gusto.

—Pero el asunto es más grave de lo que imaginas. He llegado hace unos días, estuve en Cusco e investigué por mi cuenta, junto a Rodríguez.

Su amigo había acudido a su llamada y la había ayudado en todo. Estaba agradecida por aquel gesto, la había esperado en la ciudad para poder averiguar todo lo posible sobre la situación que se estaba dando en Nueva Esperanza. Yago Cavielli se enfureció ante aquella confesión.

—¿Sin decirme una palabra? ¿Acaso estas dudando de mí, Isabel? —interrogó con mirada seria.

—No digas eso, he venido porque me preocupo por ti.

—No, no me gusta todo esto y aún más que hayas venido sin siquiera tener la delicadeza de avisarme. Isabel, ya no soy el niño que dejaste hace años, soy un hombre y puedo salir de este lío sin tu ayuda...

6

Si sus cálculos no fallaban, el asesino actuaría muy pronto, pensó Kai mientras observaba la maravillosa vista a través de la ventana del coche. Estaba acompañada por Rodríguez, amigo de la señora Al Fayed, que la recibió en el aeropuerto del Cusco por órdenes expresas de Isabel, que no había podido esperarla en la ciudad porque quiso acercarse a Nueva Esperanza cuanto antes.

Kai no quiso quedarse a descansar en la ciudad imperial, prefirió no perder tiempo para dirigirse inmediatamente al escenario de los crímenes. Rodríguez ya le había puesto al tanto de todos los detalles de las investigaciones. Se impresionó cuando supo que Yago Cavielli era el sospechoso principal. Al fin y al cabo por eso la habían contratado, para ayudarles a esclarecer los hechos. Supo también que la señora Al Fayed estaba bastante angustiada y que deseaba resolver el problema por el bien de su hijo político.

Sus primeras impresiones de Perú no fueron tan buenas como esperaba, pero aquel trayecto de Cusco hasta Nueva Esperanza era simplemente maravilloso. El aire puro entraba en sus pulmones con aquella fragancia a hierbas que le impactó; la vegetación densa y el camino sinuoso era simplemente un espectáculo fuera de serie.

—¿Se encuentra bien, señorita Evans?

—Por favor, llámeme Kaila, señor Rodríguez.

—Solo si me llamas Rodríguez, como todo el mundo —sugirió el hombre encogiéndose de hombros y lamentando que nadie lo llamase por su nombre.

—¿Y cómo se llama? —quiso saber la detective.

—Mariano, pero parece que todo el mundo desconoce mi nombre.

Kaila sonrió con aquella confesión, supuso que era por el cargo de comisario que había desempeñado en el pasado. Rodríguez se había retirado hacía un par de años porque deseaba dedicarse a una nueva vida sin sobresaltos.

—¿Cuánto nos falta para llegar al Ocaso?

—Calculo que unas cuatro horas.

Ese tiempo pasaba volando, pero Kaila no veía la hora de llegar a su destino. Necesitaba descansar, no había pegado ojo en toda la noche y el viaje desde California hasta el Cusco había sido demasiado pesado.

—¿No extraña su vida como comisario? —preguntó con curiosidad.

—La verdad es que no, aunque ahora mismo lamento estar fuera del cargo. Estoy muy preocupado por Yago, al nuevo comisario se la ha metido en la cabeza que él es su sospechoso principal y podría jurar por mi vida que está equivocado. Ese muchacho puede ser todo lo que quieran, pero nunca un asesino —aseguró.

—Resolveremos el caso, Rodríguez, no le quepa la menor duda o me dejaré de llamar Kaila Evans.

Kai trataba de asimilar toda la información que Rodríguez le iba proporcionando. Eran cinco víctimas, ninguna pasaba de los quince años, el *modus operandi* era siempre el mismo, con la única diferencia de que se había encontrado el amuleto del señor Cavielli cerca del cuerpo de la joven Carla Quispe. Lo que más la preocupaba era que todo parecía indicar que el asesino seguía un patrón, así que presumía que pronto encontrarían una nueva víctima.

—No entiendo por qué el comisario solo señala a un sospechoso, entiendo que el hallazgo del amuleto sea una pista importante, pero eso no es suficiente para esclarecer los hechos.

—Yo tampoco lo entiendo, pero tienes que saber que entre el comisario y Yago siempre hubo problemas por los líos del muchacho.

—¿Qué tipo de problemas?

—Líos de faldas y alcohol. Yago tiene una vida un tanto movida, le gusta la rumba y las mujeres, eso le ha metido en problemas innecesarios en los que ha tenido que intervenir la policía, pero te aseguro que no ha sido para tanto, solo que viviendo en Nueva Esperanza todo tiende a ser dramático, como dicen por aquí... en pueblo chico, infierno grande.

—Voy entendiendo, me está diciendo que el señor Cavielli tiene una vida de excesos y, por lo que veo, eso no es del agrado del comisario del pueblo.

—Así es, Kaila; de hecho, no es el único que desapueba el comportamiento de Yago, son muchas las personas que lo detestan. Las mujeres se mueren por él, cómo no, y el joven aprovecha su atractivo para hacer de las

suyas.

—Vaya, vaya, estamos hablando de un mujeriego empedernido —ironizó la detective pensando que odiaba a ese tipo de hombres.

—Ya sabes, cosas de chicos.

Kaila frunció el ceño ante aquella justificación tan machista de Rodríguez.

—¿Qué dice el señor Cavielli al respecto?

—Pues nada, se niega a hablar del tema, alegando que es una coincidencia de mal gusto, por eso tuvimos que contactar con la señora Isabel. Todos estamos preocupados, pero parece que a Yago no le inquieta tanto. Además, ya le dije lo que me informaron mis excolegas de trabajo, el comisario pretende atrapar al muchacho con las manos en la masa y eso no me gusta nada, tengo un mal presentimiento.

La detective pensó que era muy apresurado por parte del tal Mújica tener a un solo sospechoso, algo no andaba bien en el caso, por las pruebas que tenía en su poder y la información recopilada hasta el momento. Asumió que debía haber más de una persona por investigar y juraría que ese comisario tenía un problema de ámbito personal con el señor Cavielli. Seguiría sus instintos, ya tendría tiempo de averiguarlo. En ese momento, el coche se detuvo a un lado de la carretera.

—Ya sé que no venimos en plan de turismo, pero me encantaría que viera este mirador para deslumbrarse con mi hermosa tierra —dijo Rodríguez.

Kaila sonrió, se desabrochó el cinturón de seguridad y salió de la camioneta, caminó unos cuantos pasos y una vista espectacular la recibió haciendo que se le dibujara un gesto de júbilo en el rostro. Se sintió como si estuviera en la cima del mundo y que era dueña de aquella sorprendente panorámica.

—De todos los lugares que he conocido en mi vida, nunca he visto algo parecido, es maravilloso. Gracias, Rodríguez.

—Si viniera en otras circunstancias, le diría que la mejor hora para observar este paisaje es de madrugada: tendría que ver la salida del sol, es un espectáculo imperdible.

—Ya lo creo, amigo mío, ya tendré la oportunidad de verlo con mis propios ojos.

Ver a Isabel con lágrimas en los ojos le partió el corazón e hizo que se arrepintiera enseguida de sus palabras, pero le molestó saber que ella estaba haciendo las cosas a su manera como si él fuera todavía un crío.

—Lo siento, no quise decir eso.

—Tienes razón, debí informarte, pero no me crucifiques por quererte tanto, no naciste de mis entrañas, pero eres el hijo del hombre que amé con toda el alma y eso te convierte en hijo mío.

Yago corrió a su lado y la atrajo hacia su cuerpo, la enfundó en un abrazo mientras le pedía perdón por su estupidez.

—Soy un idiota, perdóname, no quise decir eso, estoy feliz de saber que me quieras tanto, el cariño siempre ha sido recíproco. No te quise contar nada porque no creo que debamos preocuparnos, ese comisario no tiene pruebas concretas. Además, no quería que te decepcionaras conmigo por haber perdido el amuleto que tú misma me entregaste hace años. Perdóname, por favor —se excusó el hombre con un gesto sincero en la mirada.

Isabel se limpió las lágrimas, suspiró profundamente y miró a Yago, tenía toda la razón, ya no era una criatura, se había convertido en todo un hombre, pero su instinto maternal había hecho que se volviera loca de angustia y regresara al Ocaso para protegerlo de ese comisario.

—Me estoy sintiendo culpable, Yago, te abandoné a tu suerte en estas tierras y si algo te llegara a pasar, jamás me lo perdonaría —sentenció la mujer.

—No digas eso, quisiste llevarme a Los Ángeles después de la muerte de

mi madre, fui yo quien eligió quedarse en El Ocaso, no te sientas culpable por mis decisiones. Incluso mi padrino quiso que me fuera con él, lo sabes muy bien. ¿Me perdonas? —insistió Yago Cavielli.

—Nada que perdonar, mi amor, vamos a hacer borrón y cuenta nueva. Conversemos esto como personas adultas, déjame que te explique por qué creo que debemos preocuparnos por esta situación.

Cuando ambos se hubieron calmado de la tensión del momento, tomaron asiento. Isabel le explicó sus motivos y la preocupación de Rodríguez, reiterando que el nuevo comisario, Mújica, lo tenía como único sospechoso, porque el amuleto era una pista importante en la investigación.

—No soy la única que está preocupada. Si Yara me hizo saber la situación fue por la insistencia de muchos que te quieren y se preocupan por ti.

—Lo entiendo y eso me hace sentir un idiota por haberte ofendido.

—Olvida eso, ahora tienes que saber que viene en camino una detective americana junto a Rodríguez.

—¿Una detective? ¿Es necesario? —indagó arqueando sus gruesas cejas.

—Zaid y yo pensamos que es la única forma de esclarecer los hechos. Por favor, deja que te ayudemos, no sería capaz de dejarte de nuevo en El Ocaso y esperar a que las cosas se agraven todavía más de lo que ya están.

—¿Una detective americana? —quiso saber un tanto fastidiado.

Isabel afirmó con la cabeza, pero a Yago no le hizo tanta gracia saberlo. Guardó su opinión para sí mismo, para colmo se trataba de una mujer. *¡Fantástico! Tendré que hacer de niñera de una americanita*, caviló el hombre tratando de disimular su ironía.

—Buenos días, patrón —interrumpió Rosalinda que entró en la cocina junto a Yara en busca de su hombre, porque ella consideraba al patrón de su propiedad.

Isabel analizó a la recién llegada, era una mujer joven, guapa, de piel morena, con cabello negro y lacio, con una postura altiva. Nunca la había visto antes en El Ocaso y claro, Isabel se dijo a sí misma que *en diez años de ausencia, todo había cambiado*.

—¿No sabes saludar, Rosalinda? —recriminó Yago con voz severa.

—Le estoy saludando, patrón —replicó la morena con cierta coquetería.

Yago se levantó de su asiento y la aniquiló con una mirada fría y arrogante.

—No me refiero a mí, sino a doña Cavielli —apuntó Yago mientras dirigía su mirada hacia Isabel, que se quedó sorprendida.

—Eso de doña Cavielli ya quedó en el pasado, Yago —comentó Isabel levantándose de su sitio y dirigiendo la vista a la muchacha que la miraba con

curiosidad.

—Usted es la famosa doña Cavielli; entonces los rumores eran ciertos, ha regresado, señora —declaró Rosalinda con media sonrisa.

—Yo soy Isabel Al Fayed, encantada de conocerte, muchacha.

—Isabel, será difícil que tu gente deje de reconocerte como doña Cavielli y, por cierto, ella es Rosalinda, hija de Valentín. Es la encargada de la limpieza en el albergue.

—¡Hija de Valentín! Increíble, cuando me fui apenas eras una niña.

—Sí, señora, recuerdo algo, pero la verdad que no mucho. Mi padre me ha enviado para averiguar si el rumor era cierto, él está deseando verla, tiene muy buenos recuerdos de usted.

—Y yo, Rosalinda. Iré a verlo personalmente —prometió la mujer.

—Claro, Isabel, yo mismo te llevaré —aseguró Yago guiñándole un ojo —. Rosalinda, ya puedes regresar a tus obligaciones.

—Sí, claro, patrón, con permiso, encantada de conocerla, señora.

—Igualmente, Rosalinda.

La empleada observó a Yago con cierta altanería en sus gestos, una mirada que a Isabel le sorprendió un poco, aquello le pareció un reproche de mujer enamorada, *quizás eran ideas suyas*, concluyó Isabel.

En cuanto la joven se retiró, Isabel y Yago tomaron asiento para continuar desayunando.

—Isabel, no le des mucha confianza a esa mujer, es una atrevida.

—¿Qué dices, Yago?

—Es cierto, mi niña, se cree mejor que todos, no le des confianza —intervino Yara.

—Si ustedes lo dicen, haré caso. Pero me sorprende mucho, su padre era tan amable...

—Su padre, Isabel, pero ella es muy osada, está a un paso de hacerme perder la paciencia.

—Ya lo veo, pero tranquilo, seguiré tu consejo, no me gusta ese tipo de comportamientos.

—Mejor cambiemos de tema, que esa mujer me irrita demasiado.

Isabel lo analizó con la mirada, ese muchacho estaba muy enfadado y tenso, cuánto se arrepentía por haberlo dejado con tantas responsabilidades durante todos esos años. Yara tenía razón, Yago estaba muy estresado, quiso pensar que se debía a la enorme carga laboral, por eso tenía problemas con la bebida. Isabel suspiró y se recriminó a sí misma, no debió abandonarlo tanto tiempo, Adrián no se lo perdonaría.

—¿Sucede algo, Isabel?

—Nada, Yago, solo estoy feliz de estar con ustedes.

—Y yo, Isabel, no te imaginas cuánto —aseguró un Yago complacido por su presencia.

*E*l tiempo no pasaba en vano, *El Ocaso había cambiado para bien,* concluyó Isabel después de observar el imponente albergue que había construido Yago. Mientras, él le relataba algunas anécdotas desde que se iniciara en el negocio del turismo.

La mujer elevó su vista hacia la construcción de dos pisos, todo en finos acabados de la mejor madera de la región. Pensó que el hijo de Adrián tenía un gusto exquisito. Yago la conducía del brazo mientras le mostraba el resultado del trabajo que con tanto esfuerzo había logrado en todos esos años. La llevó primero por el primer piso donde se encontraba el recibidor y el comedor de huéspedes. El señor Cavielli presentaba a Isabel con un gesto de orgullo por tenerla a su lado. Algunos empleados la reconocieron enseguida y los saludos fueron efusivos para la mujer que un día había sido la legendaria doña Cavielli. Los que nunca la conocieron la observaban con curiosidad. Yago también le enseñó las habitaciones que estaban libres.

—¿Te gusta?

—Me encanta, realmente me has sorprendido, tu padre estaría muy orgulloso de ti —aseguró Isabel.

Ahora te llevaré a los miradores de aves y a los aserraderos que permanecen tal como los dejaste, aunque ya sabes que ahora está prohibida la tala de árboles, pero me gusta enseñárselos a mis turistas y relatar las aventuras

de doña Cavielli.

—¿Estás de broma? —preguntó Isabel entre risas.

—Para nada, me encanta hablarles de ti. Resultaste ser todo un personaje. Ambos se carcajearon mientras salían de las instalaciones para dirigirse hacia una trocha. Caminaron durante algunos minutos, mientras Isabel le preguntaba por la gente que vivía en El Ocaso, sobre todo por Benito, el muchachito que protegió en el pasado.

—A Benito se le extraña mucho, pero como ya sabes, se enamoró de una mujer que vive en Puerto Maldonado y se mudó para allá, nunca más supimos de él.

—Una lástima, me hubiera encantado verlo y también a Ahmed.

—Ahmed tuvo que viajar a su país, su hermana está enferma y tengo entendido que no regresará hasta fin de mes.

—Me lo dijo Yara, la pobre lo está extrañando mucho —lamentó Isabel haciendo una pausa—. ¿Y qué sabes de Esteban, el chamán?

—Llega cada tres meses, ahora está más en el norte, pero nunca deja de venir y siempre pregunta por ti. Como ves, todos te recuerdan.

—Y yo los recuerdo a todos.

Cuando llegaron hasta los miradores, a Isabel se le dibujó una gran sonrisa, se trataba de unos árboles que tenían acopladas unas escalinatas en los frondosos troncos para que se pudiera llegar a la cima y poder observar las diferentes aves del lugar. Yago la invitó a subir, algo que hizo encantada, esa tarde se encontraba feliz por ese paseo junto a su adorado Yago (que sabía ser el mejor de los anfitriones). Cuando llegaron a la cima, Isabel se dejó envolver por la panorámica de sus tierras y no pudo evitar derramar lágrimas al recordar a Adrián. Sintió cómo su memoria retrocedía en el tiempo, solo que ahora estaba junto a su único hijo, buscó la mirada de Yago y la mujer no pudo con tanta emoción y lloró entre sus brazos por tantos recuerdos, mientras él la consolaba y la abrazaba muy fuerte.

Yago Cavielli suspiró hondo, tenía que reconocer que a pesar de estar aún molesto por aquella inesperada visita de Isabel, había pasado un día fantástico a su lado. No hablaron más del tema de los crímenes, se dedicaron a recorrer la extensa propiedad, culminando en el lugar donde se encontraba el nicho de su padre, donde Isabel se derrumbó de nuevo y se puso a llorar por el hombre que había sido el amor de su vida.

Luego del paseo, ambos se dirigieron a la casa grande donde Yara los recibió con una deliciosa cena. *Ojalá viniera más seguido*, pensó Yago mientras se alistaba para salir hacia el pueblo, haciendo la promesa de que no bebería. No deseaba hacer el penoso espectáculo de la noche anterior. Miró su reloj y supo

que debía partir a su cita con las flores de Capulí. Salió de su cabaña en busca de su moto, se colocó el casco y partió con la promesa de una noche tranquila... Sonrió con picardía, aunque en ese preciso momento llegaron Rodríguez y compañía a la casa grande sin que Yago se percatara del hecho. Pisó el acelerador y partió en busca de la casa del placer. Mientras, Isabel recibió a Kaila Evans, agotada por el viaje.

—Encantada de conocerte, Kaila.

—El placer es mío, señora Al Fayed.

—Por favor, llámame Isabel, imagino que debes estar cansada. Debiste haberte quedado en Cusco, el trayecto es muy duro.

—Es cierto, pero no quería perder el tiempo y supliqué a Rodríguez que nos adelantáramos.

Rodríguez saludó a su vieja amiga informándole que la detective era una mujer testaruda.

—Testaruda con razón. No quiero perder el tiempo —replicó Kaila.

El hombre se despidió de ellas, también cansado por el viaje que se había prolongado un par de horas más por un percance con una de las llantas, que tuvieron que arreglar entre él y la detective.

Isabel llevó a Kaila hasta su habitación no sin antes ofrecerle un plato de comida, pero ella solo deseaba una cama y cerrar los ojos. En cuanto la detective se quedó sola en la hermosa habitación (junto a la de Isabel), tomó una ducha para refrescarse y luego se metió en la cama. Se quedó profundamente dormida casi de inmediato.

9

*P*rometía ser un día espléndido, pensaba Yago mientras Isabel preparaba el desayuno. Kai Evans

seguía descansando.

—Isabel, sigo pensando que no era necesario traer a la detective.

—Sabes que tengo enemigos del pasado, no sabemos si todo esto está conectado al caso de tu padre. Prefiero ser previsora antes de dejarnos sorprender; además, se trata de tu seguridad y la de la gente del Ocaso. Ya lo discutimos ayer, cariño.

—Me siento halagado por tu preocupación, pero insisto que no tienen nada en mi contra, me parece un tanto excesivo eso de contar con una agente y mucho más tratándose de una mujer americana. ¡Por Dios, estas tierras son salvajes, pobre chica!

—Una mujer americana bastante preparada, se sorprendería si le dijera los casos que he tenido que afrontar, señor Cavielli —interrumpió Kaila, ironizando sobre la burla de Yago.

Yago se volvió hacia la voz y quedó impactado con la detective: alta, delgada, con bonitas curvas, un rostro precioso de facciones delicadas, con la cabellera atada en una cola de caballo, unos ojos azules intensos... Ella lo miró desafiante mientras el joven sonreía, encantado con la vista de la hermosa mujer.

Por su parte, Kaila también se quedó sin habla, impresionada por aquel hombre que no esperaba que fuera tan atractivo. Sacudió la cabeza para salir del asombro.

—Kaila Evans, encantada de conocerlo, señor Cavielli —satirizó la americana.

El encuentro no había sido fácil, pero tenía que reconocerlo, ese hombre era guapo y sexy, algo que no esperaba, diablos. *Apuesto y estúpido, muy mala combinación*, se dijo a sí misma, ladeando la cabeza al mismo tiempo que lo observaba.

—Yago, puede tutearme, Kaila —expresó Cavielli con una sonrisa encantadora.

Se dieron un apretón de manos, mientras una corriente eléctrica intensa bajó por los dos cuerpos. Kaila se estremeció ante el contacto y Yago sintió la necesidad de saber más sobre aquella hermosa mujer. Cavielli le señaló la silla y ella tomó asiento.

—¿Descansaste bien? —indagó Isabel luego de saludarla.

—Isabel, ha sido la mejor noche que he pasado en años, gracias.

—El Ocaso se caracteriza por tener este ambiente de paz, aunque últimamente tenemos un psicópata suelto al que le gusta atacar a las jovencitas desprevenidas. Tenga cuidado, detective —se burló Yago metiéndose un trozo de pan en la boca y dibujando una sonrisa burlona.

—Un psicópata que atraparé, téngalo por seguro—replicó Kaila.

—Como le dije a Isabel, no hay de qué preocuparse, ellos no tienen nada en mi contra.

—Se equivoca, señor, lamentablemente hay testigos que aseguran su presencia en las escenas de los crímenes —la mujer hizo una pausa para enumerar los hechos que lo habían convertido en sospechoso y dejarle claro que las cosas no pintaban tan bien como él creía.

—Víctima uno, cerca del bar, se le vio aquella noche bebido en el pueblo. Víctima dos, a tres kilómetros de la escuela, algunos aseguran que también estaba nuevamente ebrio. Víctima tres, en las inmediaciones de la capilla, un testigo asegura que lo vio en su motocicleta, lo que no sé bien es si también estaba bajo los efectos del alcohol, creo que tiene un serio problema, señor Cavielli. ¿Sigo? —espetó Kaila con una sonrisa de lado.

—No sabía que tenías un ordenador en la cabeza. ¡Menuda memoria! —sentenció Yago un poco molesto por la actitud de la americana.

También le divirtió aquel desafío en sus palabras, nadie contrariaba a Yago Cavielli y se lo demostraría.

—No subestime mi trabajo, voy a resolver este caso.

—Yago, por favor —intervino Isabel, bastante sorprendida por aquel intercambio de palabras entre ambos.

—Isabel, qué falta de sentido del humor... por cierto, yo me encargaré de

que se atienda bien a la detective. De hecho, me ofrezco como guía, porque supongo que tendrá que moverse para sus pesquisas —prometió Yago con la certeza de que no se dejaría apabullar por la belleza de la americana.

—Se lo agradezco, señor Cavielli, pero prefiero trabajar sola y atar los cabos por mi cuenta. No tiene que preocuparse por nada. Sabré desenvolverme bien en estas *tierras salvajes* —expresó Kaila enfatizando sus palabras mientras a Yago le cambiaba la expresión del rostro.

—Insisto.

Ambos se miraron desafiantes, Kaila disgustada por la inmadurez del joven y Yago jurando que no se dejaría intimidar ante las ironías de la mujer, por muy atractiva que fuera, que lo era, *demasiado para mi gusto...* concluyó al fijar la mirada en esas curvas. Kaila pilló una mirada lujuriosa hacia sus pechos, haciendo que se le dibujara un gesto de desaprobación en el semblante.

—Bueno, mejor terminemos de desayunar, estoy segura de que Kaila debe estar hambrienta.

—Así es, Isabel, muchas gracias.

Kaila no se había equivocado, Cavielli era tal como se lo había imaginado, pero ella no se dejaría amedrantar por sus sarcasmos, pero... diablos, *ese hombre era demasiado guapo*. La mujer apartó ese pensamiento absurdo de su cabeza.

En ese momento Yara le colocó un plato de comida que ella agradeció, Isabel se sentó junto a ellos y comieron mientras hablaban sobre las actividades del Ocaso.

Yago observaba a ambas mujeres, a Isabel y a esa detective que le había despertado una enorme curiosidad.

—Patrón, Rosalinda desea hablar con usted —interrumpió uno de los empleados.

—¿No ves que estamos comiendo? Dígale que luego hablaremos, no son horas de importunarme y menos en compañía de las damas.

—Dice que es importante.

—Yo digo cuándo es importante, que espere.

—Patrón, es importante, es sobre trabajo —interrumpió Rosalinda despertando la ira de Yago.

La empleada se sorprendió al ver a la recién llegada, joven y muy bonita.

Cavielli se excusó ante las mujeres y salió junto a la morena, asegurándose de llevarla afuera y que nadie los escuchara.

—¿Se puede saber qué diablos es tan grave?

—Solo quería saber porque no me buscas desde hace dos días, yo te quiero, Yago.

—No voy a discutir esto ahora contigo, además de que ya te dije bien claro que no existe nada entre ambos, regresa a trabajar y no agotes mi poca paciencia.

—Yago —balbuceó la mujer.

—¿Qué parte no entendiste?

La mujer lo fulminó con la mirada y se retiró sin despedirse, lamentando el día que se había fijado en ese hombre.

10

En la feria de fin de semana del poblado de Nueva Esperanza, la gente chismorreaba y vigilaba a la recién llegada, Rosario Alba del Valle. Era una mujer hermosa que en el pasado había sido conocida como la rompecorazones del lugar. Muchos cayeron rendidos a sus pies, incluido Yago Cavielli, que le propuso vivir juntos. Ella lo rechazó, no por falta de amor, sino porque decidió casarse con un hombre mucho mayor, un médico adinerado que residía en la ciudad imperial, ya que aspiraba a una mejor vida. El día de la boda, en la pequeña capilla del pueblo, Yago lo observó todo atentamente e hizo el juramento de olvidarla y arrancarla de su corazón.

Rosario caminaba del brazo de su marido, Luis Fernando Del Valle. Apenas llevaban unas horas en el pueblo, habían regresado después de unos años. La mujer no pudo evitar sentirse ansiosa por tener noticias del dueño de sus pensamientos, su matrimonio había resultado ser un infierno. Aun reconociendo tener al mejor de los maridos, qué difícil era aparentar estar enamorada cuando en realidad aún rememoraba la mirada y la presencia de Yago Cavielli.

La señora del Valle buscaba entre tantas miradas aquellos ojos azules que tanto soñaba volver a ver. Su marido la observó con desconfianza, no era tan tonto para no saber que su mujer estaba un tanto ansiosa, y sabía perfectamente que pensaba en alguien más...

Al otro lado de la feria, el señor Cavielli caminaba junto a su madre política y la detective. Se encontraban en el pueblo debido a una reunión que tenían pendiente, Yago insistió estar presente alegando que se hablaría de su vida. El joven bromeaba con Kaila, mientras Isabel los conducía a la casa del

excomisario, donde su amigo y socio en el pasado, Aarón Zabat, los estaba esperando. Los tres caminaban entre la multitud curiosa, característica de los pobladores de la región, sobre todo de las mujeres que posaban sus ojos con risitas cómplices en el soltero más codiciado de Nueva Esperanza.

—¿Entonces no dejarás que te escolte como toda una dama?, bien que te mueres de ir colgada de mi brazo —dijo Yago con una sonrisa divertida en los labios.

—¿Es que se cree todo un conquistador? Vamos a aclarar las cosas ahora, señor Cavielli —expresó la mujer deteniéndose.

Apenas se conocían de unas horas y él ya se dirigía hacia ella con toda la confianza del mundo. ¡Atrevido!

—Todo oído, detective —se plantó el hombre desafiante frente a ella, haciendo que Isabel se detuviera.

—Yo no he venido en plan de conquista. Sus pullas me parecen fuera de lugar, además de que no concibo que un hombre como usted tenga ese grado de inmadurez emocional —replicó Kaila con mirada seria y reprimiendo sus ganas de decirle que se comportara como un hombre y no como un estúpido chiquillo.

—¿Has escuchado, Isabel? La detective me está ofendiendo —se quejó Yago con cinismo.

—Yago, por favor, deja de molestar a Kaila y démonos prisa, que no tenemos tiempo para juegos.

—Como diga, doña Cavielli —farfulló Yago enfatizando el sobrenombre de Isabel.

—¡Yago! —exclamó la aludida.

—Solo estoy tratando de que no decaigan los ánimos, júzgame por eso, Isabel —rebatía el hombre mientras le guiñaba un ojo a Kaila.

Ambas mujeres lo miraron desafiantes, mientras Yago se carcajeaba de la risa.

—Chicas, confieso que tengo una debilidad por las mujeres de carácter fuerte, pero tampoco se me pongan tan bravas —manifestó el hombre mientras se metía una piruleta en la boca con una sonrisa de medio lado.

Continuaron la marcha mientras Kaila ponía los ojos en blanco; realmente ese tipo era un descarado, malcriado, atrevido, insolente, engreído y todos los adjetivos calificativos que pudieran existir para definirlo. Cuando llegaron al lugar de destino, Rodríguez los recibió en la entrada y les hizo pasar hasta la sala de visitas, donde el mejor amigo de Isabel ya la estaba esperando para recibirla con un emotivo abrazo.

—Mi querida Isabel, cuánta alegría me da tu regreso, te echaba tanto de menos —expreso Aarón Zabat con gran emoción al verla después de tantos años.

—Aarón, tú siempre tan amable, yo también los extrañaba mucho.

Ambos se fundieron en un abrazo mientras Yago los observaba con mala cara. Cuando los viejos amigos se recompusieron del reencuentro, Zabat se presentó ante la detective y Yago lo miró con indiferencia, ya que ese hombre no era santo de su devoción ni de su confianza. Rodríguez los invitó a sentarse para informarles de sus últimas pesquisas.

—Yago, no esperaba que estuvieras presente —confesó Rodríguez.

—Aquí me tienes, amigo, aunque sigo insistiendo...

—Que no es para tanto —interrumpió Kaila dejando a Yago sin palabras.

El joven miró fijamente a los ojos de la agente, pero ella desvió la mirada hacia Rodríguez. Isabel empezó a preocuparse seriamente sobre las diferencias entre los dos; sacudió la cabeza, sin saber cómo lidiar con esa absurda situación.

—Respeto tu opinión, muchacho, pero ya es hora de que te pongas serio. Ese comisario te quiere meter al calabozo, mis amigos me aseguran que te estás convirtiendo en la obsesión de Mújica.

—¡Será cabronazo el hijo de puta!, seguro que es de esos que no han salido del *closet* y le gusto, porque no hay que negarlo, tengo mi encanto —bromeó Yago mirando a Kaila.

Ella entreabrió los labios para replicar, pero Isabel se le adelantó bastante contrariada.

—Yago, un poco de seriedad —lanzó Isabel con aquella mirada autoritaria tan típica de ella.

—Lo siento —replicó Yago—, pero es que me causa gracia esta cacería de brujas y perdonen la expresión, yo no necesito forzar a las mujeres para que se acuesten conmigo y mucho menos a adolescentes que ni siquiera me atraen.

Se abstuvo de decir que literalmente le llovían las mujeres en su vida y no había la remota posibilidad de que saliera por las noches para forzarlas y matarlas a sangre fría. *Faltaría más*, resoplaba para sí.

—Señor Cavielli —intervino Kaila—, nadie pone en tela de juicio sus gustos personales. Rodríguez simplemente le está advirtiéndole que se ha ganado un enemigo, uno que al parecer está dispuesto a encontrarlo como responsable de esos crímenes. De estar en mi país no dude de que ya estaría entre rejas, aunque solo fuera por la evidencia de sus efectos personales en la escena del crimen. Yo le aconsejaría que de ahora en adelante nos deje trabajar, yo necesito responder a Isabel, que es la que me ha contratado para resolver este caso.

A Yago se le desdibujó la sonrisa del rostro; claro que estaba preocupado, pero no quería admitirlo ante nadie, su vida ya era un infierno desde que Mújica le declarara la guerra, pero confiaba en que todo se aclararía con el tiempo, porque si de algo estaba seguro era de su inocencia.

—Solo estoy expresando una teoría que no es del todo trillada, detective —dijo Yago mientras miraba desafiante a la detective.

—¿Hay algo más que averiguó, amigo? —intervino Zabat para calmar los ánimos.

—De hecho, las investigaciones están estancadas, ya que regresaron los resultados de las dos últimas de las víctimas y, por lo que me dicen, el asesino ha tomado sus precauciones, no se han encontrado huellas digitales ni rastros de ADN.

—Nos estamos enfrentando a un asesino que cuida cada detalle antes de ejecutar a sus víctimas —dijo la detective.

—Así es, Kaila, estoy haciendo todo lo posible por recabar más información, por el momento no tenemos más.

—No hay problema, por ahora empezaré a trabajar con los datos que ya tengo en mi poder. Señor Cavielli, le haré unas preguntas, le suplico que responda con toda seriedad.

—Adelante, detective, pregunte lo que quiera.

—¿Cuándo fue la última vez que recuerda haber tenido el amuleto en su poder?

—Lo perdí en la feria. No me mires así, Isabel, para mí también tiene un valor sentimental y no sé cómo llegó a parar a la escena del crimen junto al cuerpo de Carla.

—¿Está seguro de ello?

—Por supuesto, puedes preguntar a mi mano derecha, a Juanjo; ambos regresamos al pueblo para buscar mi amuleto, sin éxito, hasta que lo encontraron hace unas semanas. Alguien me quiere joder la vida.

— ¿Tiene algún otro testigo que corrobore su coartada?

—La señora del puesto de ropa, lo malo es que ella dejó Nueva Esperanza hace tiempo. Ella nos ayudó a buscarlo.

Kaila siguió interrogándolo y se sorprendió con la seriedad de Yago al responder cada de una de sus preguntas, el caso era un tanto complicado, pero tenía la certeza de que lo resolvería...

Las primeras luces del amanecer despertaron a Kaila, que se desperezó estirándose en la cama.

En su segundo día en El Ocaso, hizo nota mental de sus tareas pendientes, ya que quería resolver ese caso cuanto antes para poder regresar a Los Ángeles. Se levantó con desgana para dirigirse al baño mientras recordaba que el día anterior no había sido como ella esperaba. Cavielli le había sacado de sus casillas y para colmo se sentía atraída hacia él. La mujer farfulló, recriminándose a sí misma.

Contaba con muy poca información que la llevara al paradero del asesino. Cuando regresaron al Ocaso por la noche, se encerró en la habitación para recopilar toda la información y formar sus primeras impresiones del caso. No tenía muy claro por dónde empezar, pero Isabel le había asegurado que contaría con el apoyo necesario tanto de Rodríguez como de Zabat, sus amigos de confianza que en el pasado habían sido piezas claves para resolver el asesinato del padre de Yago.

La señora de Al Fayed también le había puesto al tanto sobre el caso de su difunto marido, para ver si existía la posibilidad de que el pasado estuviera conectado de alguna manera con los horrendos crímenes que estaban ocurriendo en el pueblo. Kaila especuló que no, pero no pensaba descartar la idea del todo, era muy pronto para llegar a esa conclusión.

Cuando terminó de vestirse y asearse, abrió las ventanas para recrearse con la panorámica de su habitación, *menuda vista*, se impresionó dejándose envolver por aquel paisaje exótico y cerró los ojos para sentir aquella brisa húmeda que inundó sus pulmones. Todo eso la hizo sentirse renovada por dentro y por fuera. Empezaba a gustarle mucho el lugar, El Ocaso le producía un

sentimiento de familiaridad, como si hubiera estado antes y no pudiera recordarlo. Se dibujó un gesto de sorpresa en su rostro, *que tontería estaba pensando*, sacudió la cabeza desviando la mirada hacia un hombre que estaba dando órdenes a un grupo de personas. Era Yago Cavielli con sus impresionantes ojos azules, a unos metros de la entrada de la casa. Ella lo observó con detenimiento, no podía negarlo, *era demasiado atractivo*. La mujer apartó aquello de su cabeza con un juramento en su idioma y cerró la ventana, sin percatarse de que el señor Cavielli se estaba riendo de lo lindo al darse cuenta que una hermosa americana lo estaba vigilando desde la ventana.

Luego de unos minutos la detective Evans se dirigió a la terraza principal de la casa grande donde se quedó nuevamente admirando las vistas del bosque nublado, pero sus pensamientos fueron interrumpidos por una voz grave y muy masculina.

—Sé cuáles son tus primeras impresiones, piensas que ya estuviste en este lugar, te sientes como en casa, como si ya hubieras estado en estas tierras.

Kaila arqueó sus cejas al reconocer la voz de Yago, *pero... ¿quién diablos se creía?, ¿podía leerle los pensamientos?*, faltaría más, giró sobre sus pies, dibujando un gesto indescifrable en su semblante.

—No sabía que eras aspirante a psíquico. Siento decepcionarte, pero se ha equivocado.

—Déjame intentarlo de nuevo.

—¡Adelante! —desafió Kaila entrando en el absurdo juego de Cavielli.

—Pensabas en el hombre al que mirabas por la ventana de tu habitación, me atrevería a asegurar que te quitaba el aliento y suspirabas —sentenció Yago con certeza.

Kaila lo miró indignada, el miserable la había pillado mientras lo observaba, le iba a lanzar un dardo que no le iba a gustar nada cuando fueron interrumpidos por Isabel, mientras Cavielli sonreía de oreja a oreja de pura satisfacción.

—Buenos días, Kaila. ¿Descansaste bien? —preguntó Isabel poniendo sus ojos en blanco, era demasiado temprano para escuchar a esos dos con sus ironías.

—Muy bien, gracias. Buenos días, Isabel —respondió a esa mujer, tan amable y distinta del patán de su hijo político.

Yago no dejaba de mirar a la detective y Kaila tenía ganas de mandarlo a la mierda. Isabel les invitó a desayunar y les dirigió hasta la mesa de la terraza, mientras Yara traía panecillos y café. Cuando se pusieron cómodos, se dispusieron a comer.

Yago comía en silencio, pero satisfecho por salir victorioso ante la

detective. Cuando terminaron de comer, Kaila casi agradeció que Cavielli se retirara alegando que tenía un grupo de turistas que estaban por llegar y debía asegurarse de que recibían una adecuada bienvenida. La detective se dirigió al despacho que Isabel dispuso para ella, donde volvió a estudiar las evidencias del caso.

Rosario vivía afligida por la encrucijada en la que se encontraba. Había regresado a Nueva Esperanza acompañada de su marido Luis Fernando del Valle, el hombre que la sacó de la pobreza, pero aquello le había costado muy caro, tuvo que sacrificar su tórrido romance con el heredero del Ocaso, Yago Cavielli, un muchachito que se había quedado al frente de las tierras de su padre. Se enamoró a primera vista de Rosario Marticorena, una mujer que no pasaba desapercibida por su belleza y sus curvas, que traían locos a más de uno en el poblado de Nueva Esperanza. La mujer siempre tuvo un objetivo claro en la vida y era el de salir de ese pueblo. Yago Cavielli era un candidato perfecto para sacarla de la miseria, pero no tenía intenciones de dejar las tierras de su padre y apenas era un chiquillo soñador. En cambio, del Valle la impresionó con su madurez, por eso sacrificó al joven Cavielli, que quedó devastado cuando ella prometió a Luis Fernando amor y fidelidad en la pequeña iglesia.

Cinco años más tarde, Rosario había regresado a Nueva Esperanza del brazo de su marido y convertida en una gran dama de sociedad, sin imaginarse que la vida le tenía guardada una sorpresa que pondría su mundo del revés. Yago Cavielli había convertido El Ocaso en un consorcio turístico que trajo prosperidad al pueblo, superando al padre y al legado de la famosa doña Cavielli, convirtiéndose en uno de los hombres más importantes de la zona.

Del muchachito ingenuo ya no quedaba nada, sus antiguas amistades le informaron que Yago Cavielli la había olvidado y ahora era uno de los solteros más codiciados de la región. Se le conocía por sus líos de faldas y también por

sus buenos manejos en los negocios y por su alto poder de convencimiento.

Rosario tragó saliva al escuchar las noticias de ese muchachito que nunca olvidó, todo lo contrario, llevaba su recuerdo impregnado en el alma, sus besos, sus caricias prohibidas, aquella barba que le raspaba por su piel desnuda... el tiempo había pasado tan rápido, pero ese amor aún habitaba en su interior. La señora del Valle se estremeció al recordar aquellos encuentros furtivos en el bosque donde se entregaban como locos.

—¿Me estás diciendo que Yago ha superado a doña Cavielli? —preguntó la mujer sin poder creerlo.

—No sé por qué te estoy contando esto, pero es la verdad, Rosario. Yago Cavielli ya no es el mismo muchachito que dejaste abandonado. Ahora es un hombre poderoso —aseguró Malena.

—No puede ser, tengo que verlo.

—¿Para qué, mujer? Tú ya eres una dama de sociedad y tienes un marido. Además, dudo que Yago se vuelva a fijar en ti, lo trataste con la punta de tu zapato.

—Calla, Malena. Él me ama y estoy segura de que no me ha olvidado.

—Rosario, no has cambiado nada. Siempre queriendo tener lo que no puedes poseer. Olvídalo por tu propio bien.

—No puedo, amiga. Todos estos años he intentado todo para sacarlo de mi cabeza y de mi corazón, pero no puedo. Tengo que verlo, Malena —suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

Su amiga sacudió la cabeza sin poder creerlo. Rosario estaba empeñada en verlo y ella estaba segura de que Yago la despreciaría con todo el odio que pudiera destilar.

En ese justo momento el señor del Ocaso llegó al pueblo en su motocicleta, fue bajando la velocidad paulatinamente y estacionó enfrente del bar de Capulí, como cada día. Se sacó el casco de seguridad, dejando a dos muchachitas sin aliento (lo observaban desde el otro lado de la calle suspirando). Yago Cavielli poseía un cuerpo lleno de músculos y un rostro que hacía suspirar a más de una tanto en sus tierras como en el pueblo. Él, consciente de ello, tomaba ventaja de aquel atractivo, aunque su corazón estaba cerrado ante cualquier posibilidad de amar. La vida le había enseñado que su peor debilidad era entregar sus sentimientos, sacudió la cabeza para no recordar a la causante de su pesar.

Cavielli se acomodó la camisa negra cuando se percató de que dos muchachitas lo miraban embobadas, entonces les regaló una mirada pícaro que hizo que las chiquillas se ruborizaran y desviarán su mirada del hombre. Yago sonrió de satisfacción y se dispuso a entrar en el bar. Capulí lo recibió con un

efusivo abrazo, ya que era su cliente predilecto y su engreído. Además, le encantaba tenerlo en su cama y satisfacer las necesidades de ese ejemplar de hombre.

—Cariño, pensé que ya no vendrías esta noche.

—¿Y perderme tu compañía, corazón? Eso jamás —aseguró Cavielli con un guiño que hizo sonreír a la dueña del bar.

—Por favor, una copa para el señor del Ocaso, chicas, no me lo dejen solo, ya saben que es nuestro cliente favorito.

Un grupo de muchachas vestidas con plumas y lentejuelas fueron al encuentro del hombre de los ojos azules para atenderlo como era debido, porque ese era el deseo de la dueña. Además, estaban encantadas de hacerlo. Yago Cavielli era demasiado generoso y un amante excepcional en la cama, todas peleaban por prestarle sus servicios, pero ese hombre estaba reservado para Capulí y a veces lo compartía cuando el cliente así lo disponía.

—Mis niñas, atiendan bien al caballero, pero no se pasen de listas, que este hombre esta noche es mío, ¿cierto, cariño?

—Todo tuyo, Capulí —aseguró Cavielli enfatizando el nombre de la dama vestida de blanco.

El bar Capulí era el más concurrido del pueblo, sobre todo por los caballeros que iban en busca de compañía femenina, ya que también funcionaba como el único prostíbulo del pueblo.

La dueña (que tenía el mismo nombre que el bar) había llegado hacía un par de años y al percatarse de la falta de un lugar nocturno para caballeros, se puso manos a la obra para inaugurar su proyecto, que después de solo dos semanas abrió sus puertas por todo lo alto.

El negocio resultó muy productivo y Capulí se sintió orgullosa de sus logros en tan pocos años. Ya tenía ahorrado el suficiente dinero para comprarse una casa en el Cusco para su madre. La mujer sonrió con satisfacción y enfocó su mirada en Cavielli, a quien le debía parte de su éxito, ya que el hombre no solo era un buen amante y cliente, también era un gran amigo, quien le daba consejos para salir adelante, aunque también la animaba para salir de esa vida.

—Tú mereces algo mejor, Capulí, un hombre que te ame y que te dé todo lo que sueñas.

—Cariño, eres tan dulce, pero sabes que odio depender de un hombre. Además, soy feliz por el momento.

—Entonces ahorra para el futuro. Cómprate una casa o guarda lo suficiente para cuando desees salir de esto.

Capulí siempre recordaba las palabras de Cavielli, por todo eso lo trataba como a un rey cuando estaba en su bar, además de que le tenía mucho cariño y

deseaba que un día ese hombre encontrara la felicidad junto a una mujer que lo valorara de veras. Ella, como buena amiga, estaba al tanto de las tristezas de Yago. Aquel día estaba preocupada por él, porque los chismes ya habían llegado a sus oídos y estaba enterada de la llegada de Rosario. ¿Yago lo sabría? Alelí sirvió una copa a Cavielli, mientras que Iris y Margarita lo entretenían. Le encantaba verlo de esa manera, sonriendo, pero en ese momento una mujer encapuchada se le puso al frente, borrando toda sonrisa del señor del Ocaso...

13

Yago palideció al escuchar su nombre de los labios de esa mujer, la que lo despreció hace tantos años por su ambición. *¿Qué hacía una mujer como ella en el bar de Capulí? ¿Cómo se atrevía a nombrarle? ¿Por qué había aparecido de nuevo en su vida?* Eran tantas preguntas... Sacudía la cabeza de un lado a otro, completamente incrédulo de tenerla frente a frente.

—¿Podemos hablar, Yago? —preguntó la recién llegada tragando saliva y la voz entrecortada. Se había arriesgado demasiado al ir a ese bar de quinta categoría, pero debía hablar con él a cualquier precio. Se emocionó al verlo, estaba mucho más atractivo de lo que recordaba, por eso controló los impulsos de abrazarlo y besarlo con frenesí, pero no se esperaba un recibimiento tan frío y cortante.

—¿Tú?

Yago se puso de pie y la observó de pies a cabeza, reteniendo el aire en sus pulmones. Trató de tranquilizarse, no tenía intención de montar un espectáculo y mucho menos en frente de tanta gente, por respeto a Capulí, no por Rosario, por ella sentía asco, aunque en el fondo de su corazón nunca la había olvidado, pero era más fuerte su odio hacia ella.

—Sé que estás molesto, pero es preciso que hablemos, ven conmigo, por favor —suplicó la mujer.

—Eso debió pensarlo antes de venir, una señora como usted en este lugar, por favor, retírese, no quiero problemas con nadie por su causa. Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Por favor, tienes que escucharme —rogó de nuevo la mujer.

En ese momento fueron interrumpidos por Capulí, atenta a toda la conversación desde el inicio. Decidió intervenir para evitar un escándalo en su bar.

—Tranquilo, cariño, yo me encargo de que la señora lo deje de molestar.

Capulí tomó del brazo a la recién llegada para pedirle que se retirara, pero su sorpresa fue mayúscula al percatarse de quién se trataba.

—Una señora como usted no es bienvenida en mi bar, es mejor que te retires de una vez.

—Por favor, Yago, no me hagas esto, debemos hablar.

Cavielli la fulminó con la intensidad de sus ojos azules que destellaban rencor hacia ella. Capulí la soltó y se acercó a Yago para tranquilizarlo, le prometió que se encargaría del problema, susurrándole que la esperara en su habitación. Él afirmó con la cabeza, no sin antes mirar una vez más a Rosario.

—No me busque más, que solo encontrará desprecio por mi parte—amenazó Yago.

A continuación le dio la espalda para irse al segundo piso, dejando a la señora del Valle impotente. Deseaba seguirlo, detenerlo y hacer que la escuchara, pero ese no era el lugar adecuado y mucho menos en frente de toda la gente.

—A ver, señora del Valle, es mejor que haga caso, olvídense de ese hombre y no regrese más a este lugar, que no quiero líos con el señor Luis Fernando —advirtió Capulí con una sonrisa amable.

—¿Y tú cómo sabes de mí y de mi marido?

—Señora, con todo respeto, este pechito conoce a todo el mundo, es mejor que se vaya. No eres bienvenida en la casa de mis flores, ¿entendido?

Rosario la miró con desprecio y salió resignada del lugar. Malena tenía razón, Yago la despreciaba, pero ella no se daría por vencida, encontraría la forma de llegar a su corazón... un amor como el de ellos no se olvidaba, la perdonaría y regresaría a sus brazos y jamás lo abandonaría, porque en esos cinco años se había dado cuenta de cuánto amaba a Yago Cavielli.

Capulí observó a la señora del Valle retirarse de su establecimiento.

—¡Qué cosas tan raras pasan!, Alelí. Después nos dicen que somos furcias... una señora de sociedad suplicando el amor de mi Yago.

—Yo no la culpo, por ese hombre lucharía como una leona —aseguró la mujer mientras sonreía muy alegre.

—Basta de cotilleos, encárgate de hacernos llegar una botella del mejor vino a la habitación y que nadie nos moleste, esta noche me encargo de mi consentido.

Capulí sonrió y se dirigió a la habitación donde la esperaba Cavielli

sentado al borde de la cama, con las manos en el rostro, lamentando lo sucedido. La mujer se compadeció de él, se acercó con cuidado y se arrodilló para estar a su altura.

—Cariño, esa mujer no tenía por qué haber venido y ella no merece que te pongas así.

—¿Por qué regresó, Capulí?

—No tengo la menor idea, mi vida, pero te mereces alguien mejor, esa mujer te despreció en el pasado y tú debes levantar la cabeza, seguir con tu vida, no me gusta verte así.

—Son demasiadas cosas en tan poco tiempo, el lío con el idiota de Mújica, también tengo que lidiar con Isabel que está preocupada y para colmo trajo a una detective. No puedo con tantas cosas en mi cabeza —confesó Cavielli.

—Lo de Mújica se aclarará, mi vida, nosotras ya hemos declarado ante el tipo ese y lo haremos cuantas veces sea necesario. No vamos a dejarte solo en esto.

Yago miro a Capulí, la mujer que en ese momento le daba ánimos. Ojalá se hubiera enamorado de ella, siempre estaba dispuesta a ayudarlo, consolarlo y, sobre todo, era una gran amiga... Ella le acarició la mejilla, muy dispuesta a calmarlo y hacerle olvidar ese desencuentro a cualquier precio.

En ese preciso momento Alelí trajo una bandeja con la botella de vino y dos copas, la dejó en la mesita y se retiró no sin antes cerrar bien la habitación y dejarlos tranquilos. Capulí se levantó, sirvió las copas y le alcanzó una a Yago, que tomó el contenido de un solo trago.

—Vamos a olvidar este incidente y pasarlo en grande, esta noche quería invitar a dos de mis flores, pero hoy no estoy dispuesta a compartirte con nadie.

—Gracias, corazón, ven aquí, te necesito —susurró Yago haciéndole una seña.

Capulí se acercó a él y fue desabrochando su camisa negra... Mientras, él se dejaba hacer en silencio y agradeció tenerla a su lado, esa mujer sabía darle lo que necesitaba. En ese momento solo quería disfrutar de su intimidad con ella, sin prisas, necesitaba cariño...

Capulí lo besó y lo acarició en silencio, él se recostó en la cama para dejarse mimar, cerró los ojos y disfrutó de aquellas caricias y besos por todo el cuerpo. Se sentó a su lado y llevó los labios hasta el cuello de ese enorme hombre, lamió despacio y fue bajando hasta llegar a su firme abdomen, era precioso por donde lo mirara, le desabotonó los vaqueros, bajó el cierre y...

Quería tenerlo desnudo y que nada se interpusiera entre ellos. Le quitó todas las prendas, se deleitó con ese cuerpo fuerte, firme... Fijó su mirada en el

tatuaje cerca de su ingle izquierda, la mujer se agachó para reverenciar esa parte de su cuerpo que adoraba, ese símbolo que tenía en su piel la enloquecía, lo besó suavemente haciendo estremecer al hombre, luego bajó hasta la enorme erección, la tomó con su mano y llevó su boca para darle placer, arrancando gemidos al joven que disfrutaba intensamente de las caricias de fuego de Capulí.

Cuando Yago llegó al Ocaso casi de madrugada, una leve sonrisa se le dibujó en el rostro. Capulí le había tranquilizado con sus caricias y su cuerpo. Sin embargo, el recuerdo de Rosario regresaba a su cabeza una y otra vez y trataba inútilmente de sacarla de sus pensamientos. Soltó un juramento. Un ruido lo trajo al presente, su alarma interior se encendió y llevó las manos a su arma.

—Señor Cavielli.

—¿Kaila?

—Sí, soy yo.

—¿Me está siguiendo, agente?

—Detective —corrigió Kaila.

—Me gusta más agente, suena más interesante, ¿no le parece?

—Muy gracioso, señor Cavielli.

—Quedamos en que me llamarías Yago.

—Yo prefiero guardar las distancias, señor.

La mujer se plantó frente a él mientras Cavielli se reía a carcajadas.

—¿Se puede saber qué le parece tan gracioso?

—Agente, eso de señor me hace sentir muy viejo y que yo sepa ambos somos casi de la misma edad. ¿O me equivoco?

—Mire, no estoy para bromas, necesito que me dé una explicación. ¿Qué hacía en el pueblo? Quedamos en que sus salidas estaban restringidas, sobre todo por las noches.

—Vaya, vaya, no sabía que fuera tan celosa... Me encanta que lo sea,

Kaila —aseguró Cavielli con picardía.

—Hágame el favor de tomarse las cosas en serio. Estamos en medio de una investigación y no voy a permitir que usted y sus juegos compliquen mi trabajo. Se trata de salvar su reputación y si usted no colabora entonces me veré en la obligación de renunciar.

—¿Tan fácil se da por vencida? No debería, mire... estaba en el pueblo por asuntos personales. ¿Y sabe? Casi me arrepiento de haber salido, tiene mi palabra de que no saldré del Ocaso hasta que termine esta pantomima —afirmó Yago pensando sobre todo en Rosario.

—Eso espero. Ahora me voy a dormir.

Yago la observó casi con una sonrisa y la detuvo tomando su brazo.

—¿Qué haces despierta a esta hora?

—Hacer mi trabajo.

—Son casi las cuatro de la mañana.

—¿Qué hacía usted a esta hora en el pueblo?

Ambos se miraron sin parpadear, Yago la observó con deseo de tomarla entre sus brazos. Ella se quedó atrapada en esos ojos que guardaban tantos misterios.

—Buenas noches, señor Cavielli —finalizó la mujer rompiendo la magia del momento.

—Buenas noches, Kaila, descansa.

Pero él la siguió con la mirada, sacudió la cabeza y casi sin pensarlo se dirigió hasta ella.

—Oiga, la acompañaré hasta la casa, no es bueno que esté caminando sola por el monte.

—Se lo agradezco, pero créame que sé cuidarme.

—Lo sé, pero déjeme tener un gesto de caballerosidad. ¿Me permite?

Kaila le miró con una sutil sonrisa y él le señaló el camino extendiendo la mano derecha. Ambos caminaron en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos, mientras una hermosa noche de estrellas los acompañaba en su caminata.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Yago rompió el silencio y ella afirmó con la cabeza.

—¿Qué hacía sola a estas horas en el monte?

—Ya se lo dije.

—¿Será que nunca me ganaré su confianza?

La mujer sonrió y se detuvo.

—No podía dormir y se me ocurrió que una caminata me despejaría.

—¿Y en qué pensaba que no la dejaba dormir?

—¿Sabía que la curiosidad mató al gato? —dijo Kaila con media sonrisa.

—¿No me va a decir el motivo de su desvelo?

—No.

—Entonces voy a imaginar que pensaba en alguien.

—No empiece, señor Cavielli.

Yago cambió de semblante y se puso serio, tanto que preocupó a Kaila.

—¿Podríamos empezar de cero? Usted me cae bien y me gustaría que pudiera confiar en mí. Yo puedo ayudarla en la investigación, es mi nombre el que está en juego. Y le confieso que estoy preocupado, pero no lo demuestro porque no quiero angustiar más a Isabel —confesó Yago con toda la sinceridad del mundo.

Cavielli alzó la mano derecha como en señal de paz, dejando a Kaila sorprendida. ¿Qué tenía ese hombre que la desarmaba tan fácilmente? Casi sin pensarlo estrechó la mano de Yago, que le agradeció darle esa oportunidad que no pensaba desaprovechar.

—Solo le pido que no me saque de mis casillas, Yago.

—Qué bien se escucha mi nombre en tus labios.

—Es que usted es bien testarudo.

Ambos se rieron y siguieron caminando tomando otra senda hasta llegar a la casa grande.

—Gracias por acompañarme.

—De nada. Que descanses, Kaila.

—Tú también.

La mujer entró con una sonrisa, ese hombre la aturdí por completo, la sorprendía de mil maneras, era un idiota, de eso no tenía duda, pero también era un caballero cuando se lo proponía. Llegó hasta las escaleras, subió hasta el segundo piso, caminó muy despacio para no despertar a Isabel y siguió pensando en Yago y sus hermosos ojos azules.

¿Estaba pensando en el señor arrogante? Kaila se sonrojó con aquellos pensamientos; sin embargo, algo más poderoso que ella la dominaba, deseó por un minuto que esa caminata se hubiera prolongado para saber un poco más de él.

La mujer llegó hasta la habitación, suspiró, se quitó las prendas, se metió en la cama, acomodó el delicado mosquitero y apagó la luz. Recostada sobre su almohada, sus pensamientos divagaban en torno a esa mirada traviesa, esa voz tan varonil, ¿cómo serían sus besos? Kaila se escandalizó con esos pensamientos. *Bajo ningún concepto besaría a ese descarado.*

—Te odio, Yago —susurró tratando de pensar en otras cosas, pero sin apercibirse siquiera, un sentimiento nuevo estaba naciendo hacia el señor Cavielli, a pesar de sus modales.

Yago llegó hasta su cabaña con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Kaila, Kaila —repitió como si fuera una oración.

Cerró los ojos y retrocedió al momento en el que ella le estrechó la mano en señal de paz y lo hizo estremecer por completo. Suspiró como un chiquillo enamorado y una risa le brotó de dentro.

Cavielli se quitó la camisa y los pantalones, quedándose en prendas menores. Se fue al baño, se lavó la cara y luego se quedó mirando su propio reflejo. Una corriente de pensamientos desfiló por su memoria, pero de pronto la sonrisa se desdibujó de su rostro al recordar el reencuentro con Rosario. *¿Qué quieres de mí, Rosario?*

El joven retrocedió en el tiempo, al momento en que ella salía de la iglesia del brazo de su flamante esposo, mientras él los observaba escondido detrás de un árbol en el parque de Nueva Esperanza, apretando los puños de impotencia por no poder hacer nada y derramando lágrimas por esa mujer. *Maldita sea, había llorado por ella.*

—Juré que te olvidaría y lo haré, Rosario —aseguró Yago mientras se secaba el rostro con la toalla, para luego tirarla al suelo con rabia.

Apagó las luces y se recostó en la cama, con la cabeza entre los brazos, mirando al techo, perdiéndose entre sus recuerdos y aquellos encuentros con Rosario, cuando ella le juraba amor eterno y él creía cada palabra, cada promesa...

—No puedes casarte con ese hombre, tú me amas, Rosario.

—Ya basta, Yago. Tienes que olvidarme, mereces una mejor persona que yo.

—Yo no quiero a nadie. Solo te amo a ti. No puedes hacerme esto —
exigió el enamorado arrinconando a Rosario contra la pared.

—Me estás haciendo daño.

Cavielli se obligó a pensar en otras cosas, pero aquella madrugada Rosario se empeñaba en adueñarse de sus pensamientos: se enfureció.

—Juraste que me amarías por siempre.

—Mi vida, tengo que salir de este pueblo, a mí me duele tanto como a ti, pero soy una mujer que siempre vela por sus prioridades.

—¿Me estás diciendo que te casarás por interés?

—No. Luis Fernando me da algo que tú no puedes, la seguridad de una buena vida a su lado. Además, lo quiero a mi manera y sabes que deseo salir de este pueblucho.

—Eres una ramera.

—Cuidado, Yago —amenazó ella.

—Te olvidaré y el día que regreses vas a suplicarme tanto que no habrá nada para ti, lo juro.

Yago cerró los ojos ante tan dolorosos recuerdos, cambió de posición y se obligó a dormir, hasta caer rendido.

Al día siguiente Cavielli ya se encontraba en la casa grande junto a Isabel que lo esperaba para desayunar.

—Buenos días, Isabel.

—¿Se puede saber a dónde fuiste anoche?

—Ya te fueron con el chisme.

—Tendrás que cambiar de vehículo cuando no quieras que me entere que saliste.

—Isabel, tenía un asunto pendiente, pero te prometo que no lo volveré hacer y es la promesa de todas mis promesas —apuntó Yago con un gesto de niño bueno en el rostro.

—Eres incorregible, si yo fuera tu madre...

—Eres como mi madre, por eso no te molestarás conmigo —aseguró Cavielli abrazando a Isabel y estampando besos en su mejilla de manera exagerada.

—¡Yago!

—Sí, señora, le juro que esta vez no la decepcionaré.

—Eso espero, porque no quiero que te involucren más.

—Ni yo, Isabel.

—Buenos días —interrumpió la detective, sorprendida ante aquella escena.

Kaila se estremeció ante la imagen de Yago con Isabel, como si fueran

madre e hijo y con la ternura que él la trataba a ella. A Cavielli se le iluminó la mirada al verla.

La señora de Al Fayed les invitó a sentarse y se dispuso a servirles el desayuno como si ambos fueran hijos suyos. Yara le ayudaba a servir los platillos de huevos revueltos y a sacar el pan del horno artesanal.

—¿Descansaste bien?

—Sí, Yago, ¿y tú?

—Me costó trabajo quedarme dormido.

—Se nota en tus ojeras.

—Y en las tuyas también —señaló Yago con media sonrisa.

Kaila se llevó las manos a los ojos y se sonrojó ante la idea de que lucía fatal aquella mañana. Isabel arqueó las cejas al percatarse del cambio de actitud de los dos.

Yago iba a decir algo, pero fueron interrumpidos por Juanjo, que tenía un gesto de preocupación en el rostro.

—Buenos días, el señor Rodríguez acaba de llegar al Ocaso y dice que necesita hablar con usted, patroncita —informó el empleado mientras Isabel palidecía.

—Hágalo pasar, Juanjo.

—¿Habrá pasado algo?

—Esperemos que no, Kaila.

Yago suplicaba que no fuera un mal presagio, ya tenía suficientes problemas en su larga lista.

—Buenos días, lamento venir tan temprano, pero tengo malas noticias. Yago, dime que no saliste anoche, te lo ruego.

—¡Mierda! —gritó Cavielli, alterado al imaginar lo que traía Rodríguez aquella fría mañana.

—¿Otra víctima?

—Así es, agente. Encontraron el cuerpo de una muchachita de once años cerca del pueblo. De hecho, es hija de mis vecinos.

Isabel se dejó caer en una de las sillas lamentando la noticia y más sabiendo que Yago había salido la noche anterior.

—No me mires así, Isabel, yo no soy un asesino.

—Lo sé, cariño, solo que debiste habernos escuchado.

—Llegaremos al fondo del asunto, Yago, tienes mi palabra —dijo Kaila.

Rodríguez trató de calmar a Cavielli. Después les relató los pormenores de la nueva víctima: aún no sabían la hora del deceso de la muchacha, pero era muy posible que Mújica llegara cuanto antes al Ocaso para interrogar a Cavielli.

—¿Bebiste anoche?

—No bebió mucho, si es que lo hizo —aseguró Kaila sorprendiendo a Yago y a la misma Isabel—. Anoche salí a caminar porque no podía dormir y justo en ese momento llegó Yago, que tuvo la delicadeza de acompañarme: les aseguro que no estaba bebido.

—¿Dónde estuviste, Yago?

—Sabes bien dónde andaba.

—Ya —dijo Rodríguez, entendiendo.

En brazos de Capulí, aunque eso no le ayudaba en nada, considerando la profesión de su único testigo, pero se imaginó que todas las trabajadoras del bar corroborarían la coartada de Cavielli.

—Pero dínos dónde para tener lista tu coartada —suplicó Kaila.

—Estuve en el bar del pueblo y mucha gente me vio, llegué a las once de la noche y salí hacia las cuatro menos cuarto. Me vine directamente al Ocaso, llegué cerca de la cuatro y me encontré con Kaila, la acompañé hasta la casa y luego me fui a dormir. No bebí como acostumbro.

—Bien, entonces debemos estar tranquilos y esperar los análisis de la nueva víctima.

Yago y Kaila se miraron con incertidumbre, mientras a Isabel se le oscurecía la mirada dando fuerza a su teoría: alguien quería inculpar al hijo de Adrián por algún motivo que desconocía.

El pueblo no había cambiado mucho, pensaba Rosario mientras terminaba de alistarse para su pequeña travesía.

Decidida a hablar con Yago, acordó con Malena que la llevaría hasta El Ocaso, a pesar de que su marido le pidió que evitara salir del pueblo, ya que no era seguro con ese asesino suelto, era de lo único que se hablaba en todos lados.

La mujer le mintió, le dijo que pasaría el día en compañía de su gran amiga Malena. Luis Fernando se quedó más tranquilo y Rosario se sintió mal por estar mintiendo, pero no tenía otras opciones. Tenía que buscar a Yago, hablarían de tantas cosas... además, no aceptaba la idea de que él la despreciara.

La mujer se miró en el espejo y los recuerdos cobraron vida en su cabeza. Era una noche de abril cuando Rosario se entregó a Yago en el bosque. Ambos se fueron a caminar, ella por fin había aceptado ser su amiga. El muchachito de ojos azules estaba obsesionado con ella, le daría lo que él tanto deseaba, a ver si de una vez por todas la dejaba en paz. Sin embargo, la noche transcurrió de una manera que ella jamás esperó, porque quedó embelesada por la personalidad del heredero del fundo del Ocaso.

—Desde que te vi, me quedé atrapado en el ámbar de tus ojos, Rosario.

—Dices cada cosa, Yago, creo que te estás confundiendo.

—Nunca me equivoco, sé que estoy enamorado de ti.

—Apenas me conoces, no creo que sientas eso por mí.

—Déjame demostrarlo con mis besos y caricias.

—¿Nunca te das por vencido?

—Jamás —aseguró el joven.

Cuando sus bocas se unieron, una corriente eléctrica los envolvió a los dos, Yago la presionó hacia su pecho y la besó con pasmada lentitud, haciendo estremecer a Rosario. Nunca la habían besado de aquella manera. Se dejó envolver por los brazos del joven y se dejó llevar por un camino desconocido para ella.

Yago la tomó en brazos y la llevó bajo un enorme árbol que parecía perfecto para un encuentro íntimo. La colocó en el suelo con cuidado y siguió besándola apasionadamente al tiempo que sus manos recorrían aquellas curvas que tanto había añorado en sus noches de soledad.

Rosario regresó al presente, conmocionada con aquellos recuerdos. Terminó de aplicar carmín en sus labios y salió de su residencia para encontrarse con Malena, que la esperaba en su cuarto por cuatro.

—¿Estás segura de ir al Ocaso?

—Más que segura, amiga, no puedo quitármelo de la cabeza, tengo que hablar con él.

Cuando llegaron al Ocaso, el vigilante les indicó el camino a las oficinas del albergue donde se encontraba Yago. Quince minutos después llegaban al famoso albergue de Yago Cavielli, que impresionó a las mujeres, ya que no imaginaron encontrarse con unas instalaciones tan modernas y hermosas.

Otro hombre se acercó a las visitantes, era Juanjo. Le mintieron diciéndole que estaban viendo la posibilidad de organizar un evento en el albergue. Juanjo las llevó hasta la oficina de su patrón y les pidió que esperaran, que el señor Cavielli estaba atendiendo un asunto con su gente. Ambas mujeres se quedaron solas.

—No puedo creerlo, Yago es todo un señor empresario.

—Te lo dije, ya no es el mismo muchachito que dejaste, amiga.

—Él me pertenece, Malena, es mío y la que se atreva a tocarlo se las verá conmigo.

—Rosario, estás casada, no entiendo tu empeño por regresar al pasado.

En ese momento entró una mujer con un gesto lleno de hostilidad en el rostro, sorprendiendo a las visitantes.

—¿Cuál de las dos es Rosario?

—Soy yo.

—¿Cómo te atreves a pisar estas tierras? Tú abandonaste a Yago y quiero que sepas que ese hombre ya tiene dueña.

—¿Quién diablos eres? —replicó la señora del Valle mirándola de arriba a abajo, sabiendo que esa mujer era una simple trabajadora del Ocaso, se notaba a leguas por sus prendas.

—Qué importa quien sea, solo te advierto que te alejes de Yago por tu

propio bien.

—Mira, seguro que eres una empleada de quinta y no dudo que te hayas enamorado de él, pero ubícate, un hombre como el señor Cavielli jamás se fijaría en una mujercita como tú...

Rosalinda iba a decir algo no muy agradable, pero fueron interrumpidos por Yago. Rosario sonrió al verlo, logrando olvidar el encontronazo con aquella mujer que se quedó sin habla, confirmando su sospecha de que se trataba de una simple empleada.

—¿Qué haces aquí, Rosario? Creo que fui lo bastante claro contigo.

—No me doy por vencida, Yago, solo dame la oportunidad de hablar. Si luego decides echarme, me iré. Por favor, te lo suplico.

Yago asintió con la cabeza y se extrañó de ver a Rosalinda en su oficina.

—¿Tú qué haces aquí? ¿No deberías estar cumpliendo con tus obligaciones?

—Sí, patrón. Solo vine a cerciorarme de que sus visitas estuvieran bien atendidas. Con permiso — expresó una Rosalinda humillada.

Yago llamó a Juanjo para que mostrara las instalaciones a Malena. De esa manera podría tener privacidad con Rosario, impaciente por hablar con él.

—Bien, ya estamos solos, tome asiento, señora. Sea breve, que tengo demasiadas cosas que hacer —dijo Yago con desdén.

Rosario se quedó de pie, se plantó frente a Yago para intentar abrazarlo y asaltar esos labios que tanto había extrañado, pero Cavielli se lo impidió con un gesto de desprecio. Se alejó de ella, dejándola humillada.

—Tú me amas, no has podido olvidar un gran amor como el nuestro.

—¿De qué amor hablas? Estaba enamorado de ti, sí, pero me despreciaste por no darte una seguridad, supongo que te referías a la parte económica. ¿Cierto, Rosario?

—Lo admito, me equivoqué, pero ya estoy de regreso, mi vida, de vuelta a tu amor.

—¿Señora, cree que soy su juguete? ¿Qué es lo que pretende? Sea clara y no me haga perder mi tiempo.

—Mi amor, no me hables así, solo te estoy pidiendo perdón.

—A ver señora, que le perdone Dios, que yo no puedo. Por favor, retírese de mis tierras y no regrese más, aquí no es bienvenida —suplicó Yago dirigiéndose a la puerta para indicarle la salida.

La mujer se le abalanzó en los brazos, mientras Cavielli la evitaba poniendo una barrera entre ellos. Sin embargo, alcanzó a rozar esos labios. No obstante él la despreció, alejándose de ella.

—¿No entiende?, no deseo nada de usted. Por favor, no me complique la

vida, retírese.

—Te amo, no quiero perderte.

—¿Estaría dispuesta a testificar que me vio anoche en el bar ante el comisario del pueblo? Imagino que ya sabe que soy el sospechoso de los crímenes de Nueva Esperanza —quiso saber el hombre solo para probarla, sabía que se negaría.

—Yago, yo quisiera hacerlo, pero eso me pondría en una situación comprometida ante mi marido.

Cavielli la fulminó con la mirada y no pudo evitar reírse con ironía. La miró de arriba abajo y salió del despacho dando por concluida su reunión con la mujer. Sin embargo, ella le siguió, suplicando que la escuchara. Yago caminó deprisa buscando a Juanjo e ignorando las súplicas de Rosario. Cuando por fin encontró a su mano derecha, dio la orden de que acompañara a las señoras al carro, que ya se iban de sus tierras.

—No me hagas esto, Yago.

—Sigues siendo la misma interesada. Tranquila, nadie mencionará nuestro encuentro en el bar, ahora es preciso que se retire, me ha quitado mucho tiempo, señora —señaló Yago—. Juanjo, por favor, que nadie me moleste, tengo muchos asuntos que atender. Con permiso.

El hombre se despidió con un gesto lleno de coraje en el rostro y dio la espalda a Rosario, para dirigirse a cualquier lado, pero bien lejos de la mujer que había representado tanto sufrimiento en su pasado, no estaba dispuesto a creer una sola palabra de ella.

Rosario gritó un *te amo* que sorprendió a la misma Malena. Vio que su amiga estaba dispuesta seguir a Yago, pero Juanjo se lo impidió alegando que su patrón ya había dado por concluida la reunión con ella. Malena suplicó a su amiga que guardara la cordura y la obligó a salir del lugar, mientras Rosario rompía en un llanto desconsolado por el desprecio de su amado. Rosalinda las observaba muy satisfecha.

Yago se perdió entre las trochas del Ocaso confundido y ofuscado, pero también satisfecho de no haber caído en el juego de esa arpía, porque eso era ella, una mujer que jugó con su amor, *jamás la perdonaría*. Siguió caminando, ensimismado en sus pensamientos. Llegó hasta un árbol y estampó su puño, lo que le hizo gritar por el impacto y el dolor.

—¡Auch! ¿Estás bien, Yago?

Kaila le interrumpió, trató de calmarse para que no se enterara de su encuentro con la que fue un día el amor de su vida.

—Solo estoy teniendo un mal día.

—¿Deseas hablar?

—Nada grave, pero gracias, preciosa.

—No luces nada bien, así que mejor te dejo solo y hablamos luego.

—Estoy bien. ¿Sucede algo?

—No sé si te van a agradar las noticias que tengo para ti.

—¿Malas noticias?

—Sí, el informante de Rodríguez nos hizo llegar los primeros resultados, la chica murió entre las 5 y las 6 de la madrugada, lo que no te pone en una buena situación frente al comisario. Además, sabemos que está planeando una visita al Ocaso en cualquier momento.

—Lo que me faltaba.

—Por eso te buscaba, necesito hacerte unas preguntas.

—Dime.

—¿Qué hiciste en tu trayecto del bar al Ocaso?

—¿Estás dudando de mi palabra? Fui muy claro esta mañana, me vine directo al Ocaso, no bebí, ni tampoco tuve ninguna imprevista parada para asesinar a una chiquilla a sangre fría —ironizó Yago dolido por las dudas de Kaila.

Mientras, una tormenta de sentimientos encontrados alborotó su interior, todos dudaban de él, para colmo tenía el lío con Rosario. Solo faltaba que el marido se enterara de las pretensiones de la mujer.

—No te pongas así, nadie está dudando de ti.

—Todos lo hacen, ¿es que no te das cuenta?, hasta tú estás dudando. Me viste anoche, ni siquiera bebí.

—Entiendo que tengas un mal día, pero son preguntas que deberás responder ante las autoridades del pueblo, solo estoy tratando de encontrar algo para ayudarte a salir de este lío, yo creo en tu inocencia —determinó con mirada seria.

Yago no tenía el perfil de un psicópata, mucho menos el de un criminal. Yago era alocado, problemático, engreído, soberbio, arrogante y, sobre todo, mujeriego. Le encantaban los líos de faldas, o al menos eso creía Kai, pero se negaba a creer que ese hombre fuera un criminal. Lo demostraría a cualquier precio. Ahora tenía un motivo más poderoso dentro de sí, evitaría que se cometiera una injusticia. Además, aunque a ella le costaba aceptarlo, tenía algún tipo de sentimiento hacia el joven. Kaila trató de calmarlo, pero fue inútil, estaba lo suficientemente alterado. Quiso saber el motivo de su mal humor.

—¿Sabes? Yo no necesito forzar a una mujer para satisfacer mis deseos —aclaró Yago.

—No tienes que decírmelo, sé de tus andanzas y tus líos, pero tampoco presumas de ello, es de mal gusto, señor Cavielli.

Yago sacudió la cabeza al percatarse de la estupidez que había salido de su boca, ese era su gran problema, siempre metía la pata.

—Lo siento, no debí decir eso.

—Creo que mejor dejamos esta discusión para otro momento, pero prepárese, el comisario viene por usted.

—Kaila, lo siento mucho, no te molestes conmigo, por favor.

Sin embargo, la mujer no le dio réplica alguna y salió del campo de visión del señor Cavielli, que volvió a lamentar su ataque de ira.

Isabel escuchó atenta la voz de su marido por teléfono. Desde Los Ángeles le recriminaba que su visita en El Ocaso se estaba extendiendo innecesariamente y que sus hijos ya la estaban extrañando.

—Mi amor, te estoy pidiendo unos días, por favor, tengo que resolver este asunto cuanto antes.

—*Habebty*, entiendo que estés preocupada por la situación en El Ocaso, pero debes confiar en la detective Evans, estoy seguro de que resolverá este caso; por favor, te queremos de regreso, los niños y yo te echamos de menos — suplicó Zaid, desesperado por la falta de su esposa.

—Dame una semana más y estaré de regreso, yo también os extraño mucho, mi vida. Solo una semana, tienes mi palabra.

—Ni un día más, me cuesta dormir por las noches y me haces muchísima falta.

—Yo tampoco puedo dormir bien —confesó Isabel.

De hecho, extrañaba mucho a su marido e hijos, su casa y la rutina de todos los días, ella era la más interesada en regresar cuanto antes, pero su conciencia no la dejaba, no podía dejar el asunto exclusivamente en manos de la agente. Adrián nunca se lo perdonaría, tenía que salvar el honor de su único hijo.

—Te conozco, Isabel, estoy seguro que algo más te preocupa y no me lo estás contando, me tienes angustiada.

Isabel suspiró hondo y supo que debía contarle la verdad, quizás así entendería su preocupación. Le explicó que el nuevo comisario del pueblo

señalaba a Yago como principal sospechoso de los asesinatos perpetrados en Nueva Esperanza.

—Eso es absurdo, Isabel, Yago no es un criminal.

—Lo sé, amor mío, por eso estoy bastante preocupada y no puedo dejar este asunto a la ligera. Es el hijo de Adrián, por favor, ponte en mi lugar.

—Entiendo, *habebty*, pero también piensa en nuestros hijos, ellos te están extrañando mucho, tómate esta semana y trata de dejarlo todo encaminado para que la agente concluya su trabajo. Estoy seguro de que las cosas se aclararán pronto, ya lo verás.

—Te amo, Zaid, tú siempre tan comprensivo, no sabes cuánto desearía que estuvieses a mi lado en este momento,

—Lo estoy, mi vida, en cada momento y lo sabes.

La pareja siguió conversando, pero cambiaron de tema. Zaid le contó sobre las nuevas ocurrencias de su hija Maia, lo atribuía a que la niña había heredado el carácter fuerte de su madre, ambos rieron y se despidieron de manera cariñosa, el amor entre ellos había madurado y crecido con el tiempo. Zaid colgó el teléfono con la certeza de que su mujer estaba más alterada de lo que él pensaba y estaba sopesando una posibilidad para los próximos días.

Isabel se dirigió entonces al despacho que ocupaba cuando estaba a cargo del fundo. Yago lo había mantenido todo en su lugar, como antes de abandonar El Ocaso para empezar una nueva vida en Los Ángeles junto a su marido, algo que agradeció en silencio.

En ese preciso momento, Aarón Zabat la observó desde la segunda planta del edificio, retrocedió en el tiempo, viendo nuevamente a la que fue un día la famosa doña Cavielli con sus aires de mujer frívola y los pantalones bien puestos. El hombre sonrió con el recuerdo de su amiga. Había cambiado, quizás la maternidad y su nueva vida en los Estados Unidos suavizaron el carácter de la mujer, aunque estos últimos días notaba un cierto cambio, como si quisiera volver a ser la misma mujer que fue en el pasado.

—Perdón por el retraso, estaba hablando con mi marido.

—Tranquila, Isabela.

—Hace años que no me llamabas así —apuntó Isabel con una media sonrisa que le hizo recordar aquellas épocas de su vida.

Ambos se dirigieron al despacho y tomaron asiento en la mesa redonda.

—¿Como los viejos tiempos?

—Aquellos años que no volverán —aclaró Isabel con melancolía.

—Te veo muy preocupada por el asunto del muchacho.

—Tú me conoces, es verdad, estoy aterrada más que preocupada, tengo una sospecha que no me gusta nada.

Isabel le explicó punto por punto sus conjeturas, ante un Aarón sorprendido por la teoría de su amiga.

—Isabel, creí que ese asunto ya estaba enterrado y sepultado en el pasado, no creo que debas preocuparte por eso.

—Lo sé, Aarón, pero ya no sé qué pensar, esto se está yendo de mis manos. Es como si alguien estuviera empeñado en inculpar a Yago, lo que me preocupa es que tenga que ver algo con su padre, ese muchacho ya sufrió demasiado en la vida y, lo que es peor, me siento culpable por haberlo abandonado a su suerte, debí llevármelo conmigo.

—Isabel, no lo abandonaste, lo dejaste en las tierras de su padre. Además, su madre estuvo con él y el muchacho deseó quedarse aquí y comenzar una nueva vida. Míralo ahora, es todo un hombre y ha sacado adelante el fundo y, por si fuera poco, ahora es un empresario de renombre y todos lo respetan.

—Su padre estaría orgulloso de él.

—Por supuesto, Isabel. Estuve pensando en todo este asunto, yo creo que lo que dices tiene mucho de cierto, puede que alguien esté haciendo todo lo posible por inculpar a Yago. Lo que debes hacer es tener una conversación con él y tratar de encontrar alguna persona que tenga algún motivo fuerte, lo suficiente como para querer hundir su reputación.

Isabel asintió con la cabeza. Esa misma noche tendría una conversación privada con Yago. Agradeció a su amigo Aarón su atención. Se despidió de ella, no sin antes decirle lo mucho que la estimaba y que tenía todo su apoyo, también puso a su disposición a su gente en caso de necesitar más ayuda.

—Trata de averiguar en tu círculo de amigos sobre las amistades de Yago.

—En eso estoy, querida, si sé algo, no dudes que vendré de inmediato.

Isabel suspiró para sí, todo ese asunto la estaba consumiendo por dentro, bajó la mirada como resignada y sus ojos se posaron en la gaveta de su escritorio. No dudó en abrirla. La mujer se sorprendió al ver sus viejas armas que portaba siempre con ella. Yago lo había conservado todo exactamente igual, como hace tantos años. Tomó la semiautomática entre sus manos.

Yago se sorprendió al ver a una Isabel con gesto de preocupación. Ella lo tranquilizó diciéndole que todo estaba bien, pero que era preciso que tuvieran una conversación. La mujer lo animó a caminar un rato, él aceptó de buen grado, aunque tenía una ligera idea de lo que le diría. También dudaba de él, seguro, algo que lamentó para sí mismo.

—Tú también dudas de mí, ¿cierto?

—¿Cómo se te ocurre, Yago? Jamás dudaría de ti, solo estoy muy preocupada por ti y por tu reputación, daría lo que fuese por sacarte de este problema, por eso necesito que te concentres y me digas con sinceridad si sospechas de alguien que te quiera hundir.

—Isabel, sabes cómo es este pueblo, lleno de gente que habla a tus espaldas, muchos me desean el mal, sé que no he sido un buen ejemplo a seguir, pero nunca hice daño a nadie.

—Piensa, Yago, tiene que haber alguna persona que te quiera fuera de Nueva Esperanza.

—No sé, Isabel, yo también estoy que me rompo la cabeza pensando en ese alguien que me odie tanto.

En ese preciso momento a Yago se le vino un rostro a su memoria y sacudió la cabeza tratando de alejarla de su mente, pero entonces pensó en el marido y si...

—Hay una persona que podría querer borrar me del mapa, pero no sé, no lo veo posible.

—¿Quién es?

—Isabel, no me gusta lo que te voy a contar, pero es necesario, yo necesito que se limpie mi nombre, pero te suplico que esto quede entre nosotros por el momento hasta asegurarnos de que mi sospecha pueda ser cierta.

Yago le relató su relación en el pasado con Rosario, la mujer que lo había despreciado y que se había casado con un hombre rico.

—No la conozco.

—¿Y a Luis Fernando del Valle, el marido?

—Los Valle, claro, conocí a su padre en el pasado, pero ellos se mudaron a la ciudad hace tiempo, pero hasta donde yo recuerde aún poseen tierras en la región. El padre deseaba comprar El Ocaso a Adrián.

—¿Cómo dices?

—Pues sí, lo recuerdo. Él vino con una propuesta que dejó impresionado a Adrián, pero obviamente no aceptó y ese señor se fue del Ocaso bastante molesto.

—¿Qué tendría que ver conmigo?

—Contigo en la cárcel podría llegar a un acuerdo conmigo y obtener El Ocaso, más aún ahora que has triplicado el valor de estas tierras.

—Suena coherente, pero lo que me preocupa es saber si el hijo está al tanto de mi romance con Rosario en el pasado y que...

—¿Qué?

—Rosario ha regresado con su marido al pueblo, no tengo claro si se piensan quedar o están de vacaciones, pero ella está empeñada en regresar conmigo. Hoy estuvo aquí para rogarme que la escuchara.

Isabel palideció con aquella información.

—¿No me dirás que estás con ella?

—Claro que no. Jamás le perdonaré su humillación. Nunca, Isabel, tenlo por seguro.

—¿Estás seguro, Yago?

—Isabel, por favor, tienes que creerme, yo jamás regresaría con esa mujer.

—Creo que encontramos un sospechoso, puede que ahora sea el hijo quien quiera hacerse con El Ocaso. Te quiere fuera de la vida de su mujer.

—¿Tú crees que sepa...?

—Eso lo averiguaremos pronto, te lo prometo.

—¿Zabat? Que mal me cae ese tipo.

—Confía en él, sé que no se llevan bien, pero él conoce a todo el mundo y nos sacará de dudas.

Ambos siguieron caminando envueltos en la conversación hasta que

Isabel se fijó que estaban cerca de los linderos sur, aquella zona que siempre fue un problema cuando ella estaba al mando del Ocaso.

—Siento mucho lo que te pasó con esa mujer.

—Ya es parte del pasado —aseguró Yago con su mejor sonrisa.

—Tu padre estaría orgulloso de ti si viera en lo que has convertido El Ocaso.

—Lo dudo, Isabel, él era un maderero y lo mío es el turismo.

—Sin embargo, has embellecido El Ocaso: estoy orgullosa de ti.

Yago se estremeció de emoción de escuchar aquellas palabras, tanto que sus ojos se llenaron de lágrimas, dejando a una Isabel sorprendida.

—Escuchar eso de ti es para mí el mayor de los logros. Diez años viviendo en estas tierras han hecho que te admire cada vez más y más.

—Yago, ¿qué dices?

—Déjame hablar, tenía que decírtelo. Siempre quise ser como tú, para mí lo más cercano a mi padre fuiste tú, mi motivación siempre fue tu regreso.

Ambos se fundieron en un abrazo, Isabel no pudo evitar derramar lágrimas, quería a Yago como a un hijo, aquel que no pudo nacer de su amado Adrián. Sin embargo, el sentimiento de culpa se acrecentó en su interior: lo había abandonado. Isabel estalló en un lastimoso llanto en el pecho del joven, también conmovido por ese momento que nunca olvidaría. Isabel se calmó y Yago le besó las manos.

—Dejémonos de llantos y sigamos caminando —propuso Isabel y Yago aceptó encantado, dejando que Isabel lo llevara por donde quisiera.

Se quedaron en silencio, ambos observando el atardecer rojo del Ocaso.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta, Isabel?

Isabel se rio y afirmó con la cabeza.

—Cuando mi padre murió, ¿cómo es que sacaste fuerzas para dirigir estas tierras?

—De mis ganas de venganza, pero ese fue mi gran error, Yago.

—¿Alguna vez sentiste un vacío en tu vida?

—Lo sentía cuando se me agotaban las fuerzas, a veces quería vender estas tierras y desaparecer, pero luego me acordaba de las palabras de tu padre. Él me hizo jurar que protegería estas tierras con mi vida si fuera el caso.

Isabel cerró los ojos recordando aquel día en que Adrián le hizo prometer eso, pero luego una idea cruzó por su cabeza. ¿Por qué tenía ese empeño por El Ocaso? La respuesta era muy obvia, por su hijo Yago.

—A veces siento ese mismo vacío, Isabel —confesó Yago para desahogarse de todo lo que le estaba carcomiendo por dentro.

—Ya verás cómo todo se aclarará y un día nos reiremos de todo esto.

Además, estoy segura de que la felicidad tocará a tu puerta y yo seré feliz de que así sea, Yago.

Kaila buscó a Rodríguez en su casa, esa mujer era muy perspicaz. Le señaló unos papeles que ella misma había escrito a mano, explicándole el *modus operandi* del asesino.

—¿Me está diciendo que es alguien que desea perjudicar a Yago?

—Es una de mis hipótesis, también me inclino porque nos estamos enfrentando a un verdadero psicópata. Lo del amuleto ha sido una coincidencia de mal gusto. Algunas cosas no me cuadran como, por ejemplo, que según Yago todo empezó desde que perdió su amuleto hace unos meses, pero los asesinatos son de hace apenas cinco meses. El asesino solo ataca cuando el señor Cavielli está bebido o sale del Ocaso. Tal vez hablamos de alguien que vive en el fundo.

—¿Pero quién podría odiar tanto a ese muchacho?

—Por eso vine, tú conoces a Yago y debes estar al tanto de su vida, de sus líos, de sus amistades, es necesario que me empape de todos los detalles de su vida. Él no me está ayudando del todo.

—Creo que ya te dije todo lo que sé. Es un muchacho bueno, aunque a veces se mete en líos innecesarios, pero nada grave, agente.

—Piense, Rodríguez, debe haber algún lío gordo donde podamos encontrar alguna pista.

El excomisario del pueblo se concentró para tratar de recordar algún detalle o indicio, todos los líos de Yago eran generalmente por mujeres, aunque los últimos años se había calmado un poco con la llegada de Capulí. Esta lo mantenía satisfecho, por decirlo así, pero entonces recordó su tórrido romance con Rosario y cómo esa mujer lo había abandonado y se había casado con un

hombre mayor. *Ni hablar*, se dijo a sí mismo, Rosario y su marido vivían desde hace cinco años en el Cusco. Así que ellos quedaban fuera de la lista, pero por otro lado habían regresado. Rodríguez dudó.

—Dígame lo que sea, podemos encontrar sospechosos donde menos lo esperemos.

—Pues no sé si esto te puede servir, lo dudo, pero igual te lo diré.

El hombre le relató con puntos y comas la historia sobre Rosario del Valle, ante una Kaila sorprendida, que sin duda lo tendría en cuenta en su investigación.

—Ellos acaban de regresar al pueblo hace unos días, lo que nunca supe es si el marido tuvo conocimiento del romance de su esposa con Yago.

—Puede servir de algo. Investigaré más sobre el tema. ¿Alguna otra cosa que recuerde?

—Un par de nombres de hombres celosos de Yago y de su éxito con las mujeres, el muchacho tiene su atractivo y, como se imaginará, eso le ha causado algún que otro lío.

—Lo imagino.

Rodríguez siguió contándole más detalles sobre Yago y su entorno, mientras la detective anotaba todo en su libreta y trataba de mantener a raya los celos que estaba sintiendo al enterarse de los pormenores de la vida de ese hombre que la estaba intranquilizando. Sin embargo, lo primero era su trabajo: resolvería ese caso aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

Después de unas horas regresaba al Ocaso, inmersa en sus pensamientos, empapándose de cada detalle para tener algún indicio. Tendría una conversación con Rosalinda, porque Rodríguez le había informado que ella también se había enredado con Yago. Algo que no le agradó saber, pero así entendió el porqué de la hostilidad de esa muchacha hacia su persona desde el día que llegó a estas tierras. Cuando arribó al albergue, Juanjo la recibió y le preguntó directamente por Rosalinda. La llevó hasta ella.

—¿De qué quiere hablar conmigo, señora?

—De la relación con tu patrón.

—A ver, ¿qué parte le interesa, la personal o la de trabajo?

—¿Qué tal si me cuentas tu relación personal? ¿Son amigos, amantes?

—Me está preguntando si me acuesto con el señor Cavielli, pues sí, no lo niego.

Kaila contuvo sus ganas de mandarla a la mierda, por prepotente.

—O sea, me estás diciendo que ustedes son pareja.

—No lo dude, señora, ese hombre es mío y un día seré la dueña de todo esto.

—Vaya, pues le deseo mucha suerte.

—Pues yo le advierto que no se entrometa entre nosotros o nos veremos las caras.

—A ver, Rosalinda, esto es una conversación para tratar de encontrar algún indicio en el caso de los asesinatos, nada más.

La mujer la miró desafiante y exigió saber qué tenía que ver su romance con el patrón con los asesinatos de Nueva Esperanza. Kaila le informó que había detalles que no debía compartírselos con ella. Le pidió que se mostrara colaborativa, ya que en ese momento estaba trabajando para la señora Al Fayed, que le aseguró que todo el personal, incluida ella, estaba en la obligación de responder a sus preguntas.

—La señora esa no es mi patrona.

—Pero el señor Cavielli sí que lo es y si sigues con esas ínfulas tendré que informarle que no estás colaborando con mis pesquisas.

—No, no le diga nada a mi patrón. ¿Qué más quiere saber?

—Pensé que era tu amante.

Rosalinda le clavó una mirada llena de desprecio. Así que esa mujercita le tenía miedo a Yago. Ya conocía su debilidad.

—Sabes de alguien que le esté causando algún problema al señor Cavielli ¿Algún lío? ¿Enemigos? ¿O alguna examante?

Rosalinda sonrió ante la pregunta, claro que sabía de una, por supuesto que se lo iba a contar a la insípida gringa. Le relató todos los detalles de la visita de Rosario aquella mañana al Ocaso. En ese preciso momento la agente Evans comenzó a tejer una teoría en su cabeza, mientras apuntaba cada detalle en su libreta.

—¿Estás segura de que el señor Cavielli la rechazó?

—Clarito, yo misma vi cuando la despidió y ella lloraba suplicándole que la escuchara. Incluso la muy descarada le dijo que lo amaba.

—¿Cómo reaccionó tu patrón?

—Pues yo lo vi indiferente, ni caso le hizo y le pidió a Juanjo que escoltara a la señora y acompañante a la salida —certificó Rosalinda con una sonrisa de satisfacción.

Kaila se sumergió en sus pensamientos y recordó que esa mañana había encontrado a Yago muy molesto, ahora todo cobraba sentido en su cabeza, estaba así por la tal Rosario.

—¿Algo más, señora?

—No, nada más. Eso es todo por ahora.

Así que Rosario del Valle era el motivo de desvelo de Yago Cavielli. Había regresado, Kaila sonrió al saber que estaba frente a un posible móvil que

la llevaría a descubrir al asesino, aunque por dentro estaba dolida al saber sobre aquella mujer. ¡*SHIT!*

*S*olo bastaba una palabra para alegrarle el día, así como Isabel le había llenado de una inmensa alegría expresando su admiración por su trabajo en *El Ocaso*. Yago traía una gran sonrisa en el rostro, mientras trabajaba concentrado en sus quehaceres de todos los días frente al ordenador, revisando reservas y viendo la disponibilidad de las cabañas, entre otras cosas. De pronto el recuerdo de Rosario lo distrajo y pensó en la conversación con Isabel respecto al marido, sopesó la posibilidad de hablar con ella, pero negó con la cabeza ante aquella absurda idea. Estiró los brazos para relajarse un rato, en ese momento tocaron a la puerta y Kaila apareció en su campo de visión.

—¿Podemos hablar, señor Cavielli?

La miró con tristeza, seguía molesta y tenía toda la razón para estarlo. Se puso de pie y se acercó con la decisión de arreglar las cosas entre ellos, odiaba esa actitud distante.

—Sí, pero antes quiero que me perdones por alterarme esta mañana, no quise ofenderte.

—No lo hizo.

—Pero te hice enfadar.

—Mira, solo estaba tratando de ser amable, pero ya entendí que es mejor guardar las distancias entre nosotros.

Él negó con la cabeza.

—Por favor, dame una nueva oportunidad, haré lo que sea para que me perdones —aseguró Yago acercándose más de lo debido.

Kaila retrocedió negándose a su pedido. Lo miraba con desconfianza, estaba muy molesta, celosa...

—Necesito hacerte unas preguntas de rutina, tengo nueva información y es necesario que me saques de mis dudas.

—Kaila, por favor, no soporto esta indiferencia.

—Ya se me pasará, señor Cavielli.

Yago la invitó a sentarse en la butaca, empujó la silla giratoria que estaba tras su escritorio y la colocó frente a ella, se puso cómodo y dispuesto a responder a sus preguntas, pero después le rogaría si era preciso. Kaila se estaba apoderando de su mente, incluso había logrado que se olvidara de la traicionera. Necesitaba tenerla a su lado, conocerla, descubrir sus secretos y su piel desnuda: quería hacerla suya.

—¿Me puede explicar punto por punto su relación con la señora Del Valle, son amantes?

Aquella pregunta le cayó como un baldazo de agua fría. ¿Cómo sabía sobre ella? Lo tomó por sorpresa, quiso negarse a responder, pero no estaba en posición de hacerlo, decidió decirle la verdad, tenía que ganarse su confianza y lo haría solo si se sinceraba totalmente.

—No es mi amante, ni lo será jamás. Ella forma parte del pasado.

—Bien, ¿me podría decir qué hacía esa mujer en El Ocaso? ¿Qué deseaba de usted?

—¿Qué tiene que ver Rosario con el caso?

—Más de lo que imagina, por favor responda.

—Kaila, voy a ser sincero contigo, esa mujer me es indiferente. Es verdad, me buscó esta mañana, pero dejé las cosas claras, no me interesa.

—Por eso estaba furioso esta mañana, lo asumo, comprendo su extraño comportamiento.

—No, no es lo que piensas.

—Dígame una cosa, según mis testimonios usted tuvo una relación amorosa con la señora del Valle, ¿sabe si el marido tiene conocimiento de esa relación previa a su matrimonio?

—No lo sé, Kaila, quisiera saberlo.

Yago se puso de pie y empezó a relatarle su conversación con Isabel, también le hizo saber las intenciones del padre de Luis Fernando Valle de adquirir El Ocaso en el pasado. La agente apuntaba cada detalle, su teoría iba tomando fuerza con los nuevos datos que le estaba brindando Cavielli, pero a la vez una gran molestia se acrecentaba en su interior. ¿Por qué le molestaba saber sobre las mujeres de Yago? Sobre todo, la tal Rosario.

Kaila le pidió más detalles sobre las circunstancias de su ruptura con

Rosario, algo que cambió el semblante del hombre. Ella hubiera jurado que se negaría a hablar de ello, pero Yago relajó la expresión del rostro y empezó a contarle lo sucedido.

—Yo estaba muy enamorado de esa mujer, tanto que tenía intenciones de compartir mi vida con ella y pensé que su amor era tan grande como el mío. Estuvimos poco más de un año juntos, pero de pronto ella comenzó a cambiar, a ser más distante y a andar muy ocupada. Empecé a preocuparme, hasta que un día me confesó su relación con Luis Fernando y sus intenciones de matrimonio. Rompió conmigo para irse con el tipo ese. No deseo hablar del tema, pero créeme cuando te digo que jamás regresaría con ella —confesó Cavielli un poco más calmado.

Aquella confesión fue muy reveladora para Yago, jamás se había sincerado tanto ante una mujer. Se abstuvo de decirle que ahora pensaba en ella y que tenía muchas ganas de renacer entre sus brazos. Kaila lo miró a los ojos compadeciéndolo, había amado a Rosario y esta lo abandonó por ambición.

—Me ha quedado claro esta etapa de tu vida, ahora me podrías hablar de tu actual relación.

—No tengo ninguna relación.

—Eso no es lo que dijo Rosalinda Pérez, que asegura que es tu amante.

—¿Qué te dijo qué? —preguntó el hombre, alterado.

En ese momento Yago supo que Rosalinda representaba un problema en su vida y que debía despedirla sin ninguna clase de contemplaciones.

—Eso no es verdad, no es mi amante.

—Mira, Yago, no estoy jugando, necesito saber todos los detalles de tu vida, incluso tus enredos con las mujeres de tus tierras y también las del pueblo —exigió Kaila casi como si fuera un reclamo de una mujer enamorada.

—Rosalinda no es mi amante —aclaró Yago mirándola directamente a los ojos.

—No es tu amante, pero te acuestas con ella.

—Esta conversación es innecesaria, ¿qué tiene que ver con el caso?

—Ya te lo dije, estoy tratando de buscar algún móvil que me lleve a resolver el caso y sabiendo que tiene una vida sexual activa, puede que encuentre algo que me lleve a una pista concreta.

—No voy a discutir esto contigo, pero te demostraré que esa igualada no es mi amante.

—No tienes que demostrarme nada, tu vida amorosa me tiene sin cuidado.

Kaila cerró su libreta de apuntes dando por concluido el interrogatorio. Trató de tranquilizarse, Yago no era hombre para ella; por tanto, no debía

sentirse afectada por conocer aquellos detalles íntimos de su vida, pero... ¿a quién quería engañar? Estaba furiosa, deseaba restregárselo en la cara. Apartó todo aquello que surgía en su cabeza y se puso de pie, informándole que haría más averiguaciones. Se despidió como toda una profesional.

—Resolveré este caso cuanto antes, señor Cavielli, con permiso.

Yago la observó cuando se puso de pie y se dirigió a la salida. En un impulso la detuvo, la hizo girar hacia su pecho y sus alientos se mezclaron.

¿Cuándo había sido la última vez que se había encontrado entre los brazos de un hombre de esa manera? Kaila, casi hipnotizada por el brillo de los ojos azules del señor Cavielli, estaba perdida. La mujer trató de recomponerse de algún modo de esos sentimientos, su corazón latía desbocadamente, su cuerpo no respondía... ¡se sentía tan bien en brazos de ese hombre tan fuerte y que le atraía de una manera tan salvaje!

Kaila reaccionó y se alejó como pudo, tratando de soltar el aire que había retenido en sus pulmones por el incómodo momento.

—Kaila, lo siento —susurró Yago también tranquilizándose por sus impulsos. No sabía cómo, pero tuvo el arrebato de tomarla entre sus brazos y deseó detenerla con sus besos. Esa mujer le estaba gustando más de lo que pensaba. Kaila era preciosa, había algo en ella que llamaba poderosamente su atención, quería conocerla, saber sus secretos, sus aspiraciones, sus deseos. Cavielli sacudió la cabeza admirado por aquellos sentimientos que nacían por la joven agente. Literalmente lo estaba volviendo loco y recién se daba cuenta de lo que esa mujer provocaba en él.

Aquel descubrimiento lo paralizó de miedo y solo pudo excusarse por su comportamiento, por primera vez no supo qué decir y dejó que ella se retirara de su oficina, con un intenso rubor en las mejillas.

Yago respiró con normalidad, inquieto al descubrir su interés por Kaila. ¿Cómo había sucedido? ¿Por qué le afectaba tanto que ella estuviese molesta? La respuesta era sencilla, la deseaba y la conquistaría, pero antes debía demostrarle que Rosalinda no era su amante. En ese momento el señor Cavielli

decidió sacar a esa igualada de su vida de una vez por todas. Ya eran demasiados los problemas que tenía por culpa de esa chica.

Salió de su despacho, caminó deprisa para llegar cuanto antes hasta al comedor del albergue, donde se encontraban Juanjo y Rosalinda. Yago la aniquiló con la mirada y supo de inmediato que estaba en serios problemas con su patrón.

—Te quiero en mi despacho ahora mismo. Juanjo, necesito que estés presente en la conversación con esta mujer.

—¿Sucede algo, patrón?

Yago hizo caso omiso de la pregunta de la joven que temblaba de miedo por la frialdad de su patrón. Mientras seguía a Juanjo se preguntaba si algo tenía que ver la gringa insípida. Juanjo, desconcertado con aquella reunión, tenía la certeza de que nada bueno venía a continuación. Conocía bien a Yago y en ese momento estaba furioso. Cavielli les abrió la puerta y les hizo pasar, los dos empleados se quedaron parados frente al escritorio de madera.

—Rosalinda, estás despedida, necesito que te vayas lejos del Ocaso, Juanjo te acompañará a Nueva Esperanza donde me encargaré de que tengas alojamiento por unos días, te entregaré una considerable suma de dinero por tus años de servicio, aunque no te lo mereces.

La muchacha se quedó muda ante aquellas palabras, ambos hombres la miraban expectantes ante su posible reacción. Rosalinda Pérez estalló en una risa sarcástica que sorprendió a los dos.

—¿Esto es una broma, Yago? No puedes echarme de esa forma, yo soy tu mujer —desafió la joven.

—No se te ocurra decir eso jamás, tú siempre confundiste las cosas. Yo tengo la culpa.

—No me iré del Ocaso, no puedes echarme de mi propia casa.

—Es preciso que te vayas, estoy cansado de tus imprudencias y de los problemas que me ocasionas, entre tú y yo nunca hubo ninguna relación.

—Claro, ahora dices eso, pero cuando necesitas una mujer bien que me buscas y yo siempre estoy dispuesta para ti. ¿Esta es la forma en que me tratas ahora?

—Lo siento mucho, Rosalinda, nunca debí permitir que pasara nada entre nosotros y si te hace feliz, te pido disculpas por ese mi gran error.

—No me despidas, te lo pido, no conozco otro oficio que no sea el estar a cargo de la limpieza del albergue y no quiero separarme de mi padre, tampoco de ti —confesó Rosalinda con lágrimas en los ojos.

—Yo te hice mucho daño y quiero reparar mi error, pero debes irte muy lejos, te daré una cantidad considerable para que empieces una nueva vida —

suplicó el hombre rogando que aceptara su propuesta.

—¿Crees que te vas a deshacer tan fácilmente de mí?, te equivocas, voy a hablar con mi padre y le contaré lo que ha pasado entre los dos, si es preciso hablaré con tu madrastra.

—No me amenaces, Rosalinda, no hagas que me arrepienta de ser considerado contigo.

La muchacha se le abalanzó y la emprendió a cachetadas, Yago se dejó hacer sabiendo que se lo merecía. Por primera vez se sintió culpable por sus actos, Juanjo la detuvo y tomó a la muchacha para calmarla.

—Tranquila, Rosita.

—Suéltame, desgraciado.

—Entiendo que estés molesta, tienes hasta mañana para pensarlo. De cualquier forma, no te molestes en venir a trabajar, cualquiera que sea tu decisión házmelo saber con Juanjo. Me encargaré de hacerte llegar tu remuneración y tu pago por tus años de servicio.

—Maldito Yago, esto no se quedará así, ya verás de lo que soy capaz.

Yago se retiró de su oficina suplicando a Juanjo que se hiciera cargo de la muchacha, no tenía fuerzas para seguir discutiendo. No pudo evitar sentirse mal, si no hubiera sido tan débil, tan mezquino... Se había aprovechado de la muchacha, pero ella tampoco se había quedado atrás, lo provocaba. Sacudió la cabeza, ya no deseaba pensar más en el asunto, estaba tan molesto consigo mismo...

Sus problemas iban en aumento, Rosario, Rosalinda, el asunto del asesino y para colmo sus sentimientos hacia la agente, en aquel momento deseó irse al pueblo, emborracharse, buscar a Capulí y escuchar sus consejos, pero no quería complicar más las cosas con Kaila, se quedaría quieto y quizás al día siguiente las cosas podrían mejorar en algo.

Que manía de la gente para juzgarte sin conocerte y tratarte de la peor manera, pensaba Capulí, furiosa por la visita del comisario. Le había puesto en una situación incómoda al interrogarla sobre las visitas de Yago Cavielli al bar. Mújica la importunó tratándola como si fuera un ser inferior y lo que más le dolió es que tenía razón, era una prostituta, sí, pero aun así merecía respeto; después de todo, ella también era un ser humano.

Capulí se dispuso a salir, preocupada por su amigo. ¿Habría pasado algo? Se sorprendió cuando le informaron que Yago estaba en el bar a esas horas de la mañana. Cuando llegó al recibidor, su amigo la miraba con su típica sonrisa encantadora.

—¿Ha pasado algo, *vidita*? ¿A qué debo tu visita a estas horas de la mañana?

—Estoy evitando salir por las noches, corazón, necesito hablar contigo. Solo tú puedes entenderme.

Ella lo llevó hasta el recibidor del bar, se pusieron cómodos, Capulí estaba deseando contarle su mal rato con el comisario.

—Creo que me estoy enamorando —soltó Yago sin ninguna clase de preámbulo.

—¿Qué dices? —preguntó la mujer pestañeando varias veces ante aquella confesión.

—Me estoy enamorando de la detective que contrató Isabel y no sé qué hacer, esa mujer me está volviendo loco.

Capulí sintió un nudo en la garganta, por primera vez no supo qué

decirle, no le gustaba nada saber que Yago estaba tan interesado en otra mujer, pero en qué estaba pensando cuando creyó que nunca se enamoraría... Capulí acaba por descubrir un sentimiento hacia Yago, que la estaba mirando esperando un consejo por su parte.

—Yago, me has tomado por sorpresa.

—Tú eres la única que me puede aconsejar, ya no sé qué hacer para tener a Kaila a mi lado, lo peor es que ella ha descubierto todos mis secretos y piensa lo peor de mí.

—Kaila —balbuceó Capulí.

Ese nombre era el de la mujer que alejaría a Yago de su lado y del bar.

—Sí, así se llama. Es muy hermosa, pero tiene su carácter, eso es lo que me tiene tan loco por ella. Nunca he conocido a una mujer así.

Qué triste estar enamorado de un imposible, Capulí quiso salir de allí, no quería escuchar más, los ojos de Yago eran indudablemente los de un hombre enamorado. ¿Cómo había pasado? ¿Por qué había acudido a ella? La estaba obligando a aconsejarle sin saber que con eso le pedía que se desgarrara el corazón en mil pedazos.

Capulí suspiró con resignación, ese hombre tan bello nunca se fijaría en una mujer como ella, lo miró con semblante serio, mientras él la miraba expectante.

—Solo háblale con el corazón y si ella siente el mismo interés que tú, la tendrás a tu lado.

—¿Me estás diciendo que le hable de mis sentimientos?

Capulí asintió con la cabeza, reafirmando sus palabras, mientras rememoraba en su mente todos los encuentros íntimos con Yago. Este hombre no regresaría a sus brazos, tendría que lidiar con eso de ahora en adelante.

Cavielli empezó a relatarle con detalle sus encuentros con la mujer que le quitaba el sueño, pero su amiga sentía un dolor que le taladraba el alma, deseaba que se callara. Sin embargo, Yago no dejaba de hablar de Kaila y de los sentimientos que surgían en su interior. Capulí sacudió la cabeza, mientras pensaba que debía alejarse un tiempo del pueblo, de Yago. Tenía que asimilar que ese hombre jamás sería suyo.

—Yago, solo dile lo que me acabas de decir; si ella es tu destino, pase lo que pase, estarán juntos y yo seré feliz de que así sea.

—¿Qué haría sin ti, corazón?

Ella le sonrió y él le dio un beso en la mejilla, el contacto hizo que Capulí estuviera a punto de quebrarse, pero se obligó a aparentar tranquilidad. No obstante, Cavielli pudo notar que algo no estaba bien en el semblante de su amiga.

—¿Estás bien?

Ella le mintió confesándole su mal rato con el comisario, algo que enfureció a Yago, ¿cómo se había atrevido a tratarla tan mal?

—Tranquilo, estoy acostumbrada a tipos como el tal Mújica, por cierto, quiero que vayas con cuidado, no confío nada en ese hombre.

—¿Cómo pudo tratarte así? Esto no se quedará así, iré a reclamárselo, no tenía ningún derecho a importunarte.

—No, no. No harás nada. Deja las cosas como están. Haces bien en no venir al pueblo, ya verás como todo se aclarará. Ya te dije que no estás solo en esto.

Discutieron varios minutos hasta que Capulí logró convencerlo de que no haría nada, no le convenía pelearse con Mújica por ella.

—Por cierto, me iré a Cusco por un tiempo, ya tengo el suficiente dinero para comprar una casa a mi madre y te lo debo a ti. No sé cuándo regresaré.

—¿De veras? Me hace feliz saberlo, solo que voy a echarte mucho de menos.

—Vidita, este pechito regresará en cuanto termine de comprar esa casa y lo celebraremos a lo grande.

—Por supuesto, corazón, como tiene que ser.

Yago sacó una tarjeta de su billetera y se la entregó alegando que era su agente inmobiliario en Cusco. Le pidió que no dudara en buscarlo para que la ayudara con todos los trámites necesarios.

—Te lo agradezco, pero ya tengo alguien para eso.

—Capulí, no me hagas enfadar, lo buscarás.

Lo cierto era que por todos esos gestos que tenía con ella, se había enamorado de él, siempre tan caballero, noble y con un corazón de oro. Tenía que olvidarlo como fuera, él merecía una mujer digna, no una como ella.

Cuando se despidieron, Yago la abrazó fuerte contra su pecho, deseándole mucha suerte en su viaje. Le dio un beso suave en la frente, haciéndola estremecer. Cuando por fin se retiró, Capulí se dirigió a su habitación y lloró hasta agotar las lágrimas.

Una intensa lluvia despertó a los habitantes del fundo Ocaso, con fuertes vientos, rayos y truenos. Isabel tomaba un café mientras observaba la tormenta que azotaba sus tierras. Había tenido otra mala noche, muy preocupada. Lejos de estarse resolviendo el problema, cada día se complicaba aún más, su marido y sus hijos la necesitaban, sentía que debía regresar, pero el alma de su difunto marido estaba empeñado en suplicarle que no lo hiciera, que no desamparase a su único hijo. La mirada de la que un día fue doña Cavielli se oscureció.

—Si pudiera te ayudaría a resolver este problema, mi niña —dijo Yara.

—Yara, estoy tan preocupada, sé que tengo que regresar a casa, echo de menos a Zaid y a mis hijos, pero por primera vez en mi vida mi corazón está dividido en dos, no quiero dejar a Yago solo.

—Te entiendo, Isabel, pero tus hijos te necesitan, son pequeñitos, Yago es un hombre y puede cuidarse solo.

—Léeme la coca, Yara —suplicó Isabel.

—¿Estás segura? Hace tiempo que no lo hago y no sé si los espíritus responderán.

—Sí, por favor.

Yara la condujo hasta a su habitación, extendió una manta inca en el suelo y la invitó a sentarse a su lado. Isabel, impaciente por saber su suerte, necesitaba algunas respuestas. La hechicera se sentó frente a Isabel y colocó las hojas de coca en medio de las dos. La invitó a tomar un puñado de las milenarias hojas para lanzarlas sobre el manto pensando en sus dudas y preguntas. Así lo

hizo.

Yara cambió de expresión, apareció un gesto preocupante en su rostro, palideció... Isabel conocía muy bien a Yara, supo casi de inmediato que los espíritus le advertían de alguna desgracia por venir.

—Yara, dilo por favor.

—No hay nada, Isabel.

—Dilo, no me dejes con esta angustia.

—Te juro que no hay nada, los espíritus no quieren hablar, creo que he perdido mi don —expresó una Yara resignada.

Se miraron con incertidumbre, Isabel se angustió más de lo que ya estaba, nada estaba saliendo bien, ni siquiera podía contar con la ayuda de los espíritus andinos.

Media hora más tarde Isabel miró a Yago con ternura. Estaba bebiendo un café, se acercó y le abrazó fuerte, como si le pidiera perdón por haberlo abandonado tantos años. Yago se quedó confundido ante esa efusividad.

—¿Qué pasa, Isabel?

—No quiero dejarte, pero sabes que en unos días debo regresar a Los Ángeles, mis niños me necesitan.

—Lo sé, pero no te sientas mal, estaremos bien. Además, me prometiste que vendrías más seguido y espero que así sea.

—Tienes mi palabra, también quiero traer a mis hijos para que vean de donde viene su madre.

—Muero por conocerlos.

—Los conocerás pronto.

—Así sea y deja esa carita, que no me gusta verla triste, doña Cavielli —apuntó Yago.

Se acercó y la abrazó fuerte, dándole un beso en la mejilla. Le juró que todo estaría bien, que junto a Kaila, Rodríguez, e incluso el pesado de su amigo Aarón Zabat, llegarían al fondo del asunto y que muy pronto encontrarían al asesino del cuchillo. De esa forma por fin se vería libre de toda sospecha ante el comisario.

Yago preguntó por Kaila, Isabel le informó que había salido muy temprano junto a uno de los empleados hacia el pueblo, tenía una reunión con Rodríguez.

—¿Por qué no me avisaron? Lo correcto sería que la acompañara, a fin de cuentas, soy yo el más interesado en esclarecer todo este asunto. Además, yo también fui al pueblo para hacer unas compras —mintió Yago.

Odiaba tener que hacerlo, pero no quería que Isabel supiera que estuvo en el bar.

—Deja que haga su trabajo. Si te necesita, te lo hará saber. Zaid me dijo que tiene muy buenas referencias y no duda que resolverá este caso.

—Eso espero, Isabel.

Ambos siguieron tomando el café, mientras Isabel le contaba las ocurrencias de su hija mayor, Maia, y las de su pequeño Zaid. Yago deseaba que un día pudieran reunirse con toda la familia. Al fin y al cabo, esos niños podrían ser sus hermanos. En ese momento oyeron la voz chillona de Rosalinda Pérez. Apostada en la puerta de la cocina, con lágrimas en los ojos, suplicó conversar con doña Cavielli, que cambió su expresión al verla tan desolada.

—¿Qué sucede, muchacha?

A Yago se le oscureció la mirada ante la artimaña de Rosalinda, pero no se lo permitiría, no dejaría que Isabel se enterara de sus enredos con ella. Se puso de pie y la aniquiló con una mirada llena de reproche.

—Señora, necesito conversar con usted a solas.

—Isabel, yo me encargaré, no es nada grave.

—Sí que lo es, con usted no deseo hablar —replicó Rosalinda.

—¿Me pueden explicar qué sucede? —exigió saber Isabel.

—Nada grave, yo me ocupo, cosas del trabajo.

—Ahora le dices cosas del trabajo a lo que pasó entre nosotros. La señora tiene derecho a saber que usted me ha deshonrado.

Isabel entreabrió los labios por la sorpresa ante aquella afirmación sin saber qué decir, aunque no la sorprendió del todo, tenía la ligera sospecha de que algo había pasado entre Yago y esa muchacha. Sin embargo, se enfureció al ver lo que esa mujer estaba tratando de hacer, no se lo permitiría, Yago ya tenía demasiados problemas.

—Yago, deja que yo me encargue, ¿por qué no vas al pueblo? Busca a Kaila y confía en mí, yo hablaré con Rosalinda.

—Isabel, no tienes que escucharla.

No permitiría que su empleada se saliera con la suya y mucho menos que Isabel interviniera en un asunto tan bochornoso. *Lo resolvería a su manera*, cavilaba Yago, oscureciendo su mirada y fijando los ojos en Rosalinda, que tragaba saliva.

Uno paga las consecuencias de sus actos, pensó Yago en aquel incómodo momento, hubiera dado lo que fuera por evitar que Isabel se enterara de sus andanzas con Rosalinda. Se sintió humillado, de ninguna manera permitiría que esa mujer se saliera con la suya. Pidió a Isabel que no interviniera, que él se haría cargo. Aunque ella insistió, el señor Cavielli fue tajante en su decisión.

Isabel los dejó solos, confiando en el buen juicio de Yago. Cavielli sacó a Rosalinda de la casa grande, la obligó a seguirle hasta el albergue, iba sin rechistar y con lágrimas en los ojos, sabiendo que acababa de cometer el más grande de los errores. Yago estaba furioso... algo debía pensar, no quería que la despidiera, no quería alejarse de su padre, del Ocaso y tampoco de su patrón.

Cuando llegaron a su despacho Cavielli fue severo en sus palabras, tanto que hizo que la muchacha le pidiera perdón por haber ido hasta la casa grande, pero Yago la calló exigiéndole que lo escuchara primero.

—Yo nunca te he sometido para estar conmigo, todos nuestros encuentros han sido de mutuo acuerdo. Hasta esta mañana me sentía culpable, pero después de verte en la casa de la señora Isabel, supe que eres capaz de cualquier cosa, jamás te perdonaré tu atrevimiento. Esa mujer es como si fuera mi madre y no permito que nadie la importune con mis problemas personales. Señorita Pérez, acepte mi ofrecimiento y retírese de estas tierras y de mi vida, que ya tengo demasiados problemas como para cargar con uno más.

—Yago...

—Refiérase a mí como el señor Cavielli de ahora en adelante, desde este momento voy a olvidar absolutamente todo lo que ha pasado con usted.

—Señor Cavielli, no me eche de mi trabajo ni del Ocaso, le juro que no volveré a tener ningún inconveniente conmigo, no deseo alejarme de mi padre ni de los míos, se lo suplico.

—¿Qué garantías tendré de que no volveré a escuchar sus impertinencias?

—Se lo juro, patrón, por lo que más quiera, no me aparte de mi familia ni de mi trabajo, no tengo a dónde ir.

Yago caminó de un lado a otro como una fiera enjaulada, pensando qué decidir, sobre todo sopesando si podía depositar su confianza en Rosalinda. Aparentaba estar arrepentida, era una situación bastante delicada, mucho más tratándose de ella. Le constaba lo problemática que podía ser algunas veces, no se le quitaba el enfado de verla reclamando ante Isabel, pero lo que más le molestaba era saber que tenía que hablarlo con ella y explicarle la situación.

—¿Cómo se te ocurrió involucrar a Isabel? —interrogó Yago alzando su tono de voz.

—Pediré una disculpa a la señora si es preciso, pero por favor, deme una oportunidad. Se lo juro, nunca más tendrá problemas por mi causa.

Yago la miró con desprecio, con rabia, pero a la vez sintió lastima. ¿Qué derecho tenía a alejarla de su familia?

—No hagas que me arrepienta de mi decisión, voy a darte una sola oportunidad y escúchame bien, Rosalinda —indicó señalándola con el dedo índice—. Esto es una advertencia, como escuche el menor rumor de alguna de tus insolencias te sacaré de mis tierras, así tenga que hacerlo con mis propias manos. ¿Me oyes?

—Sí, patrón, se lo prometo, se lo juro. Si desea ahora mismo iré donde la doña y le pediré disculpas.

—De eso nada, yo me encargaré de ella y esta conversación se queda entre nosotros, vamos a dejar enterrado lo que ha pasado entre nosotros. Puede retirarse.

—Muchas gracias, patrón.

Rosalinda se retiró, dejando a Yago dubitativo por aquella decisión. Después se fue en busca de Isabel, tenía que explicarle y pedirle disculpas por lo sucedido, se sintió avergonzado...

Caminó deprisa, antes encendió un cigarrillo y trató de serenarse, pensando qué explicación le daría a Isabel, también pensaba en Kaila. Cuando llegó a la casa grande, encontró a Isabel sentada en una de las sillas reclinables, ensimismada.

—Isabel, debemos hablar.

La mujer se levantó del asiento y, sin decir nada, se acercó a él y lo

enfundó en un abrazo.

—No tienes que decirme nada, tú ya eres un hombre y confío que sabes manejar bien tus asuntos. Solo te pido que seas más cuidadoso de ahora en adelante.

—Tienes que conocer la situación, Isabel.

—No es necesario. Solo dime que resolviste el problema de la mejor manera.

—Qué vergüenza contigo, hubiera querido evitar involucrarte en esto.

—No digas eso, sabes cuánto te quiero y nada de lo que hagas hará que piense mal de ti.

—Yo también te quiero mucho, Isabel.

Se abrazaron y la mujer cambió de tema para olvidar aquella embarazosa situación, pero en aquel momento fueron interrumpidos por Kaila y Rodríguez.

Yago fijó su mirada en los ojos de la agente, pero ella desvió su atención hacia Isabel.

—Tenemos malas noticias.

—¿Qué ha pasado?

—El comisario tiene una orden para que te sometan a un interrogatorio mañana por la tarde y también están solicitando una orden para registrar tu vivienda.

—Que me interroguen y busquen todo lo que quieran, no encontrarán nada aquí, no tengo nada que temer.

—Eso no es todo, Yago —afirmó Kaila mirándole a los ojos.

El hombre agachó la cabeza, realmente ese no era su día.

—El señor Valle no está enterado de tu relación previa con su esposa, Zabat asegura que ellos solo vinieron a descansar unos días y que luego se irán.

—¿Cómo lo sabe él?

—Zabat habló con Malena, la mejor amiga de la señora del Valle. Asegura que el señor del Valle está muy enamorado de su esposa y que nunca supo sobre tu romance. También habló con allegados de esa familia, lo que nos confirma que ese señor no sabe nada —aseguró Kaila.

—En conclusión —prosiguió, después de beber agua—, no encontramos nexos o pistas que lo hagan sospechoso. Además, confirmamos que estos últimos años no han venido a Nueva Esperanza para nada. Lo que me deja otra vez sin nada.

*L*as enemistades ocultas son peores que las declaradas, eso pensaba aquella mañana Yago, se había desvelado pensando en sus enemigos, pero no encontraba a nadie en concreto que pudiera ayudar en las investigaciones de Kaila. ¿Quién lo odiaba tanto? ¿Por qué lo querían tras las rejas? Eran demasiadas preguntas y pocas las respuestas... Además, un fuerte dolor le taladraba la cabeza; Isabel le alcanzó unas pastillas junto a un vaso de agua.

Kaila se les unió y se compadeció de ver a un Yago desvelado y con pinta de no haber pegado ojo en toda la noche. Se saludaron, pero aquel día Cavielli estaba distante, la mujer asumió que se debía a su intenso malestar.

—Deberías descansar un poco.

—No puedo, Isabel, todo este asunto me tiene mal. Kaila, he pensado toda la noche y la verdad es que no sé quién me pueda odiar tanto, estoy al borde de la desesperación.

—Tranquilo, mientras no encuentren un arma o huellas digitales tuyas, nadie puede acusarte. Te prometo que encontraré alguna pista, déjalo en mis manos y descansa, te hace falta —le rogó una Kaila compasiva.

—¿Cómo puedo descansar, sabiendo que las cosas se están complicando más y más?

—Hoy tienes que ir al interrogatorio y necesito que estés bien. Yo iré contigo —se ofreció Kaila.

—Gracias, tienen razón, creo que descansaré.

—Si quieres ve a mi dormitorio, Kaila y yo nos encargaremos de que

nadie te moleste —dijo Isabel.

—Está bien, dormiré un poco.

Yago entró en la habitación de Isabel, se recostó en la cama, cerró los ojos y luego de unos minutos se quedó profundamente dormido.

Abrió los ojos, se encontraba en el bosque donde los árboles eran extrañamente raros con tonalidades blancas, caminó impresionado, no sabía dónde estaba, se sintió confundido, se adentró en ese lugar tan extraño por instinto, tratando de encontrar una trocha que lo llevara al albergue o en todo caso a su cabaña, hasta que llegó a un portal de enredaderas que llamó su atención poderosamente. Decidió explorar y se dirigió hasta la estrecha entrada, agachó la cabeza y entró en aquel lugar, de pronto vio la silueta de una mujer que corría enfundada en un vestido blanco y brillante. La llamó, pero ella parecía no escucharle, la siguió adentrándose en el misterioso lugar, no recordaba haberlo visto antes en El Ocaso, la mujer siguió corriendo y él por más que aumentaba la velocidad, no podía alcanzarla. Se detuvo y lo mismo hizo la mujer misteriosa, que se volvió hacia él, dejándole sin palabras. Era Kaila, con un gesto indescifrable en el rostro. Se quedaron quietos, como si se hubiera congelado el tiempo alrededor de ellos...

Yago despertó casi de un salto por el extraño sueño, llevó las manos al rostro, tuvo una sensación extraña que le quitaba el aliento, él jamás tenía sueños y si los tenía jamás los recordaba, se sentó sobre la cama y trató de tranquilizarse. Miró su reloj, había dormido más de dos horas, sonrió al percatarse de que ya no tenía dolor de cabeza, se levantó y se dirigió al baño para refrescarse el rostro.

A los cinco minutos buscó a Kaila e Isabel. Juanjo le informó que estaban reunidas con Rodríguez y Aarón Zabat. Yago se dirigió al despacho que había sido de la doña Cavielli, interrumpiendo la reunión.

—¡Yago!

—¿Qué me he perdido?

Kaila se levantó con una sonrisa en el rostro.

—Tenemos noticias para ti, creo que tenemos un sospechoso que tiene buenos motivos para quererte fuera del Ocaso.

—¿Quién?

—Santos Palermo, *El diablo*.

—¿El narco?

—Sabemos de su interés por unos terrenos del Ocaso, nunca mencionaste que deseaba adquirir la zona norte, pues hoy supe por mis amistades que te hizo una propuesta que rechazaste —anunció Zabat.

—Así es, pero eso pasó hace muchos meses.

—El diablo estaba interesado por su ubicación, es perfecta para sus sucios negocios, pero ya sabes, está protegido hasta por las autoridades —informó Aarón Zabat a un Yago alarmado con esa nueva posibilidad.

Nunca tuvo líos con los narcos, porque esa era también una tierra donde abundaba la gente que se dedicaba a cultivar hoja de coca y, claro, muchos de ellos tenían laboratorios clandestinos para elaborar una sustancia tan cotizada en el mercado negro, la cocaína.

Yago se dejó caer en la silla y miró a Isabel sin saber qué decir.

—Espero que no te molestes por mis atribuciones al hacer mis averiguaciones —expresó Aarón sabiendo que él no era santo de su devoción. Nunca se habían llevado bien, pero deseaba ayudarlo por la amistad con Isabel.

—Claro que no. Te lo agradezco, Aarón.

—Yago, es preciso que nos cuentes el ofrecimiento del diablo y qué suma te ofreció, algún detalle en concreto que recuerdes, ¿cómo tomó tu negativa, estuvo conforme con tu decisión?, ¿o viste algo que te haga sospechar que estaba furioso?

Cavielli sacudió la cabeza tratando de recordar al mínimo detalle todo lo de aquel día. El diablo se había presentado en El Ocaso con una propuesta y una suma escandalosamente alta, algo que le sorprendió. Sin embargo, al escuchar la oferta, se negó a aceptarla alegando que esas tierras eran el único recuerdo de su padre y que, en todo caso, él no era el único propietario, también le pertenecían a Isabel, la viuda de su padre.

El hombre dobló la cantidad, dejando boquiabierto a Yago. Después de unos momentos de duda, volvió a rechazar la tentadora oferta diciéndole que el legado de su padre valía mucho más que esa cantidad, que tenía sobre todo un valor sentimental, a lo que el narcotraficante respondió con un: *piénsalo bien, estimado amigo, las oportunidades se presentan una sola vez en la vida, regresaré en unos días para que me respondas, esa cantidad es muy difícil de rechazar.*

Yago insistió en que El Ocaso no estaba en venta. *No quiero comprar toda la hacienda, solo me interesa la zona norte, no tienes nada que perder.* Yago tragó saliva, porque rechazar una oferta del diablo era demasiado arriesgado, más sabiendo quién era y a qué se dedicaba.

***E**l enemigo estaba a su lado con un puñal en su espalda, reflexionó Yago cuando terminó de contarles*

todos los detalles de su encuentro con el diablo. Kaila apuntaba todo en su libreta, cuando terminó comenzó a explicarles su teoría y lo que debían hacer a partir de ese momento, no podían informárselo a la policía por el momento, ya que Aarón aseguraba que el tipo tenía gente dentro del poder que lo protegía. Cabía la posibilidad de que el comisario estuviera trabajando a favor del diablo para ayudarlo a inculpar a Yago de los crímenes y así dejarle el camino libre para poder adquirir la zona norte que tanto le interesaba.

—¿Cómo saldremos de esto? El diablo es de temer, yo mismo estuve preocupado los días posteriores a mi reunión con él, pero después olvidé el asunto por completo.

—Voy a tratar de averiguar quiénes protegen al diablo, esperemos que no sea el nuevo comisario. Isabel hablará esta tarde con tu padrino Larose, después de todo él fue congresista y puede que necesitemos alguien de mayor peso para evitar que manchen tu nombre.

Todos se quedaron a la expectativa de la reacción de Yago, que los miraba como sopesando cada una de sus palabras, se puso de pie y miró a Isabel.

—Perdona que me entrometa, pero necesitas redoblar la seguridad en tus tierras. Cuando estuve averiguando sobre el diablo, supe que los narcos están pasando la coca muy cerca del Ocaso. No descuides a tu gente, Yago —aconsejó Zabat.

Una noticia que preocupó tanto a Yago como a Isabel.

—Es preciso que aseguremos los linderos del Ocaso —intervino Isabel.

—Debí hacerlo hace mucho tiempo, voy a reunir a todo el personal.

—Así se habla, Yago, no dejaremos que nadie comprometa tu nombre, te lo juro por tu padre —aseguró Isabel con una mirada que hacía recordar a la legendaria doña Cavielli.

Kaila se quedó prendada de esa actitud ganadora de Yago; por primera vez sintió admiración por él, entonces sus ojos se encontraron con los de Yago y así se quedaron largo tiempo, como si pudieran hablar en silencio.

Después de unas horas, Yago y Kaila se alistaron para ir al pueblo, el interrogatorio se realizaría en menos de cuarenta minutos. Isabel se quedó para organizar la reunión con la gente del Ocaso. Kaila se subió en la moto y se abrazó a la espalda de Yago, más que encantado de tenerla de esa manera.

—Si quieres podemos ir en la camioneta, pero me gusta más la idea de tenerte abrazada a mí.

—Cállese, estamos contra el tiempo.

Yago sonrió con picardía, cogió una de las manos de la agente para acomodarla bien en su cintura, mientras un gesto travieso se le dibujaba en el rostro y ella maldecía en su idioma.

Partieron hacia el pueblo, con Kaila pegada al cuerpo musculoso de Cavielli, ambos complacidos. La agente miraba el paisaje, era maravillosa la sensación del aire húmedo en el rostro mezclado con el aroma masculino de su hombre. Kaila sacudió la cabeza, ¿desde cuándo lo llamaba *su hombre*?

El comisario, impaciente, esperaba al señor Cavielli. Ese mismo día confirmaría algunas cosas y, en el mejor de los casos, algún error cometería el acusado. Deseaba ver a ese hombre entre rejas. El teniente le informó que el dueño del Ocaso acababa de llegar, se puso de pie y se dirigió al recibidor. Mújica arqueó las cejas al ver al señor Cavielli acompañado de la americana, aunque ya estaba al tanto de su llegada y de sus investigaciones. Ambos hombres se saludaron con un apretón de manos. Mújica le comunicó que su acompañante tendría que esperar en recepción. Por su parte, Kaila acarició la espalda de Yago, como dándole ánimos. Comisario e interrogado desaparecieron de su campo de visión y la mujer se quedó preocupada, pero confiaba que todo saldría bien, tenía una coartada sólida y además no había pruebas contundentes con las que acusar.

Luego de más de una hora apareció Yago con el rostro desencajado y muy molesto, la mujer supuso que el comisario había sido implacable en el interrogatorio, ella se acercó despacio y en un impulso lo abrazó sorprendiéndose a sí misma y al mismo Cavielli, pero aquel gesto lo tranquilizó después de uno de los peores momentos de su vida. Mújica había sido severo y hasta mal intencionado en cada una de las preguntas. El comisario los observó

con seriedad e interrumpió aquel momento casi íntimo.

—Kaila Evans, ¿cierto?

—Sí, soy yo.

—Bien, es muy posible que también se le cite a un interrogatorio en los siguientes días. Eso es todo, caballeros, que tengan un buen día —ironizó Mújica.

Ambos salieron de aquel lugar con un Yago asqueado y con ganas de mandar a la mierda a todas las autoridades de Nueva Esperanza.

—¿Todo bien?

—Salgamos primero de este lugar, ese tipo me causa asco —afirmó Yago.

—Seguro que fue duro, pero tienes que tranquilizarte, hablaremos con calma en El Ocaso.

—Gracias por estar conmigo en este momento, no hubiera sido capaz de controlarme si hubiera estado solo.

Yago la estrechó entre sus brazos, suspiró a su oído, como aliviado de tenerla junto a él y ella se dejó hacer, rodeó con sus manos la espalda de él, se acurrucó a su cuerpo, sintiendo el corazón desbocado del hombre. Así se quedaron varios minutos, mientras que al otro lado de la calle la señora del Valle se quedó de una pieza al ver a su eterno enamorado en brazos de esa otra mujer. Sentía que el mundo se caía en pedazos a sus pies, mientras Malena le suplicaba que se fueran de allí.

—¿Quién es esa mujer?

—Nunca le he visto por aquí, pero asumo que debe ser alguien que llegó con la señora Cavielli.

—Esa mujer me va a oír. ¡Yago es mío!

—Rosario, estamos en plena calle, por favor, contrólate.

Siguieron vigilando a la pareja, que se habían soltado ya del abrazo; Yago colocó el casco de seguridad a su acompañante mientras la miraba embobado, se subieron a la motocicleta y la ayudó a acomodarse junto a él. La mujer se sentó a su espalda, rodeando con sus brazos el cuerpo de él, sujetándolo con fuerza. Rosario se quedó impotente, al no poder hacer nada, los vio desaparecer en la carretera para tomar la trocha que los llevaría de regreso al Ocaso.

—Maldita sea. Es por esa mujer por la que Yago no venía al pueblo.

—Un motivo más para que te saques a ese hombre de tu cabecita.

—Eso jamás, lucharé con uñas y dientes por él. No conoces de lo que soy capaz.

Seguir cuando crees que ya no puedes más es lo que te hace diferente, es así como me sentía estos días, señores.

Como muchos ya saben, estoy siendo blanco de infamias, ustedes me conocen por mi trabajo y saben la clase de persona que soy. Aquí ante la señora Isabel, nuestra querida doña Cavielli, les prometo que este mal momento me hará más fuerte y que hoy, en memoria de mi padre, juro que sacaré al Ocaso adelante, como él siempre quiso, porque estas tierras son producto de su trabajo y por las que hoy lucharé con arma en mano si es necesario. Vamos a redoblar la seguridad en cada uno de los linderos, he sido informado de una situación que no me gusta nada. Nos vamos a dividir en grupos por cada lindero, ahora los necesito más fuertes que nunca y a mi lado, como el buen equipo que somos y hemos sido siempre. Hoy quise dar la cara para informarles que no tienen nada que temer y que soy inocente de todas las sospechas sobre mí. Si dudan de mi palabra, son libres para marcharse del Ocaso, solo quiero gente que pueda confiar en mí y el resto de todo el equipo. Señores, si hay alguien que desea irse, este el momento adecuado para dar un paso al costado, no me ofenderán si lo hacen, son libres de dudar sobre mi inocencia.

Todos los concurrentes a la reunión miraban sorprendidos al señor Cavielli. Trabajadores y habitantes del Ocaso se miraban entre sí, el silencio los envolvió a todos, mientras Kaila miraba admirada a Yago, una vez más la embelesaba por su don de liderazgo, pocas veces la sorprendían y en ese momento estaba realmente emocionada por presenciar la otra cara de ese hombre, un líder innato, seguramente como lo fue su padre.

Isabel se quedó sin palabras, el hijo de Adrián le hizo recordar a su difunto marido, se sintió retroceder en el tiempo. Se estremeció al escucharlo y observarlo. Se sintió orgullosa y una lágrima rodó por su mejilla. Yara la abrazó, sabiendo exactamente lo que su niña estaba sintiendo en ese momento.

Después de breves minutos, Yago sonrió de satisfacción, nadie dudaba de él, todo lo contrario, su gente lo apoyaba. Juanjo pidió la palabra y habló en nombre de todos los habitantes del Ocaso expresando su admiración y su apoyo en aquel momento difícil para el patrón del Ocaso. Todos aplaudieron al unísono y Yago lo agradeció, pero antes pidió a Isabel que pronunciara unas palabras. Ella negó con la cabeza, el joven Cavielli le dio la mano y la convenció para dirigirse a su gente. La concurrencia la aplaudió, emocionados de ver a la doña Cavielli, que es así como la conocían.

Muchos de ustedes han trabajado conmigo y han conocido al padre de Yago. Me siento muy emocionada de reencontrarme con todos ustedes, pero sobre todo quiero expresar mi admiración por Yago y por su trabajo en El Ocaso, estoy segura de que su padre también se debe estar sintiendo de la misma manera allá donde se encuentre su alma. Estoy infinitamente agradecida con todos ustedes por el apoyo que le están dando al señor Cavielli y estoy confiando en que muy pronto se aclaren las cosas y regrese la calma a nuestro hogar.

Isabel finalizó sus palabras con un agradecimiento sincero, todos la aplaudieron con mucha emoción, luego cedió la palabra a su hijo político y continuaron con la reunión. El patrón les explicó una larga lista de tareas y un plan de acción con fuertes medidas de seguridad.

Mientras, la detective observaba a cada uno de los habitantes de esas tierras, era el momento perfecto de encontrar en esos rostros algún indicio, todos se mostraban complacientes y dispuestos a apoyar a su patrón. Su mirada se paseó por cada rostro, hasta que posó sus ojos en un hombre que llamó su atención al tener un gesto de disgusto que no gustó nada a Kaila. Lo observaría con atención y sacaría sus propias conclusiones, en el momento adecuado.

Una hora más tarde, Yago caminaba con Kaila. Conversaban animadamente sobre la reunión, él exhibía una gran sonrisa, se mostraba complacido y satisfecho por tener el voto de confianza de toda su gente.

—¿Agente, ha visto algo fuera de lo común en la reunión?

—¡Detective! —aclaró Kaila entre risas.

—¿Te dije que eres hermosa?

—Basta, Yago.

Ambos se rieron, ella bajó la mirada un poco sonrojada por las bromas de Yago, pero de pronto sintió los dedos del hombre en su mentón que la obligaron

a mirarlo directamente a los ojos. El señor Cavielli suspiró sabiendo lo que haría a continuación, estaba sediento de esos labios, necesitaba sentirla suya, explorarla, poseerla y perderse en esa boca. Acercó sus labios casi como dudando. Sus ojos se encontraron y a Yago le pareció que ella suplicaba un beso. Sus alientos se rozaron, mientras Kaila sentía mariposas en el estómago. Ella entreabrió los labios y él siguió con su exploración, introdujo la lengua, la besó despacio, mientras sus manos ágiles la tomaron por la cintura apretándola contra su pecho, fuerte, hasta con cierto grado de posesión.

Kaila ladeó la cabeza y se animó a disfrutar de aquel momento mágico bajo aquella hermosa luna que envolvía a dos enamorados, estremeciéndose ante el contacto de sus cuerpos y la humedad de sus lenguas. Yago profundizó el beso y ella se sintió volar entre sus brazos, sintió un cosquilleo en el estómago que hizo que se le erizara la piel. *Qué bien besaba Yago.* Deseaba quedarse de aquella forma para siempre, eternamente.

Kaila bajó una mano por los pectorales de él y con la otra mano jugueteaba en su cuello ascendiendo hasta llegar a la mejilla. Casi juraría que el hombre suspiraba, sin embargo, se apartó sabiendo que aquello no estaba bien.

—Kaila —susurró el hombre recomponiéndose de ese beso que le hizo sentir de una manera que nunca había sentido con otra mujer.

—Esto no ha pasado nunca —negó con la cabeza y se llevó los dedos a los labios hinchados, húmedos y calientes.

—Yo no lo siento. Estaba deseando besarte desde el primer día que te conocí —confesó Yago acercándose hacia ella.

Kaila retrocedió un paso. Él negó con la cabeza, pero no insistió más, poco a poco se ganaría su confianza, por el momento se sentía asombrado por aquel sentimiento que estaba revolucionando su alma.

—Esto no puede pasar de nuevo.

—Está bien, lo que tú digas, pero yo lo recordaré como el más dulce de los besos.

—No digas más, me voy a descansar.

—Te acompaño hasta la casa.

—No es necesario.

—No voy a dejarte sola.

Guardaron silencio y se dirigieron a la casa grande. Yago se despidió queriendo robarle un beso, pero se dijo a sí mismo que no era conveniente, odiaba separarse de ella, tenía que ser paciente.

*L*a magia puede ser encontrada inesperadamente cuando te miran a los ojos y asaltan la boca por un beso apasionado, qué cosas pensaba Kaila mientras llevaba las manos a sus labios, rememorando aquel instante en que sus ojos se encontraron y él lentamente asaltó sus labios. Frunció la frente sorprendida por las sensaciones y sentimientos que la estremecían. Una vez más estaba cometiendo el mismo error, involucrar a su corazón en asuntos del trabajo, la última vez incluso lo había perdido por haberse enamorado del hombre equivocado. Sacudió la cabeza, decidida a poner punto final a aquello que parecía que estaba naciendo por Yago. Se juró a sí misma que no permitiría que otro hombre la pusiera en ese tipo de situaciones y, en todo caso, evitaría momentos íntimos. ¿Deseaba realmente eso? Negó con la cabeza, suspiró hondo, pero *ese beso había sido una caricia para su alma*.

—*Damn it* —farfulló entre dientes obligándose a pensar en otra cosa.

Se puso ropa cómoda, se sentó sobre el escritorio de la habitación y se dispuso a releer sus anotaciones, junto a un mapa de Nueva Esperanza y alrededores que había conseguido Rodríguez para ella. Sin embargo, el beso se materializaba una y otra vez en su cabeza y no la dejaba concentrarse. Respiró hondo de nuevo, tratando de recomponerse y concentrarse en el caso.

Después de algunos minutos, mucho más sosegada, empezó a hacer una lista mental de las víctimas, marcando las ubicaciones con un marcador rojo: María Restrepo a tres kilómetros del bar Capulí, Juana González a tres kilómetros de la escuela, Carla Quispe a tres kilómetros de la capilla, Carolina

Paz a tres kilómetros del grifo, Mayra Condori a tres kilómetros de la tienda de abarrotes de Margot, Vanesa Torres a tres kilómetros de un taller mecánico.

Todas a tres kilómetros de un lugar específico. *Diablos, el asesino sabía exactamente lo que hacía.* La mujer estudió aquellas investigaciones, releyó cada uno de los casos, las seis víctimas muertas por asfixia, al parecer el tipo las sofocaba mientras las ultrajaba, luego las colocaba cuidadosamente entre la hierba con las manos entrecruzadas en el vientre, con flores, no había huellas ni arma, pero en el caso de Carla Quispe se encontró el amuleto del señor Cavielli al costado del cuerpo de la víctima... Por lo demás, todos tenían el mismo *modus operandi*, sin duda se trataba de un asesino en serie. *¿Qué el amuleto se encontrara en el lugar del crimen sería una casualidad? ¿O es que alguien lo había colocado para inculpar a Yago?*

La mujer se colocó las gafas, observó nuevamente las ubicaciones, se concentró y trató de buscar una razón para eso. Fue trazando punto por punto con un marcador azul; cuando terminó con la operación, su rostro palideció.

Con otro marcador hizo otros cálculos adyacentes y Kaila supo entonces dónde encontrarían la próxima víctima... tenía que buscar una forma de evitarlo. *Diablos, cómo se le había pasado ese detalle,* la agente siguió cavilando, los asesinatos coincidían con las salidas de Yago, por lo que estaba más que segura que su sospechoso vivía en El Ocaso o alrededores y, en el peor de los casos, estaba al tanto de sus salidas.

Después de unos minutos recordó el rostro de uno de los habitantes. Kaila tenía que saber algo sobre ese individuo, su instinto le decía que estaba a punto de encontrar algo grande.

Al día siguiente, Kaila madrugó y se reunió con Juanjo, tenía que encontrar respuestas a sus interrogantes. El colombiano se extrañó cuando la detective le preguntó por Miguel Trujillo. Ese hombre no mataba ni una mosca, por otro lado se trataba del profesor de primaria de la escuela del pueblo.

—¿Profesor, dices?

—Sí, señora.

—Pensé que trabajaba en El Ocaso.

—Su esposa es la que trabaja en el albergue, pero viven en El Ocaso en las cabañas que el patrón habilitó para los trabajadores.

—Necesito más detalles sobre esa pareja, sus amistades, con quiénes frecuentan, algún problema que recuerdes, no sé, cualquier cosa me podría servir.

—Disculpe, señora, pero de esos dos no puedo decirle mucho. Sobre todo de Miguel, que es un tanto apático y apenas habla con la gente del Ocaso, imagino que es por sus deberes de la escuela.

—¿Y sobre su relación?

—No sé, la verdad, tendríamos que preguntar a Rosalinda, ella está al tanto de los chismes.

Kaila agradeció a Juanjo su colaboración y salió en busca de Rosalinda, que no quería tener problemas después del ultimátum de Yago.

—No puedo hablar en este momento, tengo muchas obligaciones.

—Necesito que respondas un par de preguntas.

—Es que no quiero que se moleste mi patrón.

—No se molestará, esto quedará entre las dos, solo necesito saber si conoces al señor Miguel Trujillo y a su esposa.

—Pilar es la esposa, claro que la conozco. A su esposo lo he visto un par de veces, es un idiota, ese no habla con nadie.

—¿Qué me puedes decir sobre la relación de esos dos?

—Señorita, con todo respeto, mi patrón me tiene prohibida andar con chimes, no me haga perder mi tiempo.

—Tu patrón se molestará si sabe que no quisiste colaborar conmigo.

Rosalinda entendió el mensaje, así que le contó lo poco que sabía, mientras Kaila entreabría los labios y en sus pensamientos armaba el perfil del nuevo sospechoso. El tal Miguel Trujillo tenía todas las características de un psicópata.

—Una última pregunta, Rosalinda, ¿sabes si este señor tiene algún lío con el señor Cavielli?

La muchacha pensó antes de dar una respuesta, recordó que un día Pilar había llegado con un moretón en el ojo izquierdo.

—Ningún lío, pero como la mayoría de hombres, muchos celan a sus esposas con el patrón, pues ya sabe, el señor Cavielli es atractivo y bueno, muchos se sienten inseguros al saber que sus mujeres se sienten atraídas hacia él.

—¿Lo dices por algo específico?

—Un día ella llegó al albergue con un moretón en el ojo, ella por lo general es bastante reservada con sus asuntos personales, así que no sé bien qué le pasó, pero desde aquel día mantiene sus distancias con el patrón y no sé, supongo que el marido la celó por el jefe.

—¿Algún motivo te hace pensar que este señor estuviera celoso a causa del señor Cavielli?

—Aquella semana el patrón nos dio un bono especial, nos dijo que estaba emocionado por un premio de buena atención al cliente en no sé qué lugar de internet. La verdad, yo no entiendo de esas cosas, pero ese día el señor Cavielli nos dio ese dinero extra como agradecimiento.

La mente de Kaila empezó a divagar mientras sacaba conclusiones, todo

parecía tener un sentido...

A veces llega alguien a tu vida
repentinamente, conquistando tu
corazón por sorpresa y cambiando

todo para siempre, Yago trataba de concentrarse en su trabajo, no había dejado de rememorar aquel beso que le había tocado el alma. No pudo pegar ojo en toda la noche, por la excitación del momento y los sentimientos revolucionados, así que tuvo que recurrir a su mano para calmar el fuego que se apoderó de sus entrañas... le había arrancado susurros con el nombre de ella.

Cavielli sacudió la cabeza, era un momento inoportuno para pensar en ello, su cuerpo se despertó con una excitación que presionaba sus vaqueros, pero entonces, como si sus pensamientos hubieran invocado a la mujer que lo estaba enloqueciendo, Kaila se plantó frente a él, preocupada.

—Buenos días, Yago, es necesario que hablemos.

—Buenos días, Kaila, de hecho, estaba pensando en lo que pasó anoche, sé que piensas que estoy jugando, pero...

—No, no. Encontré algo que puede ser determinante en el caso y necesitamos hablar al respecto. Lo de anoche, tranquilo, estoy haciendo cuenta de que nada ha pasado.

El hombre no supo si sorprenderse por un indicio nuevo del caso o por la indiferencia de Kaila. Cambió la expresión de su rostro y la invitó a tomar asiento, ya hablaría del beso en otro momento, porque él no pensaba renunciar a ella, la conquistaría, eso lo tenía muy claro.

La detective le alertó sobre el nuevo sospechoso, a lo que reaccionó con total incredulidad, el tal Miguel Trujillo era un tipo demasiado tranquilo, no

molestaba a nadie, no tenía líos, al menos él nunca había tenido percances con el esposo de Pilar, que trabajadora del albergue y encargada del almacén.

—Ese hombre es una santa paloma; de hecho, es profesor en la escuela del pueblo.

—Exacto, es profesor y está en contacto directo con adolescentes. Yago, tienes que confiar en mí. Por el momento me inclino por el diablo, pero también cabe la posibilidad de que este señor Trujillo esté involucrado con el narco o sea el mismísimo psicópata.

—¿Qué te hace pensar que sea él?

Kaila le explicó a grandes rasgos las sospechas que albergaba. Yago escuchó atento, quizás tenía razón, aunque lo dudaba, ya daba por hecho que todo ese asunto era un acto de venganza del diablo por haber rechazado su oferta.

—No te veo muy convencido.

—Tú eres la experta, dime qué quieres que hagamos.

—Necesito tenerlo vigilado y para eso es preciso que me des permiso para disponer de uno tus mejores hombres. No quiero que se me pase ningún detalle.

—Claro, pondré a Juanjo a tu disposición.

Ambos salieron del despacho en silencio, dirigiéndose al taller de mantenimiento donde trabajaba Juanjo. Kaila se sorprendió al escuchar el estruendo por la música que sonaba en el lugar de trabajo del colombiano, un ritmo latino mezclado con la voz de aquel hombre, al parecer muy animado, y que arrancó sonrisas en ella y su acompañante.

Cuando Juanjo se dio cuenta de que tenía espectadores, bajó el volumen de su pequeño equipo de sonido y se excusó alegando que de esa manera trabajaba mejor. Yago le explicó su nueva tarea a partir de ese momento y le exigió que diera prioridad a todo lo que le encomendara la agente. El hombre asintió encantado por la confianza de su patrón y la americana.

Luego Yago informó a Kaila que Isabel había convocado una nueva reunión con Rodríguez y Zabat, ya que faltaban pocos días para su partida y estaba nerviosa. Kaila le prometió que le ayudaría a tranquilizarla, lo que Yago agradeció. Se dirigieron a la casa grande, donde Isabel esperaba junto a sus amigos.

Kaila les explicó sus nuevas pesquisas, pero Zabat y Rodríguez no estaban tan convencidos con el nombre de Trujillo. Aseguraron que ese hombre no tenía problemas, aunque Rodríguez dijo que, en esos casos, los sospechosos podían ser personas que uno nunca espera, así que prometió investigar detalles de la vida personal del profesor.

Isabel les expresó su pesar al decirles que tenía que regresar a su hogar, suplicándoles que la tuvieran informada con los avances de la investigación. Yago la abrazó y le pidió que no se preocupara, estampándole un beso en la mejilla.

Aquellas muestras de cariño eran lo que tanto conmovía a Kaila de Yago, sus pensamientos se tornaron al beso que se habían dado la noche anterior, pero apartó rápidamente aquellos recuerdos de su mente, tenía que olvidarlo.

—Isabel, tiene mi palabra de que la mantendremos informada, no se preocupe. Además, Yago no se está quedando solo, junto a sus amigos estoy segura que aclararemos este lío lo antes posible —dijo la detective.

Una hora más tarde, Yago se encontraba caminando por el monte junto a un pequeño grupo de turistas. A veces le gustaba desempeñar el papel de guía, les explicaba los atractivos de la zona, la diversidad de flora y fauna del Ocaso; también les advertía que caminaran con cuidado, porque se hallaban en una zona infestada de serpientes. Los turistas se alarmaron, pero Yago estalló en risas, alegando que estaba bromeando. Se rieron junto al dueño del albergue, que era encantador y muy agradable.

Una de las empleadas que caminaba al lado de Yago (que seguía relatando anécdotas y costumbres del lugar), se fijó en algo que llamó su atención: Miguel Trujillo se topó con el grupo y saludó con un gesto de fastidio. Caminaba rápido, como si estuviera apurado, con una mochila a la espalda y machete en mano. Cavielli lo observó con suma atención. El profesor desapareció de su vista y siguió relatando las historias del Ocaso y su gente, mientras en sus pensamientos se preguntaba si Kaila tendría razón respecto a Trujillo. Él apuntaba que no. ¿O quizás sí?

*E*l acento americano de Kaila se estaba convirtiendo en la melodía favorita de Yago, que tomaba su café y mordía un pedazo de piña, sentado junto a Isabel y la dueña de sus pensamientos, contento porque tenía un plan en mente para conquistar a la detective.

—Así es, Kaila, ya tengo casi todo listo para mi retorno a Los Ángeles, dentro de dos días.

—Ya le dije, váyase tranquila.

Ambas mujeres conversaban y el señor Cavielli miraba embobado a la causante de sus desvelos. Yara se percató de aquello y sonrió ante la idea de verlos juntos como pareja.

—¿Y tú, en qué piensas? —interrogó Isabel a Yago.

—¿Eh?, en nada.

—Buenos días, señores. Patroncita, tiene visitas —interrumpió Juanjo con una sonrisa misteriosa en el rostro.

—Seguro que es Rodríguez —aseguró Isabel, preocupada siempre por recibir malas noticias.

Sin embargo, una voz masculina le impactó de tal manera que sus ojos se llenaron de lágrimas y su corazón latió desbocado.

—Te equivocas, *habeby* —expresó el recién llegado mirando directamente a Isabel.

Ella se quedó de una pieza al verlo entrar por la cocina rápido, como si fuera un asalto. Dos niños corrieron a los brazos de Isabel, emocionada al ver a

sus amores en El Ocaso. Los abrazó y besó, casi sin poder creerlo, los había extrañado tanto...

Cuando se recompuso del momento, fijó su mirada en Zaid Al Fayed, corrió a sus brazos para asaltar su boca, ambos se abrazaron y besaron apasionadamente. Yago miraba a los dos niños, sorprendido con aquella maravillosa sorpresa. Se quedó impresionado cuando observó a la niña, era el vivo retrato de su madre: el mismo color de ojos y la expresión de su rostro.

—Tú debes de ser Maia y tú el pequeño Zaid—señaló a los niños que lo miraron con una sonrisa en el rostro.

—Yo soy Maia Al Fayed, mucho gusto de conocerte —se presentó la niña con una elegancia que hizo sonreír a Cavielli por su encantadora respuesta.

—Encantando, señorita Maia, yo soy Yago.

—¡Ah! Tú eres el famoso Yago, mamá siempre habla de ti —aseguró la niña con picardía.

—¿De veras? Espero que sean cosas buenas —comentó un Yago con gesto de sorpresa.

Acto seguido le guiñó un ojo con una sonrisa en los labios, encantado de tener a toda la familia completa en El Ocaso. *Vaya sorpresa, la mejor de todas.*

—Muchacho, me alegra tanto verte —interrumpió Zaid para saludarlo.

—Estoy encantado de verlos, Zaid, cómo nos has sorprendido.

Ambos hombres se estrecharon las manos y se fundieron en un abrazo. Al Fayed se impresionó al verle, la última vez apenas era un muchacho, ahora era todo un hombre. Isabel presentó sus hijos a Yara, que lloraba de emoción. Los pequeños se mostraron amables y cariñosos, ya que su madre siempre les había hablado de ella.

Zaid se acercó a Yara, se abrazaron y ella lloró en sus brazos de la emoción de aquel reencuentro. Cuando todos se recompusieron de la sorpresa, se sentaron a la mesa. Zaid les contó que había decidido tomarse una semana de vacaciones, que no resistieron ni un solo día más sin su amada Isabel.

—Tú siempre sorprendiéndome, mi vida.

—¿Qué puedo decir que no sepas ya? No puedo vivir sin ti, *habebty*.

Zaid tomó la mano de su esposa y se la llevó a los labios para darle un beso con la mayor delicadeza, un gesto que hizo suspirar a Isabel, que lo miraba con el mismo amor de diez años atrás.

Yago se quedó hipnotizado ante el amor de la pareja. Deseó ser amado de aquella manera, sus ojos se encontraron con los de Kaila que también se dejó envolver por aquel momento que emocionó a todos.

—¿Cómo que no puedes vivir sin mamá? ¿Y nosotros qué? —reclamó Maia mirando a su hermanito que se reía.

—Mi vida, tampoco podría vivir sin ustedes y quita esa carita de ofendida —explicó Zaid entre risas.

—Pero tú dijiste que no podrías vivir sin mamá.

—¡Maia!

—*Daddy* —ironizó la pequeña arrancando una risa a Yago, al comprobar que la niña había heredado el carácter de Isabel.

Pasaron una velada inolvidable, Zaid les contaba su travesía desde Los Ángeles hasta El Ocaso, mientras Isabel se encargaba de implementar un dormitorio para los niños, cansados por el viaje. Se dispuso a acostarlos y relatarles historias de su tierra, respondiendo a todas las preguntas de Maia, una niña muy curiosa que deseaba saberlo todo.

Mientras, en el comedor, Yago agradeció a Zaid la visita y le hizo saber que se encontraba muy sorprendido y encantado por aquel detalle. Además, soñaba con verlos de nuevo y conocer a los niños.

—Al contrario, creo que debimos venir antes, deseo que mis hijos convivan en estas tierras que tanto ama su madre.

—Yo estaré complacido de que lo hagan siempre, ustedes son mi única familia.

—Pero también nos encantaría que nos visitaras.

—Tienes mi palabra de que así será —aseguró Yago sabiendo que tenía un motivo más para ir a los Estados Unidos.

—¿Y tú Kaila, cómo has estado? —se dirigió a quien ya había conocido en el aeropuerto de Los Ángeles.

Zaid se había encargado de llevarla al terminal aéreo para explicarle los detalles del viaje y suplicarle que resolvieran el caso cuanto antes.

—Bien, señor Al Fayed.

—¿Cómo va la investigación? Espero que todo esté bien encaminado —preguntó Zaid.

—Ya te pondremos al corriente mañana con todo lujo de detalle, amor mío, ahora debes estar agotado —apareció Isabel integrándose a la conversación.

—Me parece bien. Estoy deseando que todo se resuelva, ya me contarán mañana.

Zaid se levantó de su sitio para despedirse de Kaila y Yago; la pareja se retiró a sus aposentos. Kaila quiso hacer lo mismo, pero el señor Cavielli se lo impidió alegando que tenían que conversar. Ella lo miró un tanto confundida, pero supo que no podía seguir ocultando y reprimiendo los sentimientos que desbordaban su interior.

***H**e vuelto a creer en el amor y lucharé para retenerla a mi lado,* pensó Yago. En ese momento iban

por el monte, llevaba a Kaila a las orillas del Aurora. Tenía claros sus sentimientos, se lo diría, se lo demostraría. Le hacía sentirse completo, como nadie le hizo sentir nunca. Kaila era tan diferente a todas las mujeres que había conocido en su vida, tenía algo que lo tenía hechizado. Era bellísima, desde luego, pero lo que más le encantaba era su manera de ser, tan directa, tan transparente... y esa manera de desafiarlo que lo tenía literalmente loco de amor.

Cuando llegaron a su destino, el rumor del Aurora hizo que se mirasen a los ojos para dejarse envolver por el sonido del lugar, que parecía confabularse con Yago para poder declarar su amor. El hombre se le acercó, tomó su mano, suspiró y la miró a los ojos, poniendo muy nerviosa a su acompañante.

—Kaila, mi dulce Kaila...

—Yago...

—¡Shiss! Déjame hablar, tengo tanto que confesarte, desde que llegaste me has quitado el sueño, cada noche no hago más que pensar en ti, me tienes loco y rendido a tus pies, eres tan hermosa, tan desafiante, tan sincera, que has logrado robar mi corazón.

—Señor Cavielli, por favor, no siga, no estoy para sus juegos. Si me quiere en su cama, solo dígallo, pero no disfrace sus intenciones con bonitas palabras de amor —replicó Kaila soltando la mano del hombre enamorado.

—Temía que dijeras eso, ¿qué tengo que hacer para que creas cada una de mis palabras?, estoy loco por ti.

—Mire, yo creo que usted esté bebido y lo de loco no lo pondré en discusión, me consta que no está bien de la cabeza. Si me disculpa, me retiro a dormir —finalizó Kaila aquella absurda conversación.

¿Que se creía, que con unas cuantas palabras la tendría a sus pies? Por Dios, conocía bien a los hombres, Cavielli era un mujeriego por defecto y seguramente de nacimiento, pero se vio sorprendida cuando el hombre la hizo girar apretándola hacia su pecho.

—Kaila Evans, estoy siendo sincero, me estoy muriendo por ti, ¿acaso no lo ves?

—Yago, estás loco de remate, eso es lo que veo.

El señor Cavielli la sorprendió con un beso que ella respondió con la misma pasión, la abrazó, la empujó hasta un árbol, ambos ardían en deseos, el hombre la acarició explorando cada rincón de aquel cuerpo que quería poseer. Yago introdujo su lengua en aquella boca, Kaila se dejó hacer sin poder creer lo que estaba sucediendo en aquel preciso momento.

El hombre restregó su erección en la cadera de la detective al tiempo que friccionaba y gemía por aquel contacto. La mujer se enfureció, lo empujó y una cachetada aterrizó en la mejilla del señor Cavielli, que se quedó impactado ante aquella reacción de Kaila.

—Degenerado, eso es lo que es usted y no se atreva a intentarlo de nuevo, que se las verá conmigo.

—¡Pero qué diablos! —exclamó Yago muy indignado.

La mujer lo miró con odio y se giró para regresar a la casa grande.

—Y ni se le ocurra seguirme —exigió elevando el tono de voz.

—Vete al diablo, bien que estabas gozando, fiera —gritó un Yago furioso que se frotaba el rostro por el ardor de la cachetada.

—¡Desequilibrada, frígida! —soltó Yago asegurándose que podía oírlo.

—¡Grosero, idiota! —replicó Kaila.

El joven soltó un improperio. Sin embargo, sintió que esa mujer le gustaba más todavía y no descansaría hasta tenerla entre sus brazos. Una risa nerviosa le brotó del interior, tan fuerte que llegó hasta los oídos de Kaila, que detuvo su marcha. Iba a regresar a decirle unas cuantas verdades, se giró para regresar, pero se encontró con la sorpresa de que tenía al hombre frente a ella.

—Me tienes loco, Kaila, no hay mujer en el mundo que me haga sentir lo que tú, no hago más que pensar en ti.

—Te odio, Yago.

—Y yo te quiero, ¡te quiero!

La mujer lo miró hipnotizada, perdiéndose en el azul de aquellos ojos que parecían sinceros, ambos se acercaron hasta rozar las bocas y mezclar sus

alientos. Cavielli se animó a besarla, pero esta vez con ternura, ella respondió de la misma manera. La tomó entre sus brazos para llevarla a su cabaña. Caminaba despacio, Kaila se apretó a su pecho, sabiendo lo que pasaría a continuación, lo deseaba fervientemente desde el día en que lo conoció, ya no tenía sentido ocultar sus deseos y sentimientos.

Kaila quedó impresionada por la habitación. Ordenada, limpia, fijó la mirada en la enorme cama con cobertor azul y grandes almohadones. Tenía una mampara que daba una pequeña terraza, afuera observó unos sillones de mimbre y una hamaca, donde seguramente Yago tomaría alguna siesta, aquella idea la hizo sonreír. Se quedó fascinada con la cabaña, incluso tenía una mesita con dos sillas, un escritorio donde había un ordenador de última generación junto a papeles y libros.

—¿Te gusta? —preguntó Yago tratando de romper el silencio de su amada.

—Me encanta, creo que me mudaría aquí si pudiera.

—Es tuya, como todo lo que hay en estas tierras, mi dulce Kaila.

Ella sonrió ante aquellas palabras y él por primera vez tuvo miedo de dar el siguiente paso para tenerla entre sus brazos.

—Ven, déjame hacer un *tour* en mi guarida.

Ambos rieron, ella tomó su mano, la llevó hasta la terraza, abrió la mampara, el viento húmedo les dio en la cara... Kaila se quedó enamorada de ese ambiente, todo en madera y con vistas al bosque, con la luna iluminando sus cabezas.

—Me gusta mucho, señor Cavielli, es un ambiente encantador.

—Espera que veas la vista de mi baño.

Ella lo miró con un gesto de sorpresa, mientras la condujo por la habitación hacia el baño, abrió la puerta y le dio paso, como todo un caballero.

Kaila entreabrió los labios con aquella visión...

Ni en sus mejores sueños había fantaseado con un baño como aquel. Había un enorme *jacuzzi* y una fascinante vista al río Aurora. También una ducha con puertas de cristal, un tocador y sus respectivos servicios. Se volvió asombrada para mirar a Yago.

—Cómo se nota que te encanta exhibirte, ya sé por qué tienes locas a tus empleadas.

Yago negó con la cabeza, alegando que nadie podía verlo. Además, se había asegurado de ello. Kaila estalló en risa y Yago acabó desconcertado sin saber qué decirle.

—Eres tan hermosa cuando ríes como cuando estás desafiante.

A Kaila se le tiñó un rubor en las mejillas, él se acercó y le desató la cola de caballo, dejó que el largo cabello cayera por toda la espalda. Con las respiraciones aceleradas, Kaila retrocedió un paso y en un arrebato se removió la camiseta, quedándose con un bonito sujetador blanco, mientras Yago la miraba embobado y luego, imitándola, se desprendía de la suya.

Ambos se observaban con fuego en las miradas, la mujer se desabrochó el pantalón, pero Yago se le acercó atrapando su boca en un beso apasionado, la sujetó fuertemente de la cintura y, ella se prendió a su cuerpo con sus piernas, así la llevó hasta el tocador donde la colocó con cuidado.

Yago le desató ese sujetador que impedía el contacto de sus pieles desnudas. Cuando por fin liberó sus pechos, sus hábiles manos empezaron a explorar esa parte de su anatomía, su boca descendió para atraparlos y jugar con ellos, mientras ella se arqueaba, musitando el nombre de su enamorado.

Yago se puso derecho para ascender de nuevo a los labios de ella, la tomó entre sus brazos para llevarla a la recámara. Cayeron sobre el cobertor azul, donde se quitaron las prendas a toda prisa, que volaron sobre sus cabezas. Cuando se desnudaron por completo, Yago se preparó para tomarla, ambos rodaron sobre la cama, no se sabía dónde empezaba un cuerpo y dónde terminaba el otro. El hombre se colocó sobre ella y la penetró de una sola estocada, Kaila se estremeció y ambos gimieron mezclando sus voces en una melodía de amantes que se entregaban al fuego de la pasión.

—¡Ah!, Kaila, me tienes loco —susurraba el hombre a su oído, mientras ella le arañaba la espalda, estremeciéndolo de placer y aumentando el ritmo de sus embestidas.

Yago llevó las manos a la cintura de su compañera, la hizo girar sin dejar de penetrarla, quería que ella tomara el control, mostrarle que estaba rendido a sus pies. Kaila lo cabalgó apretando sus manos en los brazos de Cavielli, que levantó el torso para intentar atrapar esa boca a la que se estaba volviendo adicto sin remedio.

Los amantes llegaron a la cúspide con un gemido al unísono, la mujer se dejó caer en el pecho de su amante, húmedos y calientes los cuerpos. Yago la recibió y la envolvió entre sus brazos. Después de unos minutos ambos se quedaron dormidos, exhaustos y satisfechos.

Cuando Yago abrió sus ojos, unos dedos recorrían su tatuaje en la ingle, aquel contacto le erizó la piel y despertó en su miembro una enorme erección. Miró a Kaila con una sonrisa juguetona, haciendo que se acentuara su pequeña cicatriz en la frente.

—Bonito tatuaje.

—Todo tuyo —ronroneó Cavielli con un gesto pícaro en el rostro.

—Mmmm. Te tomo la palabra —replicó Kaila al mismo tiempo que descendía hasta ese símbolo que llamaba su atención. Lo lamió jugueteando con la lengua y lo mordisqueó con los dientes.

—Kaila, me estás matando de nuevo.

Ella hizo caso omiso de sus quejas y con su mano libre tomó aquel miembro que deseaba nuevamente dentro de ella, lo masajeó delicadamente hasta que su hombre comenzó a sacudir el cuerpo por aquella dulce tortura.

Yago se levantó para atraparla y colocarla bajo él, nuevamente la penetró, ella lo recibió con una súplica, una demanda a su oído que enloqueció al señor del Ocaso, se hicieron el amor desenfrenadamente hasta que el hombre derramó su semilla en el vientre de una Kaila que estaba extasiada ante aquella visión tan erótica.

Su amado se derrumbó sobre ella con una felicidad insuperable, se sentía

tan pleno y completo como si ella fuera esa otra mitad que él tanto había anhelado en sus noches de desvelo. Cuando se recuperaron del intenso orgasmo, al hombre se le ocurrió una idea que pondría en práctica en los próximos minutos.

A los veinte minutos estaban sumergidos en el *jacuzzi* lleno de espuma, se sentaron uno frente al otro, mientras reían cómplices por las bromas del hombre enamorado que capturaba el pie de Kaila y lo llevaba hasta su boca para morderlo con delicadeza.

—Cuéntame algo de ti, Yago.

Él la miró soltando el pie, con un gesto expectante, pensando qué contarle.

—¿Por qué no vives en la casa grande?

—Porque me gusta mi espacio y aquí estoy bastante cómodo y, lo que es mejor, cerca del albergue —aseguró Yago.

—¿Desde cuándo tienes este albergue?

—Me encanta cuando me interrogas; regresando a tu pregunta, el albergue lo abrimos hace unos nueve o diez años, cuando terminé mis estudios y me mudé del todo al Ocaso.

—De tu vida amorosa no te preguntaré nada porque estoy enterada de todo con lujo de detalles.

—¿Celosa?

—¿Yo?

Yago la tomó de las piernas para acercarla a su cuerpo, ambos se carcajaban de la risa, cuando por fin la tuvo entre sus brazos, paró de reír y con mirada seria le acarició el rostro.

—Ahora soy tuyo, solamente tuyo.

—¿A cuántas les dices lo mismo, señor Cavielli?

—A ninguna, solo a una, a la que me tiene atrapado en sus hermosos ojos azules.

—Eres incorregible.

—Y tú muy incrédula, mi dulce Kaila, pero ya te demostraré lo mucho que me importas y lo feliz que me hace tenerte a mi lado.

—Siempre he sido muy curiosa respecto a las cicatrices, cuéntame la historia de esa que tienes ahí —señaló Kaila a la frente.

Yago quedó sorprendido con esa pregunta. Suspiró recordando esa marca como producto de la borrachera que se pegó el día que Rosario se casó con Luis Fernando del Valle. Todo terminó en una pelea con un tipo que se le atravesó en el camino. Su semblante se ensombreció.

—Tranquilo, no tienes que contármelo.

Yago negó con la cabeza, era la primera vez que se lo confesaba a alguien, se sintió liberado de su pasado y del recuerdo de Rosario.

—El pasado ya no tiene cabida, pero esta cicatriz es un recordatorio de mis errores, no hablemos más de ella, ahora solo quiero renacer en tus brazos, Kaila.

Aquellas palabras hicieron que Kaila lo besara con ternura, sintiéndose él afortunado.

Aquella noche estaba demasiado iluminada, no era un buen momento para salir de cacería, pensó el hombre mientras caminaba entre los ramales del bosque, deambulando como una sombra, casi etéreo. Sin embargo, su cuerpo ardía por la necesidad de tener una presa entre sus brazos, casi todas las mujeres del Ocaso pasaban de veinte años o eso suponía, ya lo averiguaría. Todavía tenía tiempo para encontrar a su elegida. A él le gustaban las chicas en la flor de su juventud, pero aquella noche necesitaba deambular por la espesura del monte, disfrutando aquellos momentos en la penumbra de la Amazonía, porque su alma era tan oscura como la noche.

Casualmente, esa noche la aprovecharía para vigilar las brigadas de seguridad que había organizado el dueño del Ocaso, dificultando sus planes, algo que lo tenía un tanto preocupado. No obstante, eso no sería impedimento para continuar con su obra maestra. Ya le haría una visita al señor Cavielli o lo atacaría donde más le doliera. Detestaba a los hombres como él, que se jactaban de su atractivo y tenían a todo el mundo a sus pies. Apartó a aquel cretino de su cabeza y se dirigió primero al lindero norte, para así continuar con los demás y saber exactamente a qué se enfrentaba.

Cuando llegó al punto de seguridad observó a dos hombres que reconoció enseguida, tenía que averiguar exactamente cómo se habían formado los grupos y cuáles eran los turnos. El Ocaso era enorme y era consciente de que ni con toda la gente que habitaba en esas tierras podrían cubrir la extensa propiedad. El sujeto hizo nota mental y se alejó de aquel lugar, mientras sus pensamientos volvieron a su última víctima.

—Morirás, pero primero vamos a divertirnos un rato.

—Por favor, déjame ir y no diré quién eres, te lo prometo —balbuceó la jovencita aterrada.

El secuestrador tenía una capucha que cubría parte de su rostro, pero su víctima lo reconoció sorprendida. Pagaría caro, como todas sus elegidas. El hombre le puso la daga en la garganta y le exigió que se desnudara para él.

La víctima suplicó entre lágrimas, pero el atacante era inmune ante el dolor de aquella joven, todo lo contrario, le excitaba verla sufrir, tenía una mirada lujuriosa y su enorme erección le estaba presionando bajo los vaqueros.

—Me excitas cuando suplicas, dije que te desnudaras y lo harás muy despacio o de lo contrario te irá mucho peor, niña —gimió el atacante al oído de su víctima.

El hombre la arrinconó hacia un árbol y presionó su virilidad entre las piernas de la jovencita, que tenía el rostro desencajado y el corazón acelerado.

—Por favor, te lo pido, no me hagas daño, te juro que seré una tumba.

Al verdugo se le escapó una risa sarcástica de la garganta, luego presionó la daga en la piel de la joven, la chica gritó, pero el hombre le amenazó con cortarle la cabeza si seguía así.

—Te desnudarás lentamente para que pueda deleitarme con tu hermoso cuerpo, ¿entendido?

La chica asintió con la cabeza. El hombre retrocedió un poco, su víctima entendió que debía hacer lo que le pedía, se trataba de salvar su vida. Lo miró mientras él observaba todo su cuerpo con mirada lasciva. La chica se desprendió de la ropa y se quedó en interiores.

—Dije que lo hicieras muy lentamente.

—Por favor, ten piedad de mí, déjame ir —dijo cayendo de rodillas.

Un error que le costaría caro, su verdugo se enfureció y se lanzó sobre ella, le arrancó las pocas prendas que le quedaban, se bajó la cremallera del pantalón y la penetró de una sola vez, la joven forcejeó, el atacante atrapó sus manos y embistió salvajemente. La niña lloraba impotente al no poder hacer nada.

—Dime que me deseas, dilo o te mato.

La chiquilla siguió luchando, haciendo enfurecer aún más al hombre. El atacante la amenazó una vez más con la daga en el rostro.

—No hagas que te desfigure tu bonito rostro, dime que me deseas, carajo.

—Te deseo —dijo la chiquilla con un terror agazapado en su pecho.

El hombre gemía sin dejar de estar alerta sobre su víctima. La chica lloraba.

—Dime que me amas —exigió el hombre mientras llevó la mano libre hasta el cuello de su víctima para asfixiarla.

—Yo...

—Maldita perra, dime que me amas.

—Te amo, te amo —gritó la chica, humillada.

Él hombre bombeó con más fuerza hasta llegar al clímax, dejó caer la cabeza sobre la de su víctima, que no dejaba de llorar y temblar. Cuando se recompuso, terminó con su ritual, con ambas manos le apretó la garganta hasta matarla, eso hizo que se excitara de nuevo y violentara el cuerpo caído de la muchachita...

Las luces doradas de la madrugada se filtraron por la ventana. Kaila abrió los ojos, un tanto desconcertada al sentir un brazo rodeando su cintura, giró la cabeza y se quedó mirando a Yago, profundamente dormido. Le causó gracia verlo así, tan tranquilo, sin sus bromas ni sarcasmos, tampoco sin su inesperado romanticismo, porque lo tenía que admitir, la había sorprendido con su ternura. Quiso acariciarlo, pero decidió no despertarlo. Se levantó de la cama muy despacio, buscó su ropa, estaba revuelta junto a las prendas de su amado. Se colocó las bragas y luego el sujetador, de pronto la voz de Yago la asustó.

—Me gustas más desnuda.

—Y a mí me gustas más cuando estás dormido.

—Y por eso pensabas irte sin darme un besito —gruñó Yago, dibujando un gesto de niño bueno en el rostro.

Ella se acercó, tomó uno de los cojines y se lo tiró a la cara entre risas, su hombre le volvió a tirar el cojín y ambos estallaron en risas. Yago se levantó y la atrapó del brazo para regresarla a la cama. El joven ronroneaba, mordiendo sus labios, un gesto que enloqueció a Kaila, le acarició el sujetador y la miró a los ojos.

—Esto me estorba —insinuaba con picardía al tiempo que sus manos hábiles le removían aquella prenda y ambos se besaban con ansias.

Cuando terminaron de hacer el amor, ella se despidió alegando que tenía que llegar a su habitación antes que Isabel y familia despertaran, no deseaba que se enteraran de que no había pasado la noche en la casa grande.

—Yago, es preciso que esto quede entre los dos.

—¿Por qué? Somos adultos y estoy seguro que a Isabel le gustaría saber

sobre lo nuestro.

—Lo hago por un asunto de ética, ella me ha contratado para resolver el caso y no me estoy sintiendo bien al respecto, no es profesional de mi parte.

—¿Te arrepientes?

—No, nunca, pero entiéndeme, por favor.

—No sé cómo crees que pueda disimular mis sentimientos, pero lo intentaré, aunque creo que es absurdo.

—Promételo.

—Prometido —apuntó Yago poniendo sus ojos en blanco.

Por la tarde, Isabel ya tenía reunidos a todos en su despacho, Zaid miraba con odio a Zabat, que les informaba sobre el diablo, alegando que el narco estaba detrás de otro propietario en un poblado alejado de Nueva Esperanza.

—El diablo está protegido por el alcalde, al parecer le pasa una comisión para que pueda pasar la mercadería en el control de Salvación. Según mi informante, Mújica desconoce el trato de nuestro representante con el narco.

—Me está confundiendo, señor Zabat, ¿me está diciendo que las autoridades protegen al diablo? —intervino Kaila.

—Solo el alcalde del pueblo, detective, el comisario al parecer es honesto, así que pienso que el diablo queda fuera de nuestra investigación. Si bien es cierto que el tipo está buscando el terreno perfecto para expandir sus negocios, al parecer le conviene más la hacienda de los Montesanto.

—Esto nos deja solo a Trujillo como sospechoso principal.

—Pues yo estuve investigando al profesor, estimada amiga —dijo Rodríguez.

—¿Algo oscuro en su pasado? —preguntó la detective.

—Nada, Miguel Trujillo no tiene ni siquiera antecedentes policiales. Si bien es cierto que se le conoce por antisocial, cuenta con la aprobación de los padres de familia de los estudiantes: lo catalogan como un buen académico.

—Creo que debemos buscar otra pista, Kaila, a Trujillo no lo veo como un psicópata —expresó Zabat.

—Si la detective cree que hay que seguir investigando a ese profesor, debemos hacerlo, ella es la profesional —replicó Zaid.

—Señor Al Fayed, con el respeto que se merece, el tal Trujillo es un mojigato y creo que estamos perdiendo el tiempo con él.

—Usted sabe más que una detective, eso queda claro —ironizó Zaid.

Ambos hombres se tensaron y se desafiaron con la mirada, regresando a las rencillas del pasado ante una Isabel incrédula que no podía creerlo.

—Zaid y Aarón, les voy a pedir a los dos que dejen sus diferencias del

pasado, sé que ustedes nunca estarán de acuerdo y es posible que nunca haya una posibilidad de que sean amigos o algo por el estilo, pero ahora lo que menos necesitamos son sus riñas, es preciso estar unidos y concentrados, el nombre de Yago está en riesgo, por él les ruego que guarden sus ironías —suplicó Isabel con voz seria y un gesto tajante en el rostro.

Miró a los dos hombres que entendieron el mensaje y se tranquilizaron. Kaila se sorprendió ante aquel incidente, miró a Yago que aparentaba un gesto de estar reprimiendo la risa.

—Yo sigo pensando en Trujillo como sospechoso, no tenemos más, señores —se reafirmó la detective.

—Sin embargo, yo sí que tengo un nuevo sospechoso; por cierto, vive en El Ocaso y tiene antecedentes policiales por acoso verbal y sexual. Estuve conversando con mi excompañero y hemos revisado los antecedentes de cada uno de los trabajadores de Yago.

—¿De quién se trata? —preguntó Cavielli.

—De Álvaro López.

Yago oscureció la mirada, por fin tenía un buen candidato a sospechoso. Rodríguez lo miró a los ojos, ambos tenían algo que compartir en aquella reunión.

—Es muy posible, Rodríguez, cómo no lo pensé antes.

—¿Algo que quieran compartir? —interrogó Kaila al cerciorarse de las miradas cómplices de los dos hombres.

Yago les informó que unos años atrás tuvo problemas con López porque todas sus trabajadoras se quejaban de sus constantes acosos verbales. Álvaro, un hombre de treinta años, trabajaba bajo el mando de Marcos. Soltero, huraño y con muchos problemas para socializar con la gente, nadie lo soportaba. Incluso la misma Rosalinda se había quejado de él innumerables veces. Cavielli le dio un ultimátum que aparentemente lo tranquilizó, ya que pararon las quejas de sus empleadas. Actualmente el tipo seguía a su servicio, no se le conocía ninguna relación, pero seguía teniendo pequeños conflictos con sus compañeros de trabajo.

—Muy bien, puede que tengamos algo por donde seguir la investigación, hablaré con Juanjo para tenerlo también vigilado. Yago, necesito que me des los nombres de las mujeres que se quejaron de López. También me daré una vuelta por el pueblo y tendré una charla con el comisario. Ahora que sabemos que no está trabajando para el diablo, puede que acepte mi colaboración en el caso.

—Me parece lo más coherente, detective —afirmó Zaid.

*F*íate de tu percepción, a veces los indicios no son suficientes para conocer el siguiente paso del asesino. Kaila recordaba las palabras de su mentor Jay Perry, lo llamaría para saber su opinión respecto al caso. La detective se marchaba al pueblo pero Yago insistió en acompañarla. Ella se negó alegando que deseaba presentarse sola ante el comisario, su presencia sería un obstáculo para la pequeña misión que tenía en la cabeza.

—Entiende, no es bueno que vayas conmigo; por favor, Yago, déjame hacer mi trabajo.

—Quiero estar a tu lado.

—Yo también, pero no en este momento, confía en mí.

—Iré contigo, quieras o no —sentenció Cavielli.

—No lo harás, ¿no entiendes que si el comisario me ve contigo no va a querer ni siquiera escucharme?, eres su único sospechoso, no seas testarudo y no me hagas este tipo de escenas cerca de tu familia, compórtate.

—Maldita sea.

—Así me gusta, calladito se te ve más bonito —aseguró Kaila guiñándole un ojo.

La detective se despidió del señor Al Fayed y de su mujer. Rodríguez se ofreció a llevarla y partieron rumbo al pueblo. Mientras el excomisario conducía fueron conversando de cosas triviales. Cuando por fin llegaron a su destino, la mujer se presentó ante el guardia solicitando una reunión con el comisario del pueblo. A los cinco minutos estaba sentada en el despacho de Mújica, que se

mostró sorprendido ante aquella inesperada visita.

—¿A qué debo su visita, señorita?, que yo sepa aún no la he llamado a declarar.

—Lo sé, comisario, solo vine a ofrecerle mi colaboración en el caso del asesino.

—No irá a decirme que tiene información sobre su enamorado.

—¿Disculpe?

—Sin ofenderla, creo que no es ningún secreto que usted tiene una relación con mi sospechoso, los vi envueltos en un efusivo abrazo a la salida del interrogatorio.

—No tengo ninguna relación amorosa con el señor Cavielli, todo lo contrario, tenemos una relación de trabajo, yo soy detective y exagente del servicio de inteligencia de mi país.

—¡Vaya! ¡Qué sorpresa! Tenemos a miembros de la CIA en Nueva Esperanza, las cosas de las que uno se va enterando en este pueblo.

—Con mucho respeto, señor, la familia del señor Cavielli desea tanto como usted atrapar al asesino, por eso me trajeron.

—Imagino que debió ser toda una sorpresa para ellos saber que es mi principal sospechoso. Claro, un hombre de familia distinguida. ¡Qué cosas! ¿No le parece?

—Me parece que usted no me está tomando en serio, también estoy interesada en que se atrape al responsable de las muertes de esas muchachitas inocentes.

—Pues póngase a investigar a su enamorado, nos facilitaría la vida, pero claro, en este caso uno puede cometer graves faltas en una investigación de esta naturaleza, señorita Evans.

—Me está diciendo que no me meta y me parece bien, pero le voy a dar un par de nombres que añadir a su lista, solo para que los tenga en cuenta.

—La escucho —dijo el comisario con sorna.

—Álvaro López y Miguel Trujillo.

—Por favor, señorita, cómo se le ocurre acusar al profesor, un hombre digno que nunca ha ocasionado problemas en el pueblo. Respecto a López, ya se le investigó en su debido momento, está fuera de la lista.

—¿Me podría decir por qué lo sacó de su lista?

—Muy sencillo, a las pruebas me remito. Señorita detective del servicio de inteligencia de su país, su enamorado sigue siendo mi principal sospechoso y lo atraparé, no le quepa la menor duda.

Kaila soltó una risa de impotencia, aquel comisario era testarudo e intransigente, solo se estaba guiando por unas pruebas no válidas, solamente

circunstanciales, sin querer ver más allá del caso.

—Bien, no le quitaré más tiempo, comisario, tenía la esperanza de haber podido trabajar juntos, pero en vista de que no tiene la menor intención, me retiro. Prometo demostrarle que está equivocado respecto a mi enamorado — ironizó Kaila al tiempo que se levantaba.

—Le daré un consejo completamente gratis, señorita, no se meta en mi trabajo, aquí tenemos ciertos procedimientos que seguir y si yo digo que el señor Cavielli es mi principal sospechoso, por algo será.

—Le entiendo perfectamente, le agradezco su tiempo, con permiso — dijo finalmente Kaila dando por terminada la conversación.

Se retiró del despacho del comisario, muy molesta por la actitud del tipo. Caminó por la calle muy irritada, se dirigió hacia la casa de Rodríguez tal como habían pactado, cruzó al otro lado, pasando por el parque, hasta que se cruzó con una mujer que la miraba de arriba a abajo.

—Oiga, yo la he visto antes —se dirigió la mujer a ella.

—No lo creo, no soy de por aquí —aseguró Kaila con su acento americano.

Rosario se quedó pasmada, así que esa mujer era extranjera.

—Te vi el otro día acompañada de Yago.

Kaila la examinó y supuso de quién se trataba, una sonrisa se le dibujó en la cara.

—Así es, no se equivocó, estoy alojada en las tierras del señor Cavielli.

—Me lo imaginé, pero qué torpeza la mía, soy Rosario, novia de Yago.

—Disculpe mi atrevimiento, ¿su marido lo sabe, señora del Valle?

Rosario palideció y Kaila estuvo a punto de soltar una carcajada, quien con fuego juega...

—Disculpe, voy con prisa, ha sido un placer conocerla.

—Espere, me va a escuchar, aléjate de Yago, él regresará conmigo, te estás metiendo en medio de un romance de años, el que me haya casado no quiere decir que lo nuestro se haya terminado.

—Lo tendré en cuenta, señora. Tranquila, ha sido un placer conocerla, es muy posible que la visite uno de estos días, me encantaría poder conocer los detalles de su relación con el señor Cavielli.

—¡Kaila! —la voz de un hombre las interrumpió.

—Señor Rodríguez —saludó Rosario.

—¡Vaya! Ya conociste a la detective Evans.

—¿Detective?

—Así es, señora, por esa misma razón me encantaría que pudiéramos conversar, es respecto a su enamorado, el señor Cavielli, quizás sus

declaraciones y las de su marido puedan ayudar en mis investigaciones. De hecho, me encantaría que pudiera declarar a favor de Yago. Usted sería una buena testigo.

Rosario palideció y Kaila quedó más que satisfecha por el golpe inesperado a la mujercita. Rodríguez quedó boquiabierto por la lengua afilada de la detective, sin entender muy bien aquel intercambio de palabras de las dos mujeres.

*T*rato de ser una buena persona, pero con mujercitas presumidas mi boca no coopera con mis buenas intenciones, pensó Kaila mientras regresaba al Ocaso y recordaba el encuentro con la famosa Rosario. El excomisario le preguntó qué había pasado con la señora del Valle, Kai Evans le relató el percance entre risas.

Cuando llegaron al Ocaso, Yago la estaba esperando como una fiera encerrada en su jaula. Reprimió sus ganas de besarla, de llevarla en sus brazos a la cabaña para hacerla nuevamente suya, pero se contuvo cuando vio a Isabel integrarse a la conversación de Kaila y Rodríguez.

—Como dije, el comisario es un intolerante, ni siquiera me dio la opción de explicarle nuestros avances. Prefiero no trabajar con ese tipo de gente, pero quédese tranquila, Isabel, podemos resolver esto sin la ayuda de Mújica.

—Se lo dije, mi estimada amiga, el nuevo comisario es un patán.

—Sabía que nada bueno sacaríamos con este asunto. Si ese tipo no fuera el puto comisario le hubiera molido a golpes ya hace tiempo —expresó Yago uniéndose a la conversación.

—Yo también haría lo mismo, muchacho —aseguró Rodríguez.

—Kaila, ya tengo la lista de las víctimas de López en mi despacho.

La detective afirmó con la cabeza y ambos se despidieron de Rodríguez. Cuando se alejaron de la casa grande, Yago se detuvo para tomar a Kaila y besarla con locura. Sin embargo, la mujer se mostró un tanto fría y alegó que tenía trabajo con la lista para empezar a interrogar.

—Vamos un rato a mi dormitorio, no sabes cuánto te estoy deseando.

—Nada de eso, es preciso que termine hoy con los interrogatorios.

—Por favor, Kaila, ¿cuál es la prisa?

—¿Quiere que sea sincera, señor Cavielli?

—Siempre, pero no te pongas tan seria, ¿sí?

—Me preocupa el próximo ataque, si mi intuición no me falla nuestro asesino ya debe tener una víctima, lo más probable es que la encuentren dentro de tus tierras.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Confía en mi criterio y démonos prisa, debemos actuar antes que el asesino o temo que será demasiado tarde.

Kaila, con un fuerte dolor de cabeza por las declaraciones de las víctimas de López, se mostró un tanto aturdida y más confundida que cuando se hizo cargo del caso. Se dirigió a la cabaña de Yago, que la esperaba impaciente. Le dio un efusivo beso, pero Yago se percató de que Kaila seguía fría y un tanto distante.

—¿Qué sucede ahora?

—Demasiada información en mi cabeza.

—Lo que te falta es dejar de pensar en ese tipo, yo me encargaré de que así sea.

—Entiéndeme, necesito resolver esto.

—Lo harás, preciosa, pero ahora relájate y deja que me encargue de ti — apuntó Yago guiñándole un ojo.

La empujó con cuidado hasta la cama y con manos hábiles desprendió todas las prendas de su amada. Kaila suspiró rendida y supo que necesitaba a ese hombre dentro de ella y olvidarse del caso por el momento.

Cuando terminaron de hacer el amor, Kaila se sintió liberada de su estrés y su mente de investigadora se puso a trabajar a mil por hora, tanto que se levantó de la cama y le pidió a Yago que encendiera el ordenador. Dejó desconcertado a su enamorado que hizo caso rechistando, pero ella le prometió que solo le tomaría unos minutos.

Cuando la detective revisó su correo, buscó su teléfono móvil para llamar a su mentor. Yago la escuchó conversando en su idioma con alguien a quien llamaba Jay, al tiempo que revisaba un documento descargado de su correo electrónico. Después de diez minutos su enamorada finalizó la conversación dibujando una sonrisa en el rostro.

—¿Y?

—Jay cree lo mismo que yo. Es muy posible que nuestro asesino viva en El Ocaso y que su próxima víctima aparezca en un radio de tres kilómetros del albergue. Sin embargo, es posible que estemos ante un sociópata, trabaja de

forma impulsiva y puede que eso le lleve a cometer un error.

—Ojalá sea así.

—Vístete, muñeco, nos vamos de excursión.

—¿Ahora?

—Vamos, no seas aguafiestas, dijiste que querías ayudarme, pues no rechace esta oportunidad, señor Cavielli.

Cuando salieron de la habitación, Yago rechistó entre dientes, era casi media noche y pensaba que ambos deberían estar en la cama desnudos y disfrutando de la hermosa noche. Sin embargo, sus planes se habían ido al carajo, se encontraban camuflados en el bosque, armados hasta los dientes por si acaso. Kaila inspeccionó los alrededores del albergue, mientras Yago actuaba de guía ante las innumerables preguntas.

La mujer hacía sus cálculos y escribía sobre un papel apoyado en la espalda de Cavielli.

—No te muevas.

—Dime que hemos terminado y que podemos regresar a nuestro nido de amor.

—Luego, encanto, que esto es muy importante.

Después de varios minutos siguieron con la marcha, con Kaila exigiendo que guardaran silencio, ella iba como meditando y metiéndose en la mente del asesino, la mujer se detuvo de nuevo e hizo otras anotaciones.

—Ahora sí, podemos regresar al nido —bromeó Kaila con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué fue todo eso?

—Estudiando el terreno, te lo explicaré luego.

Caminaron de regreso mientras la detective estaba más que satisfecha. La conversación con su mentor le había dado una buena perspectiva del caso. Pronto lo resolvería. Atraparía al malnacido o se dejaría de llamar Kaila Evans.

Yago se despertó cansado, la noche anterior había sido movida, Kaila se estaba metiendo de lleno en el caso y eso no le dejaba llegar a su corazón. Tenía que buscar una forma de relajarla, porque además no había pruebas en su contra. Llevó los brazos tras su cabeza, desnudo bajo las sábanas, y empezó a observar el techo rememorando los momentos entre los brazos de su dulce Kaila.

—Patrón, tenemos un lío gordo —le interrumpió el insistente golpeteo de la puerta con la voz de Juanjo anunciando problemas.

Yago se levantó casi de un salto, buscó sus pantalones, se los puso como pudo y salió al encuentro de su mano derecha, que venía con una cara preocupante.

—El comisario Mújica está en El Ocaso y está metido en el albergue con toda su gente registrándolo todo, dice que tiene una orden. La señora Isabel y su marido están discutiendo con él en este preciso momento.

Yago soltó un juramento, se puso la camiseta y salió corriendo para el albergue. Cuando llegó a la recepción se quedó petrificado. Isabel y Zaid se le acercaron para tranquilizarlo, pero Yago no dejaba de mirar indignado el atropello que estaban cometiendo en su lugar de trabajo.

—Tranquilo, Yago, no podemos hacer nada, el comisario tiene una orden de registro.

Yago miró a Isabel con impotencia, por no poder hacer, entonces la voz de Mújica le enfureció al grado de querer sacarlo a patadas de sus tierras.

—Señor Cavielli, se lo advertí.

—Hagan lo que les dé la gana, le aseguro que no encontrarán nada, comisario —advirtió Yago entre dientes.

—Eso ya lo veremos. Ahora... ¿me podría indicar dónde duerme?, porque es preciso que también investigue en su hogar, señor Cavielli.

—Juanjo lleve al comisario hasta mi cabaña, no tengo nada que ocultar.

Mújica sonrió con satisfacción y se dirigió a las habitaciones de su sospechoso principal junto a dos hombres.

Después de casi una hora, el comisario no había encontrado nada. Informó a Cavielli que también buscarían en la casa donde se alojaba su madre política y familia.

—Oiga, eso sí que no se lo voy a permitir.

—Mire, señor Cavielli, tengo una orden expresa del juez, déjeme hacer mi trabajo o tendré que llevarlo esposado por no acatar la ley.

Isabel se puso delante de Yago y miró al comisario con toda la tranquilidad del mundo.

—Busque, comisario. Como le dijo Yago, no va a encontrar nada.

Todos se dirigieron a la casa grande, Yago a punto de perder el control. Zaid, a su lado, no le dejaría cometer una locura. Cuando llegaron al hogar de Isabel, esta les pidió un minuto para sacar a sus hijos. El comisario afirmó con la cabeza y la señora de Al Fayed reunió a sus hijos, que estaban con Kaila y Yara. Salieron de casa, los niños se fueron de paseo y Kaila quedó impresionada cuando vio al comisario con un gesto de triunfo en el rostro. También se percató de que algunos de los trabajadores estaban merodeando, entre ellos el profesor Miguel Trujillo, pero lo que más le impresionó fue el semblante de angustia de Yago, quiso correr a consolarlo, pero en ese momento debía distraer a los niños.

A Kaila se le erizó la piel con un pensamiento que la estremeció por completo, tomó la mano de los niños y los alejó del lugar para dirigirse al río junto a Yara, pálida de la angustia.

Mientras, Mújica y su gente comenzaron a rebuscar en la casa grande, ante una Isabel indignada. Ese nuevo comisario era de temer, las lágrimas rodaron sobre sus mejillas y Zaid corrió a su lado para consolarla.

Tres horas más tarde, la calma había regresado al Ocaso. Isabel reunió a todo el equipo, entre ellos Zabat y Rodríguez, que también se solidarizaron con toda la familia, ese comisario se había pasado de la raya.

Entretanto, Juanjo se reunió a solas con la detective para informarle de su nuevo descubrimiento sobre Miguel Trujillo.

—¿Estás seguro?

—Lo vi anoche, deambulando cerca de la casa de los Costa, que tienen dos hijas, una de once años, señorita Kaila.

—¿Son sus alumnas?

Juanjo afirmó con la cabeza. La detective rememoró las palabras de su mentor: Miguel Trujillo atacaría de nuevo y pronto. Seguro que iba a aprovecharse del caos que se había formado por la invasión del comisario y su contingente de hombres. El asesino ya tenía en la mira a su próxima víctima y esa noche era perfecta para su próximo movimiento, la víctima número siete.

—Siete —dijo Kaila.

Juanjo se rascó la cabeza sin entender lo que decía la detective.

—Juanjo, esta noche vigilarémos a Trujillo, tengo la sospecha de que atacará hoy, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a tu patrón. Lo que acabas de contarme debe quedar entre nosotros.

—Señorita, mi patrón se va a enfadar.

—Él no está bien, si lo aprecias en algo tienes que guardar silencio. Está devastado con la intromisión del comisario. ¿Para qué darle otro sobresalto? ¿No te parece?

—Tiene razón.

Kaila le explicó su plan y ambos quedaron en encontrarse aquella noche que prometía ser movida y reveladora.

No sabía muy bien qué le afligía tanto. Kaila sintió miedo por primera vez, Yago le hacía sentir lo que nunca había sentido en toda su vida. Como si él fuera su otra mitad, su complemento. De todos modos, tenía la certeza de que pronto lograría su cometido, lo salvaría y esa sería su despedida porque, como en todo viaje, siempre llegaba la hora de partir.

Fijó la mirada en el atardecer mientras concluía que en esas tierras algo había cambiado dentro de ella, por eso siempre llevaría al Ocaso y a su dueño en el corazón. Pronto partiría y tenía que estar preparada para lo que preveía más difícil, la despedida.

Kaila se exaltó al ver a Yago frente a ella observándola como si quisiera leerle los pensamientos.

—¿En qué piensas, mi dulce Kaila?

—En ti, ¿te sientes mejor?

—Un poco más tranquilo, pero no evadas mi pregunta y dime en qué pensabas.

—En lo difícil que es decir adiós.

Se abstuvo de decir que lo único que deseaba era permanecer a su lado, pero pensaba que eso no sería posible. El viento sacudió su cabellera como afirmando esas palabras, sus ojos se clavaron en los de su amado. Yago dibujó un gesto dubitativo en el rostro, ¿cómo podía hablar de una despedida? Él no la dejaría partir de su lado, claro que no. La necesitaba a su lado y haría lo que fuera para retenerla junto a él. Ninguna le había hecho sentir lo que Kaila. Ni

siquiera Rosario. Ellos eran el uno para el otro y se lo demostraría.

—Eres lo más hermoso que me ha pasado en la vida. Sentir tu piel sobre la mía ha hecho que yo reviva de mi oscuridad. Me has devuelto algo que creí enterrado para siempre. Has hecho que mi corazón vibre de felicidad, ¿cómo puedes pensar en la despedida, cuando esto apenas ha comenzado?

Yago tomó la mano de Kaila y se la llevó al pecho para que ella sintiese sus fuertes latidos. La mujer lo miró a los ojos, sintiendo lo más parecido a un sentimiento de melancolía profundo. Aquella miraba suya era demasiada transparente y sincera. Kaila derramó una lágrima sin saber por qué lo hacía. Era lo más hermoso que le habían dicho en su vida. Sacudió la cabeza y suspiró tratando de tranquilizarse.

—Yago...

—Solo siente mi corazón, él no te miente. Te amo, Kaila, y este amor nació misteriosamente desde el primer momento en que te vi, solo que estaba demasiado ciego para reconocerlo. Tu amor ha mejorado lo peor en mí.

Kaila se impresionó ante aquella confesión y pudo sentir claramente esos latidos, tan fuertes como los suyos. Una emoción más fuerte que ellos los envolvió, la mujer por su parte no entendía qué era eso que estaba sintiendo, su piel se erizó y sus ojos se llenaron de lágrimas. En ese momento se sintió completa, pero tenía la certidumbre de que nada duraba para siempre... y por todo ello no debía permitir que ese sentimiento nublara su razón. Tenía una misión muy clara que cumplir, ahora más que nunca debía hacerlo. Tenía que salvarlo a cualquier precio.

Yago la aprisionó contra su cuerpo, la besó con vehemencia, con posesión, ella respondió de la misma manera, con creciente urgencia. Todo se nubló a su alrededor, como por arte de magia, ya se encontraban en la cabaña donde dieron rienda suelta a sus pasiones y se entregaron el uno al otro.

Yago exploró todo el cuerpo de ella con pasmada reverencia haciendo que su amada se elevara al infinito. Cuando sus bocas se rozaron, ambos se tomaron del rostro sin dejar de mirarse, sintiendo algo más poderoso que ellos, un sentimiento que hizo que se hicieran el amor hasta perder sus alientos.

Kaila abrió los ojos y sonrió al sentir el cuerpo desnudo de Yago rodeando el suyo. Lo observó con una sonrisa, en su rostro se irradiaba paz. Ella soltó un *te amo* y él suspiró como si le hubiera escuchado. Kaila se sorprendió a sí misma con aquella afirmación. Amaba a ese hombre, desde luego, pestañeó varias veces al descubrir sus sentimientos. Lo amaba sin remedio. Su corazón confirmó ese sentimiento con un fuerte tamborileo en su pecho. Llevó la mano al rostro de su enamorado y acarició sus suaves cabellos. Quiso atesorar ese instante y permanecer una eternidad de esa manera.

De pronto una lágrima rodó por su mejilla. Sacudió la cabeza. *¿Qué haces conmigo, Yago Cavielli?* No quería salir de esa cama, pero tenía una misión que cumplir y Juanjo la esperaba en el albergue, tal como habían acordado. Se levantó con cuidado de no despertar a su amado, lo miró por última vez y sacudió la cabeza al percatarse de que ese hombre le había robado el corazón.

A los pocos minutos salía de la cabaña lista para concentrarse en su pequeña excursión. Quince minutos más tarde Kaila se encontró con Juanjo. Conocía la identidad del asesino, así que aquella noche lo atraparía, por Yago y toda su familia. Le conmovió mucho el atropello que habían cometido en sus tierras, ni siquiera tuvieron consideración con los niños de los Al Fayed.

Kaila y Juanjo estuvieron vigilando la casa de los Costa, que tenían dos niñas, Aida y Elena.

Aida tenía once años de edad y estudiaba en la escuela del pueblo, alumna de Miguel Trujillo. Vigilaron durante horas, pero parecía que la noche se presentaba sin sobresaltos.

Kaila, muy intranquila, pensaba, rememoraba, estudiaba todas las evidencias en su cabeza, pero de pronto un recuerdo le vino a la mente y la alarmó al darse cuenta que Aida no sería la próxima víctima, sino Maia Al Fayed.

—*¡Shit, shit!*

—¿Que pasó, señorita Kaila?

—Tenemos vigilada a la niña equivocada, vayamos deprisa a la casa grande, espero estar equivocada, Juanjo, o nunca me lo perdonaría.

El colombiano se rascó la cabeza sin entender nada, luego caminaron a toda prisa hacia la casa de los Al Fayed. Kaila recordó un detalle al que no le había prestado atención en el momento en que sucedió. Cuando registraban la casa grande y ella salía con los niños, una mirada de asombro y llena de curiosidad se posó en la primogénita de Isabel.

Kaila se detuvo, injuriando en su lengua materna. Supo de inmediato que se había equivocado nuevamente, en sus pensamientos desfilaron todas las pruebas como si fueran una película, todas las pistas encajaron como un puzle, el rostro del asesino se materializó en su mente, ¡había movido sus fichas con inteligencia! Cómo no lo vio antes, se encontraban frente a un monstruo, un verdadero psicópata, que tenía todo fríamente calculado. Kaila supo casi de inmediato lo que pasaría, mas imágenes perturbaron su interior.

La próxima víctima sería Maia Al Fayed, su cuerpo aparecería a tres kilómetros de la casa grande y su asesino seguro que ya tenía en su poder algún objeto personal de Yago para dejarlo en la escena del crimen. Por Dios, Cavielli

era una víctima más del macabro ritual para señalarlo como el autor de la muerte de las siete jovencitas. Todo estaba perfectamente planificado. Maia sería la número siete de la serie. Su obra maquiavélica terminaría en El Ocaso para terminar de inculpar a Yago.

—Cómo no lo vi antes, Juanjo, lo tuvimos siempre frente a nuestros ojos...

En ese momento un golpe hizo que la detective se sumiera en una oscuridad total.

Kaila despertó de su aturdimiento, abrió los ojos y se horrorizó al ver a Juanjo golpeado, bañado en sangre y atado de pies y cabeza, ambos amordazados. La detective trató de liberar las manos, girando sus muñecas sin éxito; Juanjo intentaba lo mismo.

El lugar era un tanto oscuro pero una luz se filtraba al interior. Kaila examinó el sitio y dedujo que era una cueva. El asesino les había atrapado sin remedio, luchó con desesperación para liberarse, tenía que salvar a Maia o quizás ya fuera demasiado tarde, por la luz supo que ya era de día, suplicó por primera vez a Dios, aunque ella no creía, pero en ese momento le rogó que salvara la vida de la niña, le pidió que se la llevara a ella, pero no a Maia.

¿Cuántas horas habían pasado en ese lugar? Kaila se obligó a tranquilizarse y actuar como la agente profesional que era, respiró con normalidad, buscó con la mirada algo que le sirviera para desatarse de sus amarres, sus ojos se posaron en una grieta que se veía lo bastante afilada para cortar las ligaduras. Trató de mover su cuerpo hasta ese lugar. Llegó como pudo y se colocó de espaldas a la grieta, empezó a friccionar sus manos contra aquellas piedras, lastimándose sin remedio, pero no importaba, tenían que salir de allí cuanto antes... De pronto escuchó que alguien se aproximaba. Se balanceó para poder moverse rápido al lugar donde había estado, no quería que el asesino descubriera lo que quería hacer.

Cuando el individuo entró y mostró su rostro, Kaila lo miró a la cara indignada. Al psicópata se le dibujó una sonrisa perversa en el rostro. Se agachó junto a Kaila y posó una mano en la mejilla de la mujer que lo miraba con asco.

—Lástima que no seas mi tipo. Como ya sabes, me gustan las jovencitas en la flor de su inocencia y tú eres la zorra de Cavielli.

Kaila lo escuchaba con arcadas, ese hombre era peor de lo que ella esperaba.

—No sabes cuánto estoy deseando a Maia, esta noche serás mi testigo, aunque no estaba en mis planes, pero como es la última de la serie, haremos una excepción, detective. ¿Qué haremos contigo, Juanjo?

El psicópata volvió a mirar a Kaila.

—¿Sabe?, detective, esta noche lo pasaré en grande y ustedes dos se irán al mismo infierno.

Kaila balbuceó tratando de replicar, pero el psicópata se burlaba de ella, al tiempo que sacaba un cuchillo extraño camuflado en su cintura, al que miró como hipnotizado.

—Así es, esta es mi arma, pero no es una cualquiera, es una pieza única que perteneció a mi familia en el pasado.

El psicópata acercó el arma al rostro de Kaila. Trató de esquivarla, pero el hombre la cogió del cabello con gesto amenazante. Restregó el objeto en su piel dibujándole una fina línea en la mejilla, haciendo que le brotara sangre.

—Me provoca cortarte a pedacitos, pero eso lo dejaremos para más tarde.

Juanjo intentó mover su cuerpo hasta el asesino, pero este se levantó de un salto para ensañarse con él a patadas. Kaila emitió un grito silencioso. El tipejo estaba a punto de matar a Juanjo descargando toda su ira en él, lo levantó del suelo, lo golpeó como le vino en gana... al asesino se le notaba una excitación creciente y cruel, por fin le dio un golpe final que lo derrumbó definitivamente.

—Creo que te quedaste sola, detective —se burló el hombre con una risa diabólica que estremeció a la detective, que se removía impotente al no poder hacer nada.

—Te portarás bien hasta que regrese con la hermosa Maia.

Cuando el sujeto se retiró, Kaila se arrastró hasta el cuerpo caído de Juanjo, estaba inmóvil y no daba señales de vida. La mujer experimentó un dolor agudo, lloró amargamente y se dejó caer al suelo lamentando su suerte, cerró los ojos y se sintió derrotada.

Yago, desesperado, había buscado por todos lados. No había ni rastro de ellos y temía lo peor. No podía perderla. ¿Dónde se había metido, por qué había desaparecido en medio de la noche? Llevaba más de doce horas con aquella angustia que lo estaba matando. Rodríguez y Zabat estaban indignados con el comisario, se había negado a iniciar una búsqueda de la agente y del colombiano. La excusa, que debían pasar por lo menos cuarenta y ocho horas para considerarlos como desaparecidos. Zaid, por su parte, fue al pueblo para probar suerte con el comisario. Su esposa Isabel rezaba para que su marido lograra persuadir a Mújica.

—Si le pasa algo no me lo voy perdonar jamás en la vida.

—Tranquilo, Yago, aparecerán, no pierdas la esperanza.

—¿Donde podrán estar metidos? ¿Y si fuera por el psicópata, y si están muertos?

—No digas eso, muchacho, necesitamos tener la cabeza fría, trata de recordar algo que te haya dicho Kaila sobre el caso. Quizás encontró algo y está buscando una pista.

—Rodríguez, llevan desaparecidos desde anoche, ella nunca ha hecho eso y Juanjo jamás desaparece tanto tiempo y lo sabes.

—¿A qué hora fue la última vez que la viste?

Yago retrocedió a la noche anterior, asumió que la vio como a las once de la noche y luego se quedó dormido. Cuando despertó a eso de las cuatro de la madrugada se extrañó, no estaba a su lado. Se sintió mal, pero decidió esperar a que amaneciera, pensando que ella había regresado a la casa grande. Luego recordó sus palabras cuando le aseguró que la próxima víctima aparecería en sus

tierras. Su semblante se oscureció.

—Kaila me dijo que la próxima víctima aparecería en El Ocaso. Dios mío, ¿y si fuera ella?

—Eso no es posible, ella es demasiado mayor para el gusto del malnacido.

Yago trató de buscar en sus recuerdos, pero su preocupación era tanta que no podía pensar, su mente estaba en blanco. Sin embargo, minutos después recordó algo.

—Hace dos noches nos fuimos al monte, inspeccionamos los alrededores del albergue y dijo que la próxima víctima podría aparecer en un radio de tres kilómetros de las instalaciones del albergue.

Rodríguez caminó de un lado para otro haciendo funcionar su instinto de policía. Se concentró en las pistas del asesino, las víctimas. Se sumió en cada detalle, ante la atenta mirada del grupo. Yago estuvo a punto de decir algo, pero Isabel se lo impidió, entendiendo que Rodríguez estaba buscando algo en su interior.

—¿Sabes de alguna niña entre diez a quince años que viva aquí en la hacienda?

—No estoy seguro, sabes que somos muchos.

—Piensa, Yago, es importante.

Cavielli se concentró, pero nada, ningún nombre le vino a la cabeza, hasta que Rosalinda intervino en la conversación.

—Los Costa. Tienen dos niñas, Elena y Aida. Aida tiene once años — dijo Rosalinda, que como siempre estaba merodeando y escuchándolo todo.

—¿Dónde viven?

—Cerca del aserradero norte.

—Rosalinda, escúchame con atención, reúne a un grupo de hombres y vayan a la casa de los Costa. No se muevan de allí, puede que estén en peligro, nosotros estaremos vigilando en los alrededores.

—Sí, señor Rodríguez, voy en seguida. Por favor, encuentren a Juanjo.

Yago la miró con odio.

—También a la detective —añadió Rosalinda tragando saliva.

El motor de un coche los distrajo, Zaid Al Fayed, junto a su hombre de seguridad, bajó del automóvil con cara de pocos amigos.

—No tuve suerte, no lo encontré, pero el teniente a cargo de la comisaría me repitió hasta el cansancio que debemos esperar las 48 horas.

—Malditos bastardos.

—Señores, nos vamos a dividir y buscar a Kaila.

—Iré yo, tú te quedarás con los niños, *habebty*, no podemos ir juntos y

dejarlos solos —aseguró Zaid.

—Es cierto, mi estimada amiga, uno de los dos tiene que quedarse con los niños —sugirió su viejo amigo Rodríguez.

Isabel iba a decir algo no muy agradable pero el grito de Yara y su hijo la hizo volverse por la impresión, todos se alarmaron. Yago sacó su arma junto a los demás hombres, Zaid corrió en dirección al grito de la hechicera y su sorpresa fue mayúscula cuando la vio ensangrentada. El pequeño corrió a los brazos de su padre.

—¿Dónde está Maia? —interrogó Isabel elevando el tono de voz al percatarse de que la niña no estaba con ellos.

Yago recibió a Yara en sus brazos y trató de tranquilizarla, la mujer estaba muy alterada.

—¿Dónde está Maia?

—Perdóname, mi niña, yo quise evitarlo.

Isabel se quedó petrificada, sin saber cómo reaccionar.

—Un encapuchado se la llevó, me amenazó con un cuchillo, tomó a Maia en brazos, quise impedirlo, pero me golpeó y caí al piso, no pude evitarlo.

El pequeño lloraba en los brazos de su padre, que lo apretó contra su pecho tratando de tranquilizarlo mientras trataba de asimilar aquella nueva información. Su corazón latía desbocado, su mujer estalló en una crisis nerviosa clamando el nombre de su hija. Rodríguez intentó calmarla, pero Isabel estaba fuera de sí, gritando con todas sus fuerzas. Zaid se le acercó con el niño, jurándole que encontraría a Maia. Su mujer no lo escuchaba, loca de dolor.

—Tenemos que encontrar a mi hija. Zabat, por favor, quédate con ellos, cuídalos con tu vida —suplicó Al Fayed al hombre a quien detestaba con toda su alma.

—Vayan, no pierdan tiempo, yo me encargo. Al Fayed, tienes mi palabra.

Zaid tomó al niño, le explicó que iría a buscar a su hermana, le hizo prometer que cuidaría a su madre. Zaid abrazó a Isabel, jurándole que traería a su hija a cualquier precio, pero ella no dejaba de llorar, en un estado histérico. No quería dejarla así, pero tenía que encontrar a su princesa.

—Perdóname, todo esto es por mi culpa —dijo Yago angustiado.

—No es tu culpa, los encontraremos, no perdamos tiempo —ordenó Al Fayed con el semblante serio y llorando en silencio.

Yago, Rodríguez y Zaid, junto a un grupo de trabajadores, salieron corriendo en dirección de la casa grande. No se molestaron en revisarla, se dividieron en dos, tomando dos senderos distintos. En uno de los grupos iba Zaid y Yago, en el otro Rodríguez.

No iba a dejar que el miedo la paralizara, tenía que salvar a Maia, pero se distrajo cuando vio que Juanjo balbuceó algo, estaba vivo, siguió luchando con sus ataduras friccionando contra la grieta. Se estaba lastimando, pero eso no importaba en ese momento, solo tenía a Maia en su cabeza, no iba a permitir que ese criminal se saliera con la suya, friccionó con fuerza soportando el dolor hasta que la sogas cedió liberando sus manos ensangrentadas. Se quitó la mordaza de los labios, desató la cuerda de los pies, se levantó y corrió hacia Juanjo. Le quitó la mordaza, para luego liberarlo.

—Juanjo, Juanjo, gracias a Dios estás vivo.

—Señorita Kaila, tenemos que salvar a la niña.

—Eso es.

Se levantaron del suelo y salieron de la cueva. Kaila ayudó a Juanjo a caminar, el pobre hombre estaba muy mal herido, se percataron de que ya era de noche, lo que hizo que Kaila se estremeciera de miedo, no contaban con mucho tiempo. El tipejo cumpliría su palabra y regresaría con Maia en cualquier momento; la detective empezó a tejer un plan de emergencia, pero con Juanjo en tan mal estado sus opciones eran limitadas. Sacudió la cabeza y acabó por tomar una decisión.

—Juanjo, nos vamos a separar, corre y no te detengas ante nadie, busca a Yago y dile lo que pasó, yo iré en busca de Maia.

—Señorita, está usted desarmada, no la dejaré desamparada.

—No importa, tengo que detenerlo y necesito tu ayuda, corre... Yo voy a

estar aquí esperándolos, corre, Juanjo, corre... no tenemos tiempo. Él va a traer a la niña aquí, es preciso que vigile la cueva, si vamos juntos podría ser devastador para ella y nunca me lo perdonaría.

El colombiano, dolorido, casi lloró al aceptar con resignación su misión. No deseaba dejarla sola, pero ella tenía razón, tenían que informar a Yago y regresar a por la detective. Tomó una de las trochas, corrió perdiendo el aliento, estaba débil; sin embargo, su cabeza estaba por la vida de la niña. Aún impactado por la identidad del psicópata, pensaba cómo nadie se había dado cuenta. Todo comenzó cuando había llegado a Nueva Esperanza; sus pensamientos habían atado cabos durante aquellas horas encerrados en la cueva: el primer asesinato coincidió con su llegada. Tenían a un monstruo viviendo entre ellos y nadie podría siquiera señalarlo, para colmo quería inculpar a su patrón. Un sentimiento de ira se apoderó de él y resbaló, cayendo de rodillas. Cuando se levantaba escuchó una voz masculina. Juanjo se persignó tres veces. Se escondió y se camufló dentro de los ramales. Rezó a la virgen del Carmen para que protegiera tanto a él mismo como a la señorita Kaila y a la hija de doña Cavielli.

No te detengas ante nadie, tu prioridad es llegar a Yago —rememoraba las palabras de la detective. Se arrastró despacio, sin hacer ruido, su corazón estaba descontrolado, su cuerpo dolorido, se obligaba a sentirse mejor, pero diablos, estaba en muy mal estado.

—Maldita sea, tenemos que encontrar a mi hija —dijo Zaid abatido, después de dos horas de búsqueda.

—La encontraremos, Zaid, no pierdas la fe, te lo ruego.

Juanjo se alegró al reconocer la voz de Yago, se levantó del suelo y corrió hacia las voces, gritando el nombre de su patrón.

—Juanjo, Juanjo...

Yago corrió y al verlo ensangrentado, se espantó, como si alguien le hubiera dado una paliza monumental.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde está Kaila? —dijo Yago y palideció al imaginarse lo peor, al igual que Zaid.

—Patrón, no podemos perder tiempo, la señorita Kaila está bien, tenemos que ir a su encuentro y por favor no me digan que la niña Maia desapareció —casi suplicó Juanjo.

—Se la llevaron de la casa, pero... ¿cómo lo sabes?

—Habla, Juanjo, la vida de mi hija corre peligro —exigió saber Al Fayed.

El colombiano ensombreció el semblante, aquel hijo de puta cumpliría su palabra, no tenían mucho tiempo para llegar a la cueva, tenían que evitar esa

desgracia a cualquier precio.

—El asesino del cuchillo nos capturó anoche, a mí y a la señorita Kaila, nos tuvo retenidos en la cueva —confesó apuntando con su dedo hacia donde se encontraba ese lugar—. Es el comisario Mújica, él es el asesino. Nos ha engañado a todos.

Zaid y Yago se alarmaron, sin poder creer lo que habían oído, el maldito comisario era el psicópata de Nueva Esperanza.

Kaila trató de encontrar agua en las hojas de los ramales, necesitaba refrescarse un poco, estaba con el cuerpo doliente por las heridas y golpes recibidos. Su mejilla le ardía por el tajo que le había producido la afilada arma de Mújica. Se limpió la sangre aullando de dolor, pero tenía que concentrarse en su misión. Sabía que el tipejo regresaría con Maia: estaría esperándolo para matarlo con sus propias manos. Buscó también piedras y cualquier cosa para usarla como arma, pensó en Yago, prometió que salvaría a la niña, aunque le costara su propia vida.

Era la primera vez que se topaba con un asesino cara a cara. *¡Shit!*, exclamó entre dientes, cómo no se había dado cuenta antes, estaba antes tan segura de que Miguel Trujillo era el autor de las muertes de las seis jovencitas...

Cuando reunió todo lo que encontró se volvió a meter en la cueva; puso cada objeto en lugares estratégicos, mientras recordaba los entrenamientos con Perry. Ahora pondría en práctica las enseñanzas de su mentor. El interior era oscuro, por eso se concentró y se obligó a memorizar cada rincón, estaba segura de que Mújica vendría con una linterna. De cualquier manera, tenía que tomar ventaja sobre el maldito comisario.

De pronto escuchó pasos, supuso que sería el tipejo ese, corrió a sentarse donde la había dejado y se colocó la mordaza para hacerle creer que la tenía bajo control, suplicó en silencio que Yago llegase a tiempo, sobre todo para salvar a la niña, era su única prioridad. Una luz iluminó la cueva, Kaila observó al criminal con la niña en brazos, se alertó al ver que la pequeña iba como dormida. Mújica colocó a la pequeña en el suelo, pero sus ojos se fueron directamente a donde había dejado al colombiano. Se alarmó al no encontrarlo y estuvo a punto de sacar su arma, pero Kaila lo sorprendió cayendo sobre su cuerpo. Ambos

empezaron a revolcarse en el piso tratando de alcanzar el arma, forcejearon... Mújica sacó su daga, pero Kaila reaccionó, fue más rápida y se hizo con el arma de fuego. Apuntó al sujeto, que la miró con odio y rabia.

—Te tengo, *mother fucker*, no te muevas o te volaré los sesos.

Kaila retrocedió muy despacio sin perder de vista a Mújica. Este tenía otra arma en su pantorrilla y estaba esperando a que la detective se distrajera. Esa noche completaría su serie y nadie lo detendría, ya se había arriesgado más de lo necesario.

—Maia, Maia, despierta...

La niña no reaccionaba, la detective se agachó despacio y con su mano libre tocó a la niña, la sacudió hasta que reaccionó y gritó al verse en un lugar fúnebre y oscuro. Se levantó de un salto y se abrazó a Kaila.

—Estás a salvo, mi niña.

—Ese señor golpeó a Yara y me sacó de la casa —se quejó la niña con llanto.

—Lo sé, mi amor, pero ella está bien. Ahora vas a escucharme con atención, vas a salir por allá —señaló con la mano libre hacia la salida—. Quiero que corras y no te detengas, ni siquiera mires atrás. ¿Me entiendes?

—No, no quiero. Yo quiero a mis papis.

—*Listen to me, run and don't stop, your parents are out there looking for you. I promise you will be fine.*

La niña afirmó con la cabeza sin estar muy segura.

—No, no, Maia, tienes que quedarte, ella te está mintiendo —dijo Mújica.

La niña no lo escuchó y se puso a llorar, no se atrevía a salir de aquel lugar, tampoco a alejarse de Kaila. La detective negó con la cabeza al ver que la niña no pensaba moverse, evaluó sus posibilidades y puso en práctica un nuevo plan para salir con vida de allí.

—Maia, cierra los ojos y tápate los oídos.

La niña hizo caso y un disparo resonó clavándose en el cuerpo de Mújica. Le salió un grito desgarrador de la garganta, se agachó para protegerse y buscar su segunda arma, aprovechando el momento.

Kaila se volvió hacia Maia y la empujó con la mano animándola a correr delante de ella. Se pusieron a correr en dirección a la salida, pero otro estruendo repicó en el interior de la cueva. Mújica estaba armado, Kaila se lo había temido, pero tenía que correr el riesgo.

—Corre, Maia, corre...

Kaila Evans gritó por el dolor del impacto de bala en su espalda, pero siguió animando a la niña; sacó fuerzas para seguir corriendo, tenían que llegar a

la salida, no faltaba mucho...continuó con la huida.

Cuando salieron del lugar, Kaila se alegró al ver a varios hombres corriendo hacia ellas, pero un nuevo disparo le impactó en el cuerpo, cayendo sin remedio al suelo. Sus ojos no se apartaron de Maia, que corría a brazos de su padre.

Cuando Yago, Zaid y los demás hombres escucharon los estruendos, corrieron más deprisa hacia la cueva. Al Fayed contuvo las lágrimas temiendo lo peor. Cuando divisaron la entrada, vieron cómo Maia salía disparada de aquel lugar. Su padre corrió hacia ella: estaba viva, su niña estaba viva. La recibió en sus brazos y la apretó contra su pecho, con lágrimas en sus mejillas. Su corazón estaba descontrolado, pero por fin tenía a su princesa entre los brazos.

Kaila Evans cayó al suelo y Yago aulló de dolor, de tal forma que espantó a todos. Sacó y preparó su arma para contratacar, pero Mújica salió amenazante de la cueva y empezó a disparar a diestra y siniestra. Zaid se tiró al piso protegiendo con el cuerpo a su hija. Todos los demás hicieron lo mismo para protegerse del sorpresivo ataque.

Mújica soltó un juramento e inmediatamente volvió a disparar a la detective, la mataría en frente de su enamorado. Se le dibujó un gesto siniestro en el rostro mientras Kaila gritaba por los impactos en su cuerpo, sin percatarse de que alguien acababa de llegar con una escopeta de largo alcance. Disparó a Mújica sin piedad hasta tumbarlo, todos se volvieron para ver quién era el francotirador, era la mismísima doña Cavielli, que no dudó un instante en derribar al hombre que había tenido la osadía de arrebatarse a su pequeña.

Había reaccionado frente a su estado de *shock*, y sin dudarle y en contra de la voluntad de Zabat y Yara, fue por sus armas. No iba a permitir que la historia se repitiera, nadie le iba a arrebatarse a su hija. Cuando vio que Rodríguez junto a algunos hombres inmovilizaron a Mújica, corrió junto a su marido y la niña de sus ojos, que lloraba en los brazos de su padre.

Yago y los demás corrieron hacia los caídos, estaban vivos todavía. Rodríguez ya tenía inmovilizado al criminal, el joven se preocupó por su amada Kaila, en muy mal estado, bañada en un charco de sangre por los múltiples disparos.

Ella abrió los ojos y miró a Yago, levantó la mano y le acarició la mejilla, mientras él lloraba con terrible desconsuelo. La tomó entre sus brazos y la recostó en su regazo, ella sonrió al enfocar sus ojos en los de él. Yago sacudió la cabeza, mientras un reguero de lágrimas empañaba sus mejillas.

—Ayúdenme, tenemos que llevarla.

—Yago, Yago, escúchame —susurró la mujer haciendo un esfuerzo titánico para hablar.

—No, no hables.

—Yago, escúchame, no puedo irme sin que me prometas algo —susurró Kaila dibujando una sonrisa triste en el rostro.

—Mi amor, cállate, saldremos de esto y luego me iré contigo a donde tú quieras. No te rindas, te lo ruego por nuestro amor —suplicaba Yago con la voz entrecortada.

—Prométeme que seguirás con tu vida y abrirás tu corazón cuando llegue el momento adecuado. Vive por mí, por nosotros, yo siempre estaré a tu lado.

—No, no me hagas prometer nada. Vivirás y seremos felices. Te amo Kaila, te amo.

—Promételo, por favor, no me dejes ir sin tu promesa. Te lo suplico —exigió Kaila sacando fuerzas para arrancarle esa promesa.

—Lo prometo, lo prometo.

—Te amo, Yago, te amo —expresó la mujer, exhalando su último aliento en los brazos de su amado.

Yago exclamó con un fuerte grito el nombre de Kaila. La gente de Nueva Esperanza coincide en que se escuchó hasta en el pueblo. El hombre se derrumbó junto a su amada, quería hacerla reaccionar, la sacudió sin obtener ninguna respuesta.

Yago imploró, suplicó, reclamó sin poder despertarla, ella yacía pálida y ausente. Al hombre se le dibujó un gesto feroz en el rostro. Colocó a su amada con una promesa que ejecutaría en los próximos segundos, con habilidad tomó su arma, quitó el seguro y el fuerte estruendo que salió disparado de la Beretta hizo que todos se pusieran en alerta...

*U*no nunca está preparado para la partida de un ser querido, pensaba Isabel mientras observaba a Yago con lágrimas en los ojos. Estaba rígido, listo para partir al Cusco, con la gorra tapando sus ojos, como si no deseara ver a nadie. Mientras, la pequeña Maia lo miraba con tristeza, también afectada por la muerte de Kaila.

Isabel Al Fayeded recordó los dos últimos días: Kaila había muerto en los brazos de Yago, que se puso hecho una furia, loco de ira, que la desfogó matando al comisario de un balazo en la cabeza. Nadie pudo impedirselo, Yago había tomado justicia con su propia mano. El señor del Ocaso estaba tan descontrolado que sus hombres tuvieron que inmovilizarlo y luego sedarlo por indicaciones del médico del pueblo.

No hubo cargos contra Yago Cavielli, por primera vez todo el pueblo, incluso las propias autoridades, conmocionadas por el giro que había dado el caso del asesino del cuchillo, casi agradecieron que el joven hubiera tenido el coraje de acabar con la vida del miserable que solo había traído desgracias desde su llegada.

El teniente Avilés, impresionado por el impacto de saber para quien había estado trabajando, había encontrado las pruebas pertinentes en el domicilio de Mújica: mechones de cabello de todas sus víctimas y evidencias que dejaron horrorizados a los trabajadores del orden.

El pueblo entero se encontraba conmocionado, sobre todo por la pérdida de la enamorada de Cavielli. Las historias pasaban de boca en boca, El Ocaso estaba maldito, los habitantes del fundo lo corroboraban, solo se hablaba de eso.

El coche del teniente Avilés llegó del pueblo junto a dos efectivos del

orden y se dirigió a la señora Al Fayed.

—Buenas tardes, señora, quisiera conversar con el señor Cavielli.

—Lamento informarle que él no desea hablar con nadie. Respetemos su silencio, teniente.

—Yo deseo expresarle mis condolencias y también una disculpa.

—Se lo haré saber. Le agradezco haberse tomado la molestia.

—También quiero entregarle esto, sé que tiene un valor sentimental para el señor Cavielli.

Isabel se estremeció cuando su mirada se posó en la mano del teniente. Recibió el objeto, era el amuleto de Adrián, no pudo controlar las lágrimas.

—Mil gracias, teniente, este amuleto es de gran valor para la familia, perteneció a su padre.

—Señora, no le quito más tiempo, sé que están a punto de partir, les escoltaremos hasta el Cusco.

—Se lo agradezco, pero no es preciso que se tome tantas molestias.

—Lo es, señora, también me siento responsable de la muerte de esa muchacha. Cualquier cosa, por favor cuenten con nosotros. Iremos detrás de ustedes. Con permiso.

—Muchas gracias.

Isabel abrió la palma de su mano y observó de nuevo aquel amuleto. ¿De verdad estaba El Ocaso maldito? Sacudió la cabeza ante aquel pensamiento, pero qué otra cosa podía pensar, tantas muertes, tantas desgracias, nunca llegó a pensar que se repetiría una tragedia que la afectara tanto como la muerte de su amado Adrián. En el poco tiempo que conoció a Kaila, había aprendido a quererla y más cuando supo que Yago estaba enamorado de ella. Lo había sabido desde el primer momento. Un amor como el de ellos irradiaba en sus rostros y miradas. Sin embargo, también sabía que la esperanza no debía morir, confiaba que algún día la vida devolviera la sonrisa a su amado Yago. Ese pensamiento la tranquilizó.

—¡Yago, mi vida! —la voz de Rosario sacó a Isabel de sus pensamientos.

La mujer se dirigía al carro donde estaba el joven afligido e inmóvil. Isabel le cortó el paso, pero Rosario le suplicó que le dejara hablar con él.

—Rosario, es preciso que lo dejes solo, no está bien.

—Pero quizás me escuche, por favor, doña Cavielli.

—No insista, muchacha. Entienda que él quiere vivir su duelo a solas, no quiere hablar, quizás con el tiempo tengas la oportunidad de conversar con él. Ahora no es el momento, respeta su dolor.

Isabel no pudo controlar el llanto, aquella muerte había revivido el dolor que sintió cuando perdió a su amado Adrián.

—*Habebty*, sube al coche, partiremos —dijo Zaid, listo para seguir la camioneta fúnebre donde estaba el cuerpo de la agente caída.

Isabel se despidió de Rosario con un gesto compungido, rodeó el coche y se acomodó mientras se fijaba en Yago, aún sumergido en su dolor.

Rosario aprovechó para acercarse al coche, pero Zaid se lo impidió, negando con la cabeza.

—Por favor, se lo suplico, me parte el corazón verle de esa manera, yo lo amo.

—Por ese amor que profesas debes dejarlo partir.

Rosario asintió con la cabeza. Malena se acercó y abrazó a su amiga, ambas lloraban por el dolor de Yago.

—Te esperaré, mi amor —susurraba la mujer abrazándose a su amiga.

El motor del coche rugió y ambas vieron partir al señor del Ocaso junto a su familia en una caravana fúnebre, porque también el teniente del pueblo iba detrás de ellos. Rosario perdió el control y empezó a correr detrás del coche, hasta que este se perdió en la espesura del bosque. Cayó de rodillas, lamentando la partida de su amor.

Nunca había deseado la muerte de la agente, aunque también era cierto que la quería fuera de la vida de Yago, pero no así, no de esa manera, muerta a manos de un asesino. Sintió impotencia por no haber podido hacer nada, se juró a sí misma que lo esperaría, ya le había pedido el divorcio a Luis Fernando, que lo había aceptado con resignación.

Mientras, en el coche, Yago andaba perdido en los recuerdos últimos de su amada, las lágrimas empapaban sus mejillas, cruzó los brazos sobre el pecho. El sentimiento de culpa lo asaltó de nuevo, no había podido salvarla... había expirado su último aliento con un susurro que le había partido el alma, aquel *te amo* que jamás olvidaría.

—Yo también te amo —susurró con voz quebrada.

Isabel se volvió para observarlo, no solo Yago lloraba, también su pequeña, quiso acariciar a su niña. Zaid lo contemplaba todo desde el espejo retrovisor, preocupado por su hija y por Yago. Aquella desgracia sería muy difícil de olvidar, casi se arrepentía de haber regresado al Ocaso. Suspiró hondo sin dejar de observar a Maia...

—*I love you, Princess.*

—*Love you too, Daddy.*

Los Ángeles, California

—Un ángel ascendió a los cielos al lado de nuestro señor Jesucristo, una heroína que salvaguardó la vida de una inocente pequeña de una muerte segura. Hermanos, recemos por su eterno descanso en el reino del Señor. Kaila Angeline Evans, descansa en paz.

Con esas palabras finalizó la ceremonia. El hermano y los parientes y amigos de Kaila lloraban desconsoladamente. El agente Jay Perry tenía un gesto de dolor en el rostro, su gran amiga había partido sin la posibilidad siquiera de una despedida.

En cuanto a Yago Cavielli, tenía un nudo en la garganta, quiso ser fuerte e imaginarse que estaba en una pesadilla, cerró los ojos y evocó aquella sonrisa que no volvería a ver jamás. Cuando regresó a la realidad vio cómo sumergían el féretro en el hoyo que habían cavado para su cristiana sepultura. Yago cayó sobre las rodillas llorando como un niño; Isabel se agachó a su lado para consolarlo.

—¡Kaila, Kaila! —vociferó Yago derrumbándose ante la atenta mira de los asistentes.

—Mi vida, tienes que ser fuerte por ella —balbuceó Isabel.

Sin embargo, Yago no escuchaba nada en ese momento, ni siquiera razonaba, solo deseaba morir y encontrarse con su ángel para pedirle perdón por no haber evitado su muerte a tiempo, quería desaparecer del mapa, meterse en esa fosa y dejar de respirar, para despertar en brazos de su dulce Kaila.

Isabel rodeó con los brazos a Yago y este se apoyó en su hombro, sin

poder calmarse, sin siquiera poder hablar, solo deseaba cerrar los ojos, retroceder en el tiempo y tomar el lugar de su ángel.

—¿Por qué ella, por qué? —alzaba su voz, clamando al cielo, esperando una respuesta.

—No lo sé, mi amor, pero te aseguro que ella siempre estará contigo en tu corazón —afirmó Isabel abrazando más fuerte a su hijo político, entendiendo su dolor, con la impotencia de no poder hacer nada por él, cerrando los ojos sin saber exactamente cómo ayudarlo.

Dylan Evans, hermano de Kaila, observó con odio a aquella familia, sobre todo al tal Cavielli, por su culpa había perdido a su hermana menor. Sin embargo, su esposa lo calmó, haciéndole entender que ese muchacho también estaba dolido por la muerte de Kaila.

Una fina lluvia caía sobre el panteón, pasaron horas o eso le pareció a Isabel, que se había quedado junto a Yago. Zaid miraba a ambos, con sentimientos encontrados. Su mujer había sufrido tanto... no era justo que de nuevo la vida la golpeará de esa manera. Por otro lado lamentaba mucho el dolor del muchacho, se prometió a sí mismo proteger a ambos.

Dos meses después Yago caminaba por la orilla del Pacífico, cavilando sobre su vida, sobre El Ocaso, sobre aquella tragedia que había vivido, pero una visita al mejor amigo de Kaila, Jay Perry, le hizo reflexionar. Este le hizo ver que su mejor amiga había muerto justo de la manera que ella hubiera deseado, salvando una vida, la de la pequeña Maia.

Yago también sopesó la oportunidad que le ofrecía Zaid para trabajar junto a él, en la corporación Al Fayed, ya que no tenía ganas de regresar al Ocaso. Sin embargo, al escuchar las palabras de Perry, supo que su vida estaba vacía en ese país, que echaba de menos sus tierras y a su gente, aunque regresar al Ocaso conllevaba enfrentar a sus peores demonios.

—¿Qué debería hacer, ángel mío? —preguntó al viento como esperando una respuesta de Kaila.

La respuesta jamás llegó, pero su corazón vibró cuando vio el atardecer caer sobre las aguas del océano y supo la respuesta. Sonrió por primera vez desde aquella tragedia. Recordó la promesa que le hizo, tenía que cumplirla a cualquier precio.

Suspiró hondo, haciendo que aquella promesa le llenara el corazón de esperanza, algún día se reencontrarían, mientras tanto la llevaría en su alma y le

dedicaría su vida en nombre de ese amor que no pudo ser. Yago limpió las lágrimas de sus mejillas, se dirigió hacia el coche y se fue en busca de Isabel.

Cuando llegó a la mansión de los Al Fayed, corrió hacia la cocina, donde estaba Isabel preparando la cena junto a su hija y la empleada de servicio de la casa.

—Isabel.

—Hola, mi vida. ¿Dónde andabas?

—Necesitaba caminar un rato.

—Espero que estés con hambre, te estamos preparando tu comida favorita, ¿cierto, Maia?

La niña afirmó con la cabeza, le tenía miedo a Yago desde la tragedia, sobre todo sentía que por su culpa él había perdido la sonrisa. Los padres de Maia la tenían en tratamiento psicológico, había cambiado desde el incidente. Yago la miró con una sonrisa ante la sorpresa de Isabel. Cavielli se agachó, tomó la mano de la niña y la atrajo hacia su cuerpo, la abrazó fuerte y le dijo:

—Quiero que siempre sonrías, es lo que hubiera querido ella.

—Pero yo tengo la culpa de que tú estés siempre triste.

—No es culpa tuya, ni siquiera mía. Maia, mi querida Maia, promete que volverás a ser la misma niña que iluminó El Ocaso aquella tarde que llegaste con tu padre y tu hermanito.

—Está sonriendo. Mamá, Yago está sonriendo —anunció Maia a su madre que no salía de su asombro.

—¿Y dónde está tu sonrisa? —quiso saber Yago.

La niña le sonrió y ambos se abrazaron. En aquel momento llegó Zaid. Cuando Yago se recompuso de la emoción, se puso de pie, besó a Isabel y la ayudó a colocar la mesa junto a Maia.

Isabel y Zaid se miraron extrañados con la actitud de Yago, no sabían qué era lo que le había animado tanto, pero ambos se alegraron mucho por él, también por su niña, que estaba contagiada de la alegría de Cavielli.

Luego de la velada maravillosa que tuvieron, Yago suplicó a la pareja conversar a solas. Ambos se sorprendieron, no sabían qué esperar y tampoco el motivo de su buen humor.

—Zaid, Isabel, hoy visité a Jay Perry, hablamos mucho y sus palabras me hicieron reflexionar. Aún sigo dolido, no sé si un día podré... Estuve pensando toda la tarde en tu oferta, Zaid, pero voy a tener que rechazarla. Siempre estaré agradecido a los dos. Sobre todo contigo, Isabel, has sido como mi madre. Nunca olvidaré lo que han hecho por mí.

—Muchacho, eres parte de nuestra familia y estamos obligados a ayudarte, nunca dudes de eso, para mí eres como un hijo —aseguró Zaid

sinceramente.

—Gracias, Zaid, tú también eres como un padre para mí.

Ambos hombres se fundieron en un abrazo, luego Yago se dirigió a Isabel para besarle en las manos y continuó hablando, comunicándoles su decisión.

—He decidido regresar al Ocaso, fue el sueño de mi padre y ahora es el mío, echo de menos mi trabajo, a la gente, mis obligaciones...

—¿Estás seguro, Yago? Es demasiado pronto.

—Me lo dices tú, precisamente tú, Isabel. Te quedaste en El Ocaso cuando murió mi padre, tú eres el ejemplo que yo quiero seguir, tú fuiste fuerte y aún lo eres.

—No quiero que llenes tu corazón con sentimientos de odio, no deseo que cometas mis errores.

—Kaila murió como ella quiso, salvando una vida, la de nuestra Maia. Le prometí que seguiría con mi vida, aunque me duela. Por favor, confía en mí.

—Entonces debo entregarte algo antes de que te vayas, para que siempre tengas en cuenta esa promesa —expresó Isabel.

Regresó con el amuleto en sus manos, se acercó a Yago, le dio un beso en la mejilla y abrió la palma para enseñarle la cadena de oro con el talismán de piedra azul que brilló como si tuviera luz propia. La pequeña Maia, detrás de la puerta sin que nadie se percatara, miraba embelesada el objeto.

Al señor del Ocaso se le oscureció la mirada, mientras miles de imágenes se filtraron en su memoria, sobre todo el rostro de Kaila. Suspiró y escogió las palabras precisas para rechazar ese objeto que solo le había traído desgracias. Era de su padre y claro que tenía un valor sentimental, pero quién sabe si por culpa de ese amuleto su vida se había llenado de desgracias, una tras otra. Tomó la mano de Isabel entre las suyas, obligándola a cerrar el puño.

—No lo quiero, Isabel, sé lo que vale y lo que significa para ti, pero prefiero no tenerlo, solo me ha traído desgracias, espero que no te ofendas por esto.

Isabel suspiró hondo reflexionando las palabras de su adorado Yago. Quizás tenía razón, no era bueno aferrarse al pasado.

—Lo tendré conmigo y si un día lo quieres, solo tienes que pedirlo —dijo Isabel mirándolo a los ojos.

Yago los miró con una gran sonrisa, con la certeza de que su vida cambiaría, trataría de ser feliz y aprendería a convivir con su duelo, quizás con el tiempo encontraría la felicidad. Lo dudaba en ese momento, pero llevaría una existencia digna para cuando se reencontrara con su ángel, porque no dudaba que un amor como el de ellos no podía terminar de esa manera. Siempre

guardaría la esperanza de reencontrarse con el amor de su vida en el más allá, en la vida eterna... *Nunca la dejaría de amar, siempre la llevaría en su corazón y en su alma.*

EPÍLOGO

*El viento húmedo me envolvió en una cálida bienvenida,
Elevé la mirada: la noche estaba clara y
La luna cantaba a lo lejos: brillante e imponente.
Y yo bajo su luz, recreaba el rostro de mi amada,
Para que no se me olvide y quede grabada
En mis pupilas eternamente...*

¿Qué difícil es la vida sin ti! Prometí ser fuerte, aunque la querida sangre en carne viva con el recuerdo de que te tuve entre mis brazos ausente y marchita. Kaila, mi dulce Kaila, qué dura es la vida sin ti, sin tu sonrisa y tu bonito rostro que hacía resplandecer mis días como aquella luna que me miraba expectante y dolida por el vacío que llevo en mi alma.

—¡Señor Cavielli, ha regresado! —me interrumpe la voz de Marcos con una sonrisa sincera.

Así es, estoy de regreso, a la entrada de las tierras de mi padre. En El Ocaso, donde un día conocí el verdadero amor y me fue arrebatado de la peor manera.

—Aquí me tienes, Marcos, vivito y coleando —digo sin estar tan convencido de mis palabras plenamente.

Dedicaré mi vida a su memoria y haré que su sacrificio nunca se olvide en la región, para que todos la recuerden como una heroína. Trago saliva y estoy a punto de quebrarme en pedazos, sacudo la cabeza y me doy ánimos para reencontrar las fuerzas que perdí el día que mi estrella apagó su brillo. Fijo mi mirada en Marcos, que me observa expectante. Le pregunto por Juanjo y me informa que tiene a todo el personal reunido en la casa grande. Se lo agradezco y me despido para dirigirme por una de las trochas en busca de mis muchachos.

¡Los he echado de menos! Me hacen mucha falta.

Me interno en un caminito que serpentea en la espesura del bosque y me dejo arrullar con el sonido del viento que me sumerge en una ensoñación, casi puedo sentirla nuevamente a mi lado, como si caminara junto a mí, callada y resplandeciente, con su propia luz. Suspiro tratando de tranquilizarme, detengo mi marcha y puedo escuchar claramente su voz que me susurra... *No te detengas, sé fuerte, Yago.*

Afirmo con un gesto y así me dirijo a mi destino con resignación, un destino sin ella. Me aproximo a la casa grande y escucho las palabras de Juanjo, me conmueve su entusiasmo, dando ánimos a nuestro equipo de trabajo. Me acerco un poco más y logro llamar la atención de Yara, que se da cuenta de mi presencia y sonrío.

—¡Yago, has regresado! —exclama con alegría y todos se vuelven hacia mí con gestos de asombro.

Observo detenidamente todos esos rostros que no salen de su sorpresa por mi llegada.

—¿Qué esperabas, Yara? No podía dejar mi barco sin rumbo —le digo convencido de mis palabras.

Por primera vez sonrío desde que llegué al Ocaso. Enfoco mi mirada en todas esas personas que son, al fin y al cabo, mi familia. El silencio nos envuelve a todos. Juanjo me mira con emoción y luego corre a mi lado para enfundarme en un abrazo de bienvenida que recibo con alegría.

—¡He regresado, muchachos! —expreso elevando mi voz con sincera emoción.

Todos me aplauden y me reciben con felicidad y alegría.

—Pensé que nunca regresarías —expresa mi mano derecha.

—¿Crees que abandonarías al equipo? ¡Eso jamás!

—El patrón está de regreso y hay que celebrarlo —Juanjo me mira como esperando mi aprobación y todos se quedan atentos a mi respuesta.

Celebrar que Maia está viva, que este pueblo ha encontrado nuevamente la paz gracias a mi ángel, aunque por un precio muy alto.

—Eso es, muchachos, quiero ver El Ocaso en un ambiente de fiesta. Martín, necesito que llames a Rodríguez y al señor Zabat, los quiero a todos presentes.

Juanjo da la voz de mando y todos empiezan a movilizarse, emocionados. En El Ocaso se va a celebrar la llegada de una nueva etapa, de un nuevo ciclo. Quizás no es la vida que yo deseaba, pero cumpliré mi palabra y haré que mi existencia sea digna.

Yara no me deja solo, observo el ambiente de júbilo en la hacienda.

Media hora más tarde, los invitados empiezan a aparecer y todos dudan al saludarme, como si tuvieran cuidado de decir algo sobre ella, sobre Kaila.

—Yago, has regresado —me interrumpe una voz que reconozco enseguida, me giro hacia ella y la miro sin saber qué decirle.

—Rosario...

—Me da gusto verte, sabía que regresarías.

—Gracias.

—Yo solo vine a pedirte una disculpa por todo.

—No hablemos del pasado, Rosario.

—No quiero pecar de imprudente, pero ¿crees que exista la remota posibilidad de que tú y yo...? —la interrumpo al saber exactamente lo que ella quiere decirme.

Niego con la cabeza, suspiro, quiero hacer lo correcto.

—Rosario, no podré olvidarla fácilmente, en este momento no estoy pensando en el amor. Eres joven, bonita, sé feliz junto a tu marido. Yo solo fui un capricho en tu vida.

—Yo te amé mucho, Yago... y no lo supe ver en ese momento. Me estoy divorciando —me dice mirándome a los ojos, expectante.

—No lo hagas, regresa junto a él, sé feliz, me dijiste aquella vez que lo querías a tu manera.

Rosario derrama lágrimas y yo se las limpio con delicadeza, la obligo a mirarme a los ojos.

—No más lágrimas, por favor. Sé feliz, no pierdas el tiempo conmigo, no tengo nada que ofrecerte.

—Siento mucho lo de Kaila, lo siento en el alma —dice con un gesto sincero en el rostro y estalla en un llanto que me conmueve mucho.

—Y también quiero que sepas que me arrepiento por todo lo que te hice en el pasado.

—No llores más, todo está perdonado.

Suspira y me mira agradecida, se acerca dudando y me estampa un beso en la mejilla. Le regalo una sonrisa sincera, se aleja mientras la observo, la he perdonado y eso me hace sentir libre del pasado.

La noche está estrellada y el viento húmedo nos abraza a todos, suspiro y una voz que reconozco enseguida hace que me gire buscando ese rostro que es el de una verdadera amiga. Quizás la única que tengo.

—Me han dicho que el señor del Ocaso ha regresado y no podían faltar a esta celebración las flores de Capulí.

Sonríó al verla, está presente con su sonrisa habitual y esa luz que emana de forma natural. Capulí me mira, es la única que me trata como siempre, como

si no hubiera pasado nada. Lo prefiero así, estoy cansado de que me miren con lástima por mi dolor, ya tengo demasiado con este vacío interior.

—Aquí estoy, *mi vidita*, ya no como una flor, sino como tu amiga Marisol. Capulí se ha quedado en el pasado y este pechito se ha aburrido horrores sin tu presencia.

—Marisol me gusta mucho más que Capulí, corazón —le digo con media sonrisa.

La tomo de la cintura y la abrazo fuerte queriéndome aferrar a su cuerpo y que me contagie esa su alegría de vivir.

—Te dije que lo haría un día y aquí me tienes, como Marisol Castillo. Tu amiga y servidora.

—Vaya, vaya, en estos meses han cambiado muchas cosas, ya estoy deseando que me lo cuentes con todo con lujo de detalles.

Me regala una sonrisa sincera y se gira para mirar a todos los que nos observan, incluidos los amigos de Isabel, Rodríguez y Zabat.

—Y ustedes, curiosos, quiten esas caras, ¿dónde está la música, señores?, mi amigo Yago ha regresado y este pechito desea celebrarlo —exclama Marisol dando inicio a las celebraciones en El Ocaso.

Sonrío, cierro los ojos y le dedico un *te amo* a mi ángel que estará seguramente observándolo todo. Reafirmo mi promesa: viviré una vida digna por mí, por Kaila, por nosotros, hasta que la vida me lo permita y me vaya junto a ella para vivir nuestro amor eternamente.

Le dedico un último pensamiento y me uno a la celebración junto a mi gente. Una enorme alegría se apodera de mi alma, no estoy solo en esto, tengo a todas estas personas que siempre estarán a mi lado. Al fin y al cabo, El Ocaso es mi único hogar y soy afortunado de contar con una gran familia.

NOTA DE LA AUTORA

Hace unos meses tuve la dicha de regresar a mi amado Perú, un viaje que deseé desde hace más de siete años. Aproveché la oportunidad para realizar un viaje a un lugar que conserva mis mejores recuerdos de infancia y al que no iba desde hacía más de once años y que fue la fuente de inspiración de la trilogía Cavielli, las novelas que me iniciaron en la aventura de las letras.

El lugar está ubicado en la provincia de mi natal Cusco y que forma parte de la famosa Reserva Nacional del Manu, un paraíso que añoraba desde hace mucho tiempo.

Debo confesar que fue muy doloroso ver en lo que se ha convertido ese lugar, nada es como yo lo recordaba, me sentí en tierras extrañas, pero fue más doloroso aún no encontrar a tantos rostros que permanecen en mi memoria, sobre todo a aquellos que partieron al más allá. Sin embargo, en aquel momento los sentí muy cerca de mi corazón, como si estuvieran presentes observando mi regreso a ese lugar donde fui tan feliz. No todo fue melancólico, también tuve momentos de inmensa alegría en los que me dediqué a recorrer esas tierras caminando por el monte junto a un grupo de personas que me conocen desde que era niña.

Y en una de esas travesías en medio del bosque las ideas comenzaron a surgirme, y tuve entonces la certidumbre de que ese paseo se convertiría en *El señor del Ocaso* como homenaje a ese lugar y a la amabilidad de todas esas personas que estuvieron acompañándome en mi recorrido. A ellos: gracias por enseñarme tanto y compartir algunas de sus anécdotas que plasmé en esta novela.

Yago Cavielli se ha convertido en mi personaje consentido, he disfrutado mucho escribiendo su historia, pero debo confesar que no me esperaba ese final, solo me limité a transcribir lo que él quiso contarme. He reído y he llorado junto a él.

Quiero dedicar esta novela a aquellas personas que partieron al más allá sin la posibilidad de una despedida y a todos los que se quedaron con ese vacío en el alma...

Estimado lector, si te ha gustado esta novela te agradecería una pequeña valoración, tus reseñas son importantes y me animan a seguir escribiendo.

Mil gracias,
Rotze Mardini

Otros títulos del Autor.

[La maldición de Cavielli – Libro 1 Trilogía Cavielli](#)

[Por el amor de una Rosa - Libro 1 Trilogía Cavielli](#)

[El Ocaso de Cavielli - Libro 1 Trilogía Cavielli](#)

[Solange: Nada es lo que parece](#)

